
TÚ ERES MI
AMANECER
MARTA FLORES

TÚ ERES MI AMANECER

MARTA FLORES

Primera edición.

Tú eres mi amanecer

©Marta Flores

©enero, 2026

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



Con una taza de café en la mano me senté en el porche de mi casa a disfrutar del silencio mientras veía el amanecer. Era mi momento favorito del día; allí no existían las preocupaciones, ni el trabajo, ni los malos recuerdos. Solo el silencio, el café y las maravillosas vistas de las olas del mar rompiendo contra las rocas, mientras el sol se asomaba poco a poco, dando paso a un nuevo día.

Cuando me independicé años atrás, tuve muy claro desde el principio lo que quería. Una casa cerca del mar y un poco aislada del resto de la gente, donde poder disfrutar viendo el amanecer o dándome un baño sin que nadie me molestara. No penséis que era una antisocial, ni mucho menos. Pero cuando has pasado casi toda tu vida viviendo en un hotel y en un internado, siempre rodeada de personas a todas horas del día, sabiendo cuándo entras, cuándo sales, con quién y cómo, llega un momento en que necesitas todo lo contrario: estar sola sin que nadie vigile todos tus movimientos y poder disfrutar de esa soledad tan necesaria que me daba tanta paz.

Cuando decidí hace cinco años independizarme, estuve meses buscando. Tenía claro lo que quería y no me importó esperar hasta que di con el lugar ideal que tenía en mente. Y lo encontré casi por casualidad, pero qué bonita casualidad, porque el día que visité por primera vez la que hoy en día es mi casa fue amor a primera vista; no tuve que pensármelo ni un segundo.

Como he dicho, la casa estaba a pie de playa. Es de tres plantas, aunque la última es una buhardilla. En la planta baja tiene el salón con la cocina integrada y un aseo. En la segunda hay tres habitaciones: la principal, que es

la mía; una de invitados; y la tercera, que uso como despacho. La buhardilla la tengo como espacio de relax. Aunque el interior me daba un poco igual cuando la elegí, lo que de verdad me gustaba era el porche y el jardín trasero, que era donde más disfrutaba.

Antes de seguir, os contaré un poquito de mi vida para ponernos en situación. Me llamo Alba Velasco, nombre que eligió mi madre porque le encantaba el amanecer; eso, como veis, lo heredé de ella, porque es mi momento favorito del día. Por desgracia, ya no los podemos disfrutar juntas. Mi madre, Isabel, murió hace casi once años después de luchar durante dos años contra un cáncer que le ganó la batalla. En esos momentos yo tenía catorce años; ahora tengo veintiocho, así que llevo media vida sufriendo su ausencia. Mi padre, Manuel, que la adoraba, se hundió al perderla y creo que hoy en día todavía no ha superado su muerte.

Mi padre, junto a mi tío Jorge, son los dueños de cuatro de los mejores y más lujosos hoteles de la isla de Mallorca, que es donde vivimos. Como he dicho antes, desde que nací he vivido en una *suite* del primer hotel que abrieron, una manera un poco rara de vivir, pero mis padres así lo decidieron. Mi padre siempre ha sido un hombre muy ocupado, como os podéis imaginar, y verse viudo tan joven y con una adolescente que, al perder a su madre en una edad tan difícil, se encerró en sí misma; creo que la situación le superó sin saber qué hacer conmigo. La solución fue mandarme a un internado para que estuviera acompañada de gente de mi edad todo el tiempo; eso, más que una solución, fue un calvario.

Fueron los peores cuatro años de mi vida, hasta que terminé el bachillerato y salí de allí corriendo como si me persiguiera una manada de perros rabiosos. Bueno, eso de perros rabiosos no dista mucho de la realidad de la gente que había allí; no todos, pero sí la mayoría.

Lo único bueno que tuve allí fue conocer a la que hoy en día sigue siendo mi mejor amiga, mi hermana de corazón, mi sostén y mi compañera de aventuras: Nora. Las dos entramos nuevas ese año para empezar tercero de la ESO. Nos tocó en la misma habitación y en la misma clase y doy gracias a Dios por ello todos los días, porque si no hubiera sido por ella, no habría podido aguantar allí dentro hasta el final. Ella piensa lo mismo; nos sostuvimos la una a la otra.

Nora estaba aún peor que yo cuando llegamos. Ella había perdido a sus padres a la vez en un accidente de tráfico meses antes y sus abuelos, que eran los únicos familiares vivos que le quedaban, la mandaron al internado porque entró en una fase rebelde que ellos no supieron manejar.

El internado en cuestión estaba en el condado de Surrey, muy cerca de Londres. Era mixto y allí asistían los hijos de la gente más adinerada de Inglaterra y de otras partes del mundo, familias que podían permitirse el pastizal que costaba la estancia, como era mi caso o el de Nora. Sus padres eran dueños de una de las cadenas de ropa más famosas del mundo y, cuando murieron, sus abuelos se encargaron de venderla por un precio desorbitado. Todo ese dinero pasó a ser de ella y se lo administraron hasta que alcanzó la mayoría de edad. Nora era madrileña, pero cuando salió del internado no volvió a Madrid; se instaló conmigo en Mallorca y allí seguía.

En aquellos años éramos las únicas españolas allí. Por eso, al entrar, supongo que nos pusieron juntas, o porque sabían que estábamos pasando un duelo parecido y eso podría ayudarnos. Yo no pasé un duelo de rebeldía como Nora; el mío fue muy diferente. Me sumí en un estado de apatía y depresión del que me fue muy difícil salir. Si a eso le sumamos el problema hormonal que tenía desde el inicio de mi desarrollo, fue el conjunto perfecto para ser el blanco de todas las burlas, bromas y desprecios del resto de mis compañeros.

Desde que empecé a desarrollarme, mi cuerpo comenzó a aumentar de peso a una velocidad desorbitada. No llegué a tener obesidad, pero sí me sobraban muchos kilos. Os podéis imaginar mis días allí, rodeada de chicas que parecían Barbies y de chicos que parecían Adonis. Me convertí en el centro de sus mofas diarias, llamándome cosas que no pienso repetir, aunque podéis imaginar lo ofensivas que eran. De todo aquello mi padre no se enteró hasta muchos años después; bastante mal lo estaba pasando ya por la pérdida de mi madre como para darle más motivos para sufrir, así que me lo tragué solita. Bueno, sola no del todo, porque Nora siempre estuvo a mi lado, sosteniéndome cuando caía una y otra vez.

Su carácter siempre fue mucho más fuerte que el mío en aquellos años; ahora ya no era así. Mi experiencia allí me hizo endurecer y el posterior paso por la universidad me terminó de cambiar por completo. La Alba apática, tímida, gorda y que se dejaba pisar renació como el ave fénix cuando mi

cuerpo cambió al terminar de desarrollarme, dando paso a una mujer de lengua afilada, sarcástica y que no permitía que nadie se sobrepasara ni un poquito, poniendo a quien hiciera falta en su sitio sin despeinarse.

Nora siempre había sido preciosa. Su pelo rubio y sus ojos azules, acompañados de una tez morena, hacían que pareciera una muñeca de revista. No había hombre ni mujer que no volviera la mirada a su paso. Pero ahora yo también la acompañaba, partiendo cuellos, como solía decir ella. Éramos dos bombones que dejaban un rastro de babas a nuestro paso.

A los veinte años mi cuerpo cambió por completo, dejando atrás todos esos kilos que me sobraban y conservando solo algunos en los lugares adecuados, como en mi pecho, que se volvió bastante generoso. Ahora lucía un cuerpo de infarto, con unas curvas bien definidas. Mi pelo corto y lacio, el que llevaba en la adolescencia, había desaparecido; en su lugar tenía una melena que me llegaba al borde del trasero. Mi cabello siempre había sido muy negro; en eso no había cambiado. Las gafas que llevaba en aquel entonces también habían quedado atrás cuando me operé la vista años después, permitiendo que mis ojos verdes, que siempre habían sido mi mejor rasgo, se vieran sin aquellas lentes aumentadas que afeaban aún más mi aspecto. Vamos, que si alguien de aquel odioso internado me viera ahora, se caería de culo al comprobar mi cambio.

Pues ya os he adelantado muchas cosas; el resto lo iréis descubriendo a medida que avance mi historia. Ahora voy a vestirme, que el trabajo me espera.

Es verdad, ese dato aún no os lo he dado: soy abogada y llevo todo el tema legal de los hoteles de mi padre, y la verdad es que me encanta mi trabajo.

Capítulo 2



Dejé la taza en el lavavajillas antes de ir a mi dormitorio. La ropa para ese día ya estaba preparada encima de la silla; era una rutina que no había perdido desde mis años en el internado: dejar todo listo la noche anterior para no perder el tiempo por las mañanas.

Para trabajar siempre llevaba pantalones; la razón era que el trayecto desde mi casa hasta el hotel, que estaba a veinte minutos, lo hacía en moto. Mi Ducati Diavel era, junto a mi casa, mi otro bien más preciado. Aparte de llevarla al trabajo, con ella hacía muchas rutas por la isla, por carreteras poco transitadas.

Me puse unos vaqueros ajustados de color negro, una camiseta roja con un solo tirante y, encima, mi chupa de cuero. Para completar mi look, mis inseparables botas de mediacaña, que siempre me ponía para conducir.

Con el casco puesto me monté en la moto y salí dando un buen acelerón; allí no había peligro de acelerar un poco más de la cuenta. Cuando llegaba a la carretera principal, ya aflojaba el ritmo, con una conducción siempre responsable.

Entré en mi despacho, que estaba en la parte baja del hotel; allí también estaba el de mi padre, justo al lado del mío. De todos los hoteles que tenía, su despacho lo montó en el primero que compró y remodeló a su gusto, que era el mismo donde habíamos vivido mi madre y yo con él. Él no había querido marcharse a vivir a otro sitio; seguía ocupando la misma *suite*, por un lado por comodidad y, por el otro, aunque no me lo decía, porque se sentía un poco

más cerca de mi madre al estar allí todos los buenos recuerdos que tenía con ella. No había vuelto a tener pareja desde que mi madre murió; según sus palabras, ninguna mujer podría ocupar su lugar ni su corazón.

Después de dejar el casco y mi mochila a buen recaudo en mi despacho, me dirigí a buscar a mi padre. Manteníamos desde hacía años la misma rutina, si no había nada que nos lo impidiera: él esperaba hasta que yo llegaba para desayunar juntos antes de ponernos con nuestras obligaciones.

—Buenos días, papá —le dije acercándome a él para darle un beso en la mejilla.

—Buenos días, princesa —me dijo devolviéndome el beso, acompañado de una gran sonrisa, la misma que ponía siempre que me veía aparecer.

—¿Vamos a desayunar ya? Mis tripas rugen de hambre más que mi moto cuando la arranco —le dije tocándome la barriga.

—Vamos, exagerada —me contestó riéndose mientras se levantaba de su sillón.

—¿Viene el tío Jorge? —le pregunté saliendo por la puerta.

Mi tío Jorge era el hermano pequeño de mi padre. Solía unirse a nosotros algunas mañanas en el desayuno; esos días nos reíamos a lo grande mientras él nos contaba sus líos de faldas. Era un mujeriego sin remedio, pero siempre respetaba a las mujeres con las que estaba: no les daba falsas esperanzas y siempre iba con la verdad por delante, dejándoles claro que no quería una relación.

—Sí, me mandó un mensaje antes de salir de su casa. Seguramente nos está esperando en nuestra mesa, mientras le hace ojitos a alguna huésped —me contestó mi padre poniendo los ojos en blanco, y yo no pude aguantar la carcajada que salió de mi boca.

—No lo puede remediar, no cambiaría ni aunque volviera a nacer —le dije, haciéndole reír.

Entramos en el comedor y, al fondo, en nuestra mesa, esa que siempre tiene un cartel de reservado porque es la nuestra y nadie más se sienta en ella, estaba mi tío hablando por teléfono mientras lanzaba miradas incendiarias a una mujer que estaba sentada sola dos mesas más allá. Mi padre y yo nos miramos porque los dos habíamos visto lo mismo y volvimos a reírnos, negando con la cabeza al mismo tiempo.

—Tan temprano y ya desplegando tus encantos —le dije a modo de saludo a mi tío, antes de besar su mejilla y sentarme a su lado.

—Alba, la vida hay que vivirla a tope y no se puede desaprovechar ni un solo segundo —me contestó guiñándome un ojo, guardándose el móvil en el interior de la chaqueta.

—Di que, si tú no le das descanso a tu cosa, hermano, no sea que coja una depresión por falta de uso —añadió mi padre, haciéndonos reír a los tres.

—El caso es que ni siquiera me esfuerzo; son ellas las que vienen a mí —nos dijo encogiéndose de hombros.

Mi padre tenía cincuenta años y mi tío cinco menos, y no es porque yo lo diga, sino porque era algo que saltaba a la vista: los dos estaban de muy buen ver. Mi amiga Nora me daba la razón y, a la mínima oportunidad, les lanzaba piropos siempre que podía, sobre todo a mi tío.

Él cree que no lo sé, pero entre mi amiga y yo no hay secretos, y yo estaba al tanto de que Nora había pasado por su cama en más de una ocasión. A mí me parecía estupendo; los dos eran libres de acostarse con quien quisieran sin tener que dar explicaciones a nadie. Y aunque ella nunca me lo había dicho abiertamente, sabía que en el fondo esperaba que mi tío diera un paso al frente y le propusiera algo más que acostarse juntos de vez en cuando. Apostaría mi moto, sin lugar a equivocarme, a que él también sentía algo por ella, pero la diferencia de edad le echaba para atrás, pensando que Nora no querría tener una relación con un hombre que le sacaba trece años.

Yo tenía pensado esperar un poco más y, si ninguno de los dos se decidía, intervenir para ayudarles y que dejaran de perder el tiempo.

La camarera se acercó a nosotros con la bandeja del desayuno. Siempre pedíamos lo mismo, así que nada más vernos entrar ya empezaban a preparar lo habitual. Repartió los platos por la mesa y nos sirvió el café a cada uno, tal y como sabía que nos gustaba: solo y bien caliente para mi padre, con leche para mí y un cortado para Jorge. Cruasanes para los tres, acompañados de algo de fiambre y fruta de temporada.

—Que aproveche —nos dijo la chica con una sonrisa amable.

—Gracias —contestamos al unísono, devolviéndole la sonrisa.

No había dado ni el primer mordisco a mi delicioso cruasán cuando, al levantar la vista, vi venir hacia nosotros a alguien que estaba segura de que haría que se me atragantara el desayuno: Yeray, mi ex.

—Aquí viene el tocacojones de tu ex, es pesadito el muchacho —dijo mi tío resoplando.

—Una sola palabra tuya y está en la calle antes de que acabe el día, princesa —me dijo mi padre muy serio, y yo negué con la cabeza.

Yeray llevaba trabajando en el hotel de mi padre más de una década. Era cinco años mayor que yo y ocupaba el puesto de encargado del personal. Maldita la hora en la que, después de insistirme hasta el aburrimiento pidiéndome una cita casi a diario, decidí darle una oportunidad y salir con él. Estuvimos juntos unos seis meses, hasta que un día lo encontré en la sala de descanso del personal follándose a una de las chicas que limpiaban las habitaciones. Ese detalle mi padre y mi tío lo desconocían, porque, de haberlo sabido, Yeray habría acabado en la cola del paro antes incluso de subirse los pantalones aquel mismo día.

Pero soy una persona que sabe separar lo personal de lo profesional, y Yeray sería un cabrón infiel, sí, pero también era bueno en su trabajo, así que decidí callarme. Si os tengo que ser sincera, que me la pegara casi fue un alivio; fue la excusa perfecta para mandarlo a paseo. Que estaba bueno, sí; que me lo pasaba bien en la cama con él, también, pero ahí acababan nuestras afinidades. Me aburría mortalmente y llevaba varios días pensando cómo dejarlo, justo antes de que hiciera lo que hizo. Después de aquello me pedía perdón a diario y me rogaba que le diera otra oportunidad.

Lo llevaba claro: ni muerta volvería con él.

—Tranquilo, papá. Yo creo que necesita la dosis diaria de mi lengua afilada para empezar a trabajar; eso o que le va la marcha, porque si no, no entiendo su insistencia —le contesté a mi padre, y mi tío tuvo que toser porque, al reírse, se le fue el café por otro lado.

—Buenos días a todos. Alba, estás preciosa como siempre —me dijo haciendo amago de sentarse en la silla libre que había a mi lado, pero fui más rápida, adiviné sus intenciones y la empujé, metiéndola contra la mesa.

—Lo sé, me miro cada mañana en el espejo cuando salgo de casa. ¿Querías algo? ¿O solo vienes a por tu dosis diaria de que te mande a tomar por culo? Oye, que si es lo que necesitas para empezar a funcionar, por mí estupendo. Pero, chico, es pesado hacer todos los días lo mismo.

»Si quieres, grabo un vídeo y te lo pones en bucle, y así te ahorras tener que venir hasta aquí. Y, de paso, me ahorras a mí la acidez de estómago que se me pone cada vez que te veo. —Casi se le desencajó la mandíbula al oírme. Normalmente, esas cosas solía decírselas en privado, pero estaba tan cansada de su insistencia que ya me dio todo igual, a ver si de una vez me dejaba tranquila.

—Tranquila, no volveré a molestarte más. Solo quería que supieras que te echo de menos —me dijo con ojos de carnero degollado. Había que joderse; encima iba yo a quedar de mala, pues eso sí que no lo pensé.

—Si quieres, les contamos a mi padre y a mi tío por qué lo dejamos; puede que ellos, como hombres que son, te puedan aconsejar la mejor manera de actuar conmigo. —Palideció al oírme decir eso. Sabía que, si mi padre se enteraba de la verdad, tendría que irse hasta de Mallorca porque en la isla no encontraría trabajo nunca más.

—No hace falta, he captado el mensaje. No volveré a molestarte más; nuestro trato será únicamente profesional a partir de ahora —me dijo muy seguro, y yo respiré tranquila por fin, porque sabía que lo cumpliría. Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y se marchó por donde había venido.

—Tenía que haberle despedido cuando se folló a la camarera de piso en la sala del personal —dijo mi padre mientras le miraba con mala cara al verlo

marchar. Volví la cara rápidamente hacia él y le miré sorprendida.

—No te sorprendas tanto, Alba; en este hotel no hay cosa que pase que tu padre no sepa —me dijo mi tío, dejándome claro que él también lo sabía.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —les pregunté cruzándome de brazos.

—Yo desde el mismo día que pasó y tu tío desde el día siguiente —me contestó mi padre tan tranquilo mientras se comía un trozo de sandía.

—¿Y por qué coño no me habéis dicho nada? —les dije mirándolos con los ojos entrecerrados.

—Porque es tu vida y no quiero ser un padre meticón que se meta en ella. Sé que, si necesitas ayuda, vendrás a pedirla cuando te haga falta. Además, estaba seguro de que le ibas a dar la boleta en breve; lo que pasó solo adelantó los acontecimientos.

»No necesitas a nadie que te saque las castañas del fuego: tú sola te sobras y te bastas. No puedo estar más orgulloso de ti. Creo que has manejado muy bien la situación por tu cuenta y te aseguro que, si hubiera visto la más mínima cosa que se saliera de madre, hace tiempo que Yeray estaría fuera del hotel.

Las palabras de mi padre me emocionaron. Me protegía en las sombras, siempre al tanto de todo, pero sin intervenir a no ser que fuera necesario, y eso me encantó.

Seguimos desayunando, hablando los tres un poco más del tema de Yeray y, cuando terminamos, cada uno se fue a lo suyo: mi padre y yo a nuestros despachos y mi tío a los otros hoteles, a controlar cómo iban las cosas, como hacía cada día.

Mi padre era el encargado de la gestión; yo me ocupaba de los contratos del personal y de todos los temas legales, y mi tío era la cara visible, el que hablaba con los responsables de las diferentes zonas de los hoteles para conocer los problemas o las peticiones que surgían a diario.

Capítulo 3



Estaba tan inmersa revisando los contratos de algunos de los empleados que teníamos, a los que se les acababa el contrato y había que renovárselos, que cuando sonó mi teléfono me sobresalté, pegando un bote en la silla. Lo cogí de encima de la mesa y la sonrisa me salió sola al ver el nombre de Nora en el mensaje que apareció en la pantalla.

Nora: *«Good morning!» Mi bombón favorito, qué asco de lunes, chica. ¡Necesito que sea viernes ya!*

Alba: *Ja, ja, ja. Buenos días para ti también. ¿Ya andas así y solo estamos a media mañana?*

Nora: *¿Quién coño me mandaría a mí hacerme profesora de matemáticas? Te juro que cualquier día los cojo por el pescuezo y los sacudo hasta que me canten las tablas de multiplicar en árabe.*

Nora había estudiado la carrera de Matemáticas en la misma universidad en la que yo hice Derecho; los números eran su pasión. Cuando terminó sus estudios, enseguida encontró trabajo en uno de los mejores colegios de la isla como profesora de matemáticas. Tenía una mano espectacular con los niños y, aunque se quejaba a todas horas de ellos, yo sabía que estaba encantada con su trabajo.

Alba: *¿Están rebeldes hoy? ¿O es que su profesora se ha levantado con el pie izquierdo?*

Nora: *Una mezcla de las dos cosas, ya sabes que no me gustan los lunes. ¿Tú qué tal llevas la mañana? ¿Estás sepultada entre papeles?*

Alba: *No, pero casi. Estoy con la revisión de los contratos del personal. Aunque antes de empezar he desayunado con mi padre y con tu Velasco favorito y, ya le conoces, nos hemos reído con él muchísimo.*

Nora: *Bueno, tanto como mi favorito, no, ¿eh? Solo cuando lo tengo debajo o encima. El resto del tiempo tú eres mi favorita.*

Alba: *Sí, ya, y yo te creo. ¿Cuándo le vas a decir las cosas claras, Nora? Estáis perdiendo un tiempo precioso de estar juntos.*

Nora: *¿Qué dices, loca? Jorge solo me quiere para pasar un buen rato. No seré yo la que le pida más y haga el mayor ridículo de mi vida.*

Alba: *Creo que te confundes, pero no pienso decir nada más. El tiempo me dará la razón.*

Nora: *Vamos a dejar el tema mejor, ¿sí? ¿Quieres que cenemos juntas?*

Alba: *Claro. ¿Vienes a mi casa? Te prepararé tortilla de patatas y unos pimientos asados.*

Nora: *Dios… ya estoy salivando solo de pensarlo. A las ocho estaré allí. Yo llevo el postre. Ahora tengo que dejarte, se me terminó la pausa. Me vuelvo con mis fieras.*

Alba: *Genial, a la noche nos vemos. No seas muy dura con ellos, que también están de lunes. Un beso.*

Nora: *Lo intentaré, pero no prometo nada. Un beso.*

Todas las conversaciones que tenía con Nora siempre me sacaban una sonrisa; daba igual si eran por mensaje, videollamada o en persona. Las dos nos compenetrábamos tan bien que, aunque éramos muy distintas, hacíamos el tándem perfecto.

Volví a sumergirme en los contratos; quería dejarlos todos listos antes de que acabara la semana. En tres semanas empezaría la temporada de verano, cuando llegara julio, y me tocaría preparar los contratos del personal de refuerzo que contratábamos para los tres meses de verano, que eran los más fuertes; siempre llenábamos los hoteles al completo.

Una hora después llamaron a la puerta y, cuando di paso, Carla, la recepcionista de día, entró con la misma sonrisa amable que lucía siempre.

—Buenos días, jefa —me dijo riéndose.

—¿Yo, jefa? Ni de mi casa lo soy —le contesté, haciéndola reír a carcajadas.

—Si no lo eres tú de tu casa, entonces, ¿quién lo es? No me lo digas, Gizmo es el dueño y amo del lugar y tú eres una simple sierva para él —me contestó, haciéndome reír.

Gizmo era mi gato, al que adoraba y mimaba a partes iguales. Llevaba conmigo tres años. Carla no estaba muy equivocada en sus palabras, porque el señorito se paseaba por la casa como si de un rey se tratara, siempre con la cabeza alta y con esa mirada que parecía decirte que le debías pleitesía.

—No te has equivocado ni un poquito. Creo que cualquier día, cuando entre en casa, estará mirándome desde encima de su trono, esperando que le salude con una reverencia —añadí, poniendo los ojos en blanco y haciéndola reír más todavía.

—Vaya tela con Gizmo. La verdad es que es adorable. Cuando se lo dejas a tu padre porque te vas de vacaciones, aquí le mimamos todos como si fuera el mejor cliente del hotel. —Y así era. Lo sabía de sobra, porque mi padre le adoraba casi más que yo; si hasta le había comprado una cama que era como la de los reyes, con dosel y cortinas.

—Lo sé de sobra, y mi padre el que más —le dije resoplando.

—En fin, que yo venía a entregarte esto. No me quiero entretener más, que he dejado a Yeray un momento al cargo de la recepción y no quiero que me eche la bronca por tardar mucho —me dijo entregándome un sobre.

—¿Qué es? —le pregunté extrañada, porque no tenía previsto recibir nada.

—No lo sé, la carta es certificada. Ya sabes que con el cartero no tenemos problemas y que, por orden de tu padre, me deja recogerlas a mí, para no tener que estar molestándoos en ir hasta la recepción solo para firmar en la maquinita —asentí, porque estaba al tanto de las órdenes de mi padre.

—Muchas gracias, Carla —le dije con sinceridad.

—De nada, mujer, es mi trabajo. Además, así tengo una excusa para haceros una visita y estiro un poco las piernas en lo que voy y vengo —me dijo dejando el sobre encima de la mesa.

—Eso me pasa a mí, que cada poco rato me doy un paseo, para estirar las piernas y para que el culo se me vuelva a poner redondo, porque si no, de tanta silla, al final veo que se me queda como una tabla.

Mi último comentario la hizo salir de mi despacho riéndose, mientras se despedía con una mano, y yo le devolví la despedida haciendo lo mismo.

Cogí el sobre de encima de la mesa, donde Carla lo había dejado, y lo observé atentamente. No era el típico sobre blanco que se utiliza en cualquier carta; era un sobre elegante, de color crema, que tenía figuras en relieve cuando pasabas la mano. En la parte delantera venían mi nombre completo y la dirección del hotel. Eso no era de los juzgados, de una posible citación judicial o de algo relacionado con mi trabajo, pensé.

Di la vuelta al sobre para ver si traía remitente y salir de dudas y, cuando vi de quién era, casi me caigo de la silla. Un sudor frío me recorrió toda la espalda, las pulsaciones se me dispararon y se me encogió el estómago.

Inhalé aire cerrando los ojos y conté hasta diez antes de volver a mirar el nombre allí escrito. Lo mismo no lo había leído bien y mi subconsciente me había jugado una mala pasada. *Sí, guapi, y lo mismo cuando salgas ves a los tres cerditos volando en escobas*, me dijo mi cerebro, cachondeándose de mí.

Pues no, no había leído mal; allí seguía el mismo nombre. Lancé el sobre sobre la mesa como si me estuviera quemando las manos, esas que a continuación me llevé a la cara y me la tapé, como si al hacer eso, cuando las

quitara, el puñetero sobre hubiera desaparecido de mi mesa. Miré por entre los dedos y no, allí seguía, produciéndome un rechazo enorme y una sensación amarga dentro de mí. Lo cogí de nuevo y leí por tercera vez en voz alta.

—Royal Albert and Maximilian School, Gatton Park RH7 OTD, condado de Surrey, Reino Unido. —La voz me salió estrangulada con cada palabra.

¿Para qué narices me escribirían después de tantos años?, pensé. Necesitaba tiempo, tiempo para prepararme y para decidirme a abrir el sobre. Aunque todo lo que había pasado allí lo superé con mucha terapia y con el paso de los años, no quería saber nada de ese lugar. No quería que las viejas heridas, esas que deberían estar ya cicatrizadas, pudieran volver a abrirse. Cogí el sobre y lo guardé en mi mochila; por mucho que hubiera cambiado y por muy fuerte que pudiera parecer ahora, no sería capaz de abrirlo sin que Nora estuviera a mi lado.

No quise molestarla mandándole un mensaje para decirle lo que tenía en mi poder. Esa noche, cuando llegara a mi casa después de la cena, se lo enseñaría y ya veríamos si lo rompíamos en mil pedazos o lo leíamos mientras ella me acompañaba para salir de dudas sobre qué contenía el dichoso sobre.

El resto del día lo pasé terminando de revisar los contratos que me había propuesto hacer. Después de comer con mi padre y echar otro par de horas en el despacho, me marché a casa con el mismo runrún en la cabeza.

Capítulo 4

Antes de ir a casa necesitaba despejarme y no pensar en nada, y sabía cuál era la mejor manera de conseguirlo. Me puse el casco y me monté en mi moto en la puerta del hotel; los primeros kilómetros, entre el tráfico, los hice despacio y de forma mecánica, como hacía cada día. Pero cuando llegué a la carretera solitaria en la que sabía que casi nunca circulaba nadie, aceleré poco a poco hasta que alcancé una velocidad que hacía que el aire cortara mi cuerpo como si de cuchillas se tratara. En esos momentos no había nada más: solo la carretera, la velocidad, el aire y yo; todo lo demás dejaba de existir.

Llegué a uno de mis sitios favoritos en el mundo, una pequeña cala alejada de la civilización a la que no solía ir nadie, bien porque no la conocían o porque era de difícil acceso. Dejé la moto aparcada y el casco encima y me encaminé a las escaleras que estaban al borde; eran empinadas, mucho en realidad. Había que bajar con muchísimo cuidado porque un solo resbalón y ya podías rezar para llegar entera abajo; si no, serías pasto de los buitres.

Dejé la mochila y la cazadora en la arena antes de quitarme las botas y los pantalones. La temperatura que teníamos era bastante alta para ser junio y no desaprovecharía la oportunidad de hacer lo que llevaba deseando todo el día. Terminé de quitarme toda la ropa y, completamente desnuda, eché a correr y me sumergí en el agua de cabeza. La sensación del contraste de temperatura en mi cuerpo fue impactante, pero muy reconfortante. Nadé y nadé hasta llegar a una roca que sobresalía por encima del agua, a un kilómetro de distancia más o menos, y cuando llegué a ella tomé impulso para subirme y me tumbé bocarriba, tapando mi cara con un brazo para que el sol no me

cegara. La sensación de paz y tranquilidad que sentía en ese lugar no se podía describir con palabras; era algo mágico.

Dos horas después entré en la ducha para quitarme la arena y la sal que tenía pegadas al cuerpo. Mi pequeño paseo y el posterior baño me sentaron de maravilla. Llegué a casa muy relajada, aunque sabía que esa relajación me duraría poco en cuanto le enseñara a Nora el maldito sobre y nos pusiéramos a hablar del tema.

Me puse un pijama fresquito y me metí de lleno en la cocina para preparar la cena. Limpié los pimientos y los preparé para meterlos al horno; mientras se hacían, saqué las patatas, los huevos y, por supuesto, la cebolla; esa nunca faltaba en una de mis tortillas. Una hora después tenía todo listo y, con una taza de té, me senté en el jardín a esperar a Nora, que no tardaría en llegar.

Sonó el timbre a las siete y media, cosa que me extrañó, porque mi amiga tenía muchas virtudes, pero la puntualidad no era una de ellas, y si habíamos quedado a las ocho, era imposible que fuera ella. Pero al abrir la puerta me sorprendí: sí, era Nora, y no traía buena cara.

—¿Qué te pasa? Y no me digas que nada, que te hayas adelantado media hora cuando tú no fuiste puntual ni el día que naciste… Además, puedo sumar esa cara que traes a que te lo han hecho y no te lo han pagado; te delata —le solté todo el discurso sin que tan siquiera hubiera entrado por la puerta.

—¿Puedo pasar al menos? —me dijo poniendo los ojos en blanco.

—Solo si yo no soy la culpable de lo que sea que te pasa; hoy no tengo el *chichi pa' farolillos* —le dije apartándome a un lado.

—Ya lo suponía, por eso he venido antes —me contestó, dejándome descolocada. ¿Qué podría saber ella de lo que me pasaba si no le había dicho nada, ni a nadie ya de paso?, me pregunté, intrigada.

—¿El qué suponías? —le pregunté mientras salía al jardín, con ella detrás de mí.

—Que estarías alterada —contestó mientras se sentaba en una de las sillas que tenía allí, alrededor de una mesa que utilizábamos para cenar o comer los

días que el tiempo acompañaba.

—¿Eres bruja ahora o qué? —le dije mirándola con una ceja alzada.

—No, simplemente yo estoy igual que tú. —Mientras decía eso sacó del bolso un sobre exactamente igual que el mío y lo dejó en la mesa a toda prisa, como si le quemara en las manos, igual que me había pasado a mí en mi despacho.

—Tú también tienes uno —susurré, más para mí que para ella.

—Así es, por eso he venido corriendo. Apenas hace una hora que el cartero me lo entregó —me dijo mirándome con preocupación.

—¿Cómo sabías que yo también había recibido uno? —le pregunté intrigada.

—No lo sabía, pero algo me decía que así podría ser. Llamé al hotel y le pregunté a Carla si habías recibido hoy una carta certificada; ella me confirmó que sí.

—¿Por qué no me has llamado a mí directamente?

—Sabía que, si la habías recibido, necesitarías hablar de ello cara a cara. Quería estar segura antes de venir. —Y por eso la quería tanto: me conocía mejor que nadie, sabía cuándo necesitaba mis tiempos y cuándo, según qué cosas, me gustaba hablarlas en persona y no a través del teléfono.

—Me fui a relajarme y a desconectar esta tarde. Sabía que lo iba a necesitar cuando vinieras y saliera el tema; pensaba decírtelo después de cenar. No me esperaba que tú también recibieras uno —le dije pasándome la mano por la cara, con gesto cansado.

—¿Has estado en la cala? —me preguntó, aunque sabía de antemano la respuesta; como he dicho, me conocía mejor que nadie.

—Así es. —Nora asintió sonriendo—. ¿Lo has abierto? —le pregunté, temerosa por su respuesta.

—No. Quería que lo abriéramos juntas. Si nos ha llegado a las dos, tiene que ser por algo concreto que nos incluye a ambas. —Eso mismo es lo que se me había pasado por la cabeza cuando puso su sobre encima de la mesa.

—¿Cenamos primero? No es que tenga mucha hambre, pero probablemente después tenga menos —le pedí, sabiendo de antemano su respuesta. Ella me conocía a mí, pero yo a ella también.

—Sí, será lo mejor, porque creo que esos siesos, seguro, nos joderían la cena después. Y nadie en el mundo podría hacer que me pierda tu tortilla con pimientos. Si eso pasara, iría allí y quemo el colegio de mierda —me dijo en broma; quemar no, pero que les cantaría las cuarenta estaba segura.

Nos levantamos las dos y, mientras Nora sacaba los platos y los cubiertos a la mesa del jardín, yo saqué la comida y las bebidas.

La charla durante la cena la dirigimos a otros temas, como sus chicos del colegio, mi tío Jorge, y también le conté todo lo que había pasado por la mañana con Yeray. Se quedó alucinada de que mi padre y mi tío supieran lo que había pasado desde el principio y no me hubieran dicho nada.

Con los estómagos llenos de comida, pero también de nervios, y una taza con una infusión relajante entre las manos, nos sentamos en el sofá del salón. Pusimos los sobres sobre la mesa baja que teníamos delante, mirándolos como si dentro hubiera una sentencia de muerte. Ninguna de las dos dijo nada; solo dábamos pequeños sorbos a la infusión mientras intentábamos reunir el valor necesario para dar el siguiente paso: abrirlos.

—¿Lo hacemos a la vez? —me preguntó Nora sin apartar la vista del sobre.

—Será lo mejor; así nos llevamos el susto juntas. No creo que lo que haya dentro sea algo bueno, sabiendo de dónde procede.

—Venga, valor y al toro —dijo cogiendo el mío para dármelo y después el suyo.

Conté hasta diez y solté el aire de golpe. Sin pensármelo más, rasgué el sobre y Nora hizo lo mismo. Sacamos las dos hojas que venían dentro,

cogimos la misma, la que tenía un membrete del colegio en la parte superior, y en silencio leímos a la vez.

«Estimada señorita Velasco:

El 'Royal Albert and Maximilian School' tiene el placer de invitarle a nuestro evento de reencuentro de antiguos alumnos al cumplirse diez años desde su graduación. Dicho evento se celebrará con distintas actividades entre los días uno y cuatro de julio, ambos inclusive, en nuestras instalaciones y en el lugar asignado donde todos los alumnos se alojarán, corriendo el colegio con todos los gastos de manutención y traslados.

El objetivo de dicho evento es reconectar con exalumnos, celebrar recuerdos y disfrutar de un espacio de confraternidad.

En la hoja que adjuntamos se detalla el lugar de alojamiento, los horarios de las distintas actividades y un correo electrónico donde podrá ponerse en contacto con la persona encargada para resolver cualquier duda que le pudiera surgir, así como para dar su confirmación de asistencia.

Sin nada más que añadir, la dirección del centro le agradece de antemano su entusiasmo y participación en este evento.»

Coloqué esa hoja sobre mis piernas y cogí la siguiente para leerla. En ella venía muy detallado el sitio donde los alumnos se alojarían, un hotel que imaginé que sería de lujo. Estaba a media hora del colegio y, por lo que entendí, se encontraba junto a unos viñedos. Habría catas de los distintos vinos que allí se producían, así como degustaciones de comida típica de la zona. También tenía *spa* y todos tendríamos libre acceso a sus instalaciones, así como a todos los tratamientos que ofrecía.

De los cuatro días que duraría el evento, el tercero habría un baile de gala en el gran salón de actos del colegio, para el que se requería vestuario de etiqueta. El hotel, esos cuatro días, estaría únicamente reservado para los alumnos; no habría otros huéspedes que no pertenecieran al evento.

Teníamos que mandar el correo de confirmación como muy tarde el día veinte de junio, para que organizaran las actividades acordes a la gente que asistiría. En caso de ser afirmativa, nos mandarían los billetes de avión al

correo electrónico que les proporcionáramos. El resto de los traslados, desde el aeropuerto y desde el hotel al colegio, se haría en uno o varios autobuses, dependiendo de la cantidad de gente.

Dejé todo encima de la mesa y miré a Nora de reojo. Ella aún estaba leyendo la segunda hoja con una mueca en la cara que, si no fuera por los nervios y el desconcierto que me recorrían el cuerpo, me estaría riendo a carcajadas al verla.

Nora terminó tres minutos después de leer todo e hizo lo mismo que yo: dejó los papeles encima de la mesa y soltó un suspiro a la vez que se pasaba las manos por la cara.

—Di algo —le pedí susurrando.

—Se van a cagar todos esos cabrones cuando nos tengan delante —soltó de pronto, y yo la miré con la boca abierta.

—¿Qué dices? No estarás pensando en aceptar —le dije incrédula.

—Vamos a aceptar —me corrigió—, y vamos a poner a todos esos mierdas en su sitio. Por nada del mundo me perdería sus caras cuando vean lo buena que estás ahora —me dijo con una mirada maliciosa.

—Nora…

—Ni Nora ni hostias, sabes que tengo razón. Es tu oportunidad para cerrar ese capítulo de tu vida de una vez por todas y qué mejor manera que callando bocas. —Visto así, me dije, podía tener razón.

—No quiero ser el centro de todas las miradas y los comentarios, Nora —le dije con voz lastimera.

—Lo fuiste durante cuatro años sin buscarlo, porque unos críos que se creían con derecho a todo decidieron que era divertido meterse con alguien que tenía problemas. Pues ahora quiero que vean que ya no queda nada de esa niña a la que acosaron, que esa niña se ha convertido en una mujer segura de sí misma que no deja que nadie la pise —me dijo muy seria y convencida de sus palabras.

—No creo que pueda —respondí, mientras un sudor frío me recorría el cuerpo solo de imaginarme allí delante de todos, mientras me miraban como si fuera un bicho raro al que hay que diseccionar.

—Podrás, vaya si podrás. Y yo estaré a tu lado —replicó cogiéndome la mano.

—Tengo que pensarlo con calma —le dije, sabiendo que no dejaría de insistir y me acabaría convenciendo.

—Piénsalo todo lo que quieras, pero llegarás a la misma conclusión que yo. Sabes que lo necesitas, Alba. ¿Qué te diría tu psicóloga?

—Que tengo que enfrentarme a mis miedos para superarlos y que no hace daño quien quiere, sino quien puede. Si yo no les doy ese poder, no pueden hacerme nada —repetí las palabras que mi psicóloga me había repetido una y otra vez durante todo el tiempo que me trató.

—Ahí lo tienes; si no vas, tendrás esa espina clavada para siempre. —Joder, Nora tenía razón. Necesitaba cerrar ese capítulo de mi vida que me hizo tanto daño, y la mejor manera era enfrentarme a él, era de frente, sin miedo.

—Tienes razón —le dije muy seria.

—¿Entonces? —me pidió que le contestara moviendo las manos, impaciente.

—Nos vamos a Surrey —le contesté muy segura.

—¡Sí, joder, sí! Que se preparen todos esos cabrones, sobre todo el gemelo Turner; ese va a morder el polvo más que ninguno y su novia le va a acompañar —contestó alzando las manos y saltando por todo el salón muy contenta.

Pero a mí, al oír ese nombre, se me encogió el estómago y me dio un vuelco el corazón.

Capítulo 5

Nora se quedó un rato más en mi casa, hablando del mismo tema. Quedamos en que al día siguiente nos veríamos en mi casa otra vez por la tarde para mandar los correos electrónicos confirmando nuestra asistencia y también buscaríamos el hotel por internet para ver dónde nos iban a alojar.

Cuando se marchó, me quedé emocionalmente tocada; las imágenes de aquellos años iban y venían en mi cabeza sin descanso. Una de las más recurrentes era la de dos ojos azules que en su día pensé que me habían enamorado, pero no fue así. Solo fue un capricho juvenil que pagué bien caro.

De entre todos los alumnos que más daño me habían hecho estaba él: Cameron Turner. El primer día que llegué al internado, cuando nos cruzamos en el comedor, me quedé como una boba mirándole, y esa simple mirada fue mi sentencia para los cuatro años siguientes.

Cameron y su hermano gemelo, Evan, provenían de una de las familias más ricas de todo el Reino Unido. Su padre era un prestigioso arquitecto que, a golpe de talonario, era la única manera que tenía de ocuparse de sus hijos. Llevaban en el internado desde primaria; su madre falleció cuando ellos nacieron y su padre estaba demasiado ocupado con su carrera como para atender a dos niños.

Eran gemelos, pero no podían ser más distintos. Aparte del ADN, no creía que tuvieran más parecidos; bueno, en el físico un poco, aunque cada uno llevaba su propio estilo y eso les hacía tan diferentes por fuera como por dentro.

Cameron era un líder nato; algunos nacemos para seguir y otros para que nos sigan, y él era, sin ninguna duda, de los segundos. Destacaba en todos los deportes, los compañeros hacían lo que él decía sin rechistar y creo que llegó a acostarse con todas las alumnas de nuestra clase, menos con Nora y conmigo.

Su pelo siempre engominado, sin que se le descolocara en ningún momento, su cuerpo de adonis y esos ojos azules llenos de picardía fueron lo que me hizo fijarme en él. Pero todo lo bonito que tenía por fuera se quedaba en un segundo plano cuando conocías su personalidad, esa que yo sufrí durante años. Era manipulador, déspota y un chulo de cuidado, de esos chicos que se creen que con un simple chasquido de dedos todos tienen que arrodillarse a sus pies y que disfrutan metiéndose con los más débiles. Era el gallito del corral, el chico popular con su grupito de secuaces que le seguían como las ovejas siguen al pastor.

Evan era todo lo contrario a su hermano. En los cuatro años que estuve en el internado no crucé con él más de diez palabras. Era un lobo solitario que nada tenía que ver con Cameron. Se pasaba las horas muertas en la biblioteca leyendo o jugando en el club de ajedrez, donde coincidí con él varias veces y ni siquiera entonces decía esta boca es mía. Solo te miraba con esos ojos azules, iguales a los de su hermano, pero en los que la mirada era muy diferente; en los de Evan había calma y paz, yo los comparaba con cómo se queda el mar después de una tormenta.

El pelo también lo llevaba distinto, largo y recogido en un moño despeinado, y su cuerpo no estaba ni de lejos igual de musculado que el de Cameron, porque pasaba olímpicamente de hacer ningún deporte, salvo cuando era obligatorio.

Tengo que decir que Evan nunca se metió conmigo; si bien es cierto que tampoco me defendió. Aun así, el hecho de que no siguiera a su hermano en sus insultos y desprecios contra mí fue un verdadero alivio. No le siguió en eso ni en nada, porque parecían dos desconocidos que apenas tenían trato. Cameron tenía su grupito de los populares y Evan no pertenecía a él.

Subí las escaleras hasta mi habitación y fui directamente a mi vestidor. Hacía muchos años que no cogía la caja que tenía en el último estante, pero

en esos momentos necesité volver a ver lo que guardaba en su interior. La bajé y la llevé hasta el centro de la habitación, donde me senté en el suelo antes de abrirla. Ni siquiera Nora sabía que aún la conservaba; si os soy sincera, yo tampoco sabía por qué la guardaba. Supongo que mi subconsciente no me había dejado, de alguna manera, deshacerme de esos recuerdos que eran los únicos que, junto a Nora, me arrancaron sonrisas durante los cuatro años que estuve en Surrey.

Volqué la caja y de ella cayeron cientos de figuras de origami de diferentes colores, pero todas tenían la misma forma: una grulla.

Nunca supe quién las hacía para mí; siempre me las dejaba sin una nota. Aparecían en mi taquilla, en mi mesa, entre mis libros, incluso en la almohada de mi cama. Sobre todo, me las dejaba cuando había tenido un día de los verdaderamente malos. Tomé una entre mis manos y sonreí; quienquiera que hiciera eso por mí, le estaba muy agradecida por intentar que mis días fueran un poquito mejores, tratando de sacarme una sonrisa.

Cuando me mudé a mi casa, después de colocar todas las cajas de la mudanza, incluida esa que para mí era tan especial, busqué información sobre el significado de las grullas de origami. Quise saber por qué siempre hacía lo mismo; puede que la respuesta fácil fuera que no sabía hacer otra cosa, pero tenía la corazonada de que no era así.

Indagando por la red encontré el significado que buscaba: la grulla de papel representaba paz, esperanza, longevidad y curación. También descubrí una leyenda japonesa que decía que a la persona que doblara mil grullas se le concedería un deseo.

Siempre me quedé con la curiosidad dentro de saber quién me las mandaba, pero también de qué habría pasado cuando llegara a las mil grullas. Si esa persona conocía la leyenda, qué deseo habría pedido y si yo hubiera podido ayudarle a conseguirlo.

Empecé a meterlas de nuevo en la caja con mucho cuidado, casi como si fueran de cristal. Seguían intactas después de diez años y así quería que continuaran. No me hizo falta contarlas; mientras las iba colocando, lo había hecho muchísimas veces en el pasado y lo sabía de sobra: había exactamente

novecientas noventa. Sí, a solo diez grullas quedó mi origamista particular de poder pedir su deseo.

Devolví la caja a su lugar y sonreí mientras me dirigía a tumbarme en la cama; al fin y al cabo, también guardaba recuerdos bonitos de aquel sitio. Las charlas interminables con Nora en nuestro dormitorio, que era nuestro refugio, donde podíamos ser nosotras mismas y decir lo que queríamos sin miedo a ser juzgadas.

Las largas horas en la biblioteca, disfrutando de los miles de libros que tenían. Las partidas de ajedrez con compañeros que me trataban en aquellas mesas como una igual y con respeto. Siempre me había gustado jugar y con mi madre lo practicaba mucho desde muy pequeña; había llegado a ser muy buena y en el colegio solía ganar casi siempre. Al único que no conseguí ganar ni una sola vez fue a Evan, que si en algo destacaba del resto era en eso: era imbatible.

También recordaba con cariño a algunos profesores que me ayudaron muchísimo y, en especial, a la señora Taylor, o Mary, como insistía una y otra vez en que la llamara durante las muchas sesiones que tuve con ella en su despacho. Era la orientadora y psicóloga del centro y una de las personas, aparte de Nora, que más me ayudó allí dentro a pasar el duelo por la muerte de mi madre y a levantarme cada vez que me caía.

Me trató con tanto cariño desde el primer día que siempre me sentí muy a gusto hablando con ella. Sabía de sobra lo que algunos de mis compañeros me hacían pasar; incluso intervino unas cuantas veces, pero cuando les amonestaban por ello, la venganza después era mucho peor, por eso intentaba por todos los medios ocultar todo lo que me hacían.

Pensando en todas esas cosas, apoyé la cabeza en la almohada y dejé que mi mente rememorara solo los buenos recuerdos hasta que el sueño me venció.

Capítulo 6

Abrí los ojos y el día todavía estaba oscuro. El silencio imperaba casi en su totalidad, solo interrumpido por la suave respiración de Gizmo, que, como todas las mañanas, dormía enroscado como un ovillo a los pies de mi cama. Me levanté despacio, sin prisas, para no despertarlo; pasé brevemente por el baño y bajé a la cocina para cumplir con mi ritual mañanero. Cogí mi taza favorita, encendí la cafetera y coloqué la cápsula en su sitio. En pocos segundos la cocina se llenó de ese olor delicioso que anuncia el primer paso para empezar un nuevo día.

Con la taza humeante entre mis manos, salí al porche y me senté en una de las sillas de mimbre que tenía allí. Subí los pies al borde, encogiendo las piernas hasta pegarlas a mi pecho, y empecé a dar pequeños sorbos al café sin apartar la mirada del horizonte, donde se extendía un mar en calma. Apenas cinco minutos después, el sol empezó a asomar tímidamente, anunciando un nuevo amanecer que poco a poco dejaba atrás la oscuridad de la noche. El cielo estaba tan despejado que los primeros rayos del sol se reflejaban en el agua del mar; era un paisaje verdaderamente maravilloso que me hacía sentir en paz.

Terminé, sorbo a sorbo, el café, alargando un poco más mi momento, y cuando se acabó, ya estaba totalmente lista para empezar el día. Lo primero que hice fue llenar el cuenco de comida de Gizmo; eso era primordial. Si su majestad se levantaba y no tenía su desayuno preparado, me perseguía por la casa maullando a modo de regaño por mi descuido.

Me di una ducha más larga de lo habitual porque, mientras los chorros de agua caían por mi cabeza, los recuerdos de la tarde anterior volvieron a mi mente. La carta, la charla con Nora, cómo me convenció para asistir al evento con un argumento muy convincente —todo hay que decirlo—, el repaso mental que les di a mis compañeros… Pero lo que realmente me hizo sonreír mientras me duchaba fue pensar en las figuras de colores de las grullas. ¿Llegaría algún día a saber quién las hizo?, me pregunté, deseando que la respuesta fuera afirmativa y poder agradecer a esa persona las muchas sonrisas que me sacó en mis días más grises.

Con pantalones ajustados, blusa de tirantes, chupa de cuero, botas de mediacaña y casco en mano, pasé por la cocina para despedirme de Gizmo, que, como ya me esperaba, había dado buena cuenta de la comida que le había puesto, dejando el cuenco más limpio que la patena. Unos minutos de mimos y caricias por parte de ambos fueron la despedida que nos dedicamos hasta que volviéramos a vernos por la tarde.

Aparqué la moto en el sitio que tenía reservado en el aparcamiento del hotel y me bajé. No había puesto apenas un pie en el suelo cuando alguien me agarró por detrás y empezó a hacerme cosquillas en ambos costados. Supe quién era sin girarme siquiera; solo había una persona lo bastante capullo como para hacerme eso, sabiendo las muchas cosquillas que tenía.

—¡La madre que te parió! Para, joder, que sabes que cuando me haces esto no puedo parar de reír y hasta puede que me mee encima —le dije a mi tío Jorge, dándole manotazos, mientras él se reía sin parar al verme retorcerme entre sus manos.

—Estaría bonito que la señorita letrada llegara a su puesto de trabajo chorreando de pis. ¿Qué pensaría la gente, sobrina? —me preguntó mientras se separaba, porque él así lo quiso, no porque yo hubiera podido librarme de su agarre.

—Pensarían que la pobre abogada tiene un tío que es un capullo —le contesté, todavía riéndome.

—Uy… lo que me ha dicho. Me partes el corazón llamándome eso, Albita —me dijo llevándose las manos al pecho de forma exagerada.

—Que no me llames Albita, atontado, sabes que lo odio —le dije, dándole un suave puñetazo en el brazo, del que él se quejó como si le estuvieran matando.

La relación que tenía con mi tío siempre era así, con bromas y mucho cariño. Aparte de ser tío y sobrina, también éramos amigos; solíamos salir a menudo juntos de copas o a cenar, bien solos o acompañados de Nora o de otros amigos. Teníamos mucha confianza el uno en el otro y solíamos contarnos nuestras penas, nuestros problemas y también las cosas buenas que nos pasaban.

—Está bien, solo Alba —me dijo, pasando su brazo por encima de mis hombros para atraerme hacia él y darme un beso en la cabeza.

—¿Qué haces aquí? Ayer dijiste que seguramente no vendrías a desayunar. —Nos lo había comentado a mi padre y a mí el día anterior: tenía una reunión a primera hora y nos avisó para que no le esperáramos.

—He cambiado la cita para más tarde. Creo que hoy era más importante estar aquí y charlar que cualquier otra cosa —me contestó, poniéndose serio, y entonces lo supe. No solo por sus palabras, sino también por la mirada de preocupación con la que me estaba observando en esos momentos. Lo sabía: sabía lo de la carta que había recibido el día anterior y no me hizo falta preguntarme quién le había puesto al corriente; Nora, por supuesto.

—Lo sabes, ¿no? —Jorge solo asintió, confirmándome lo que ya sabía.

—Te iba a llamar después para contártelo. Sabía que tenías la reunión a primera hora y no quería que te preocuparas —le dije con sinceridad, porque sabía que, si le decía que tenía que contarle algo, no dudaría en dejar lo que fuera y venir corriendo, que al final había sido lo que había pasado de todas formas.

—Tú siempre estarás la primera para mí, ya lo sabes. Lo demás se queda en segundo plano. Y hoy con mayor motivo, sabiendo más o menos de qué se trata y lo que pasó allí —me dijo mientras entrábamos en el hotel, agarrados.

—¿Qué te ha contado Nora? —le pregunté, y él ni siquiera se sorprendió de que hubiera dado por hecho que había sido ella quien le había puesto al

corriente, pues era la única que lo sabía de momento.

—Poca cosa, pero sabiendo lo principal, que es de dónde ha venido el sobre que habéis recibido, no me hacía falta saber nada más hasta que tú me lo contaras todo. Sé que, aunque no lo digas, esto te tiene nerviosa, Alba.

Años después de lo que pasó, mi psicóloga me recomendó que le contara a mi familia lo que había pasado en el internado y que dejara salir todos esos sentimientos que llevaba dentro y los compartiera con ellos. Le hice caso y un día les pedí a mi padre y a mi tío que vinieran a casa y les conté lo que pasó allí, cómo me sentí, lo que me hicieron pasar, aunque no entré en muchos detalles, porque, sobre todo, mi padre sufrió mucho al enterarse, echándose la culpa de lo que había tenido que pasar por mandarme allí. Idea que le quité de la cabeza con el tiempo, aunque me costó muchísimo.

—Primero desayuno y después charla, ¿te parece bien? —le pregunté riéndome, para que viera que no tenía que preocuparse tanto, que ahora era más fuerte.

—Me parece estupendo; con el estómago lleno se ven las cosas de otra manera. Vamos a buscar a tu padre.

Pasamos primero por mi despacho a dejar mis cosas y después fuimos a buscar a mi padre, que estaba esperándome en su despacho como cada mañana. Al ver a Jorge allí a mi lado, frunció el ceño, porque, al igual que yo, no le esperaba.

—¿Tú no tenías una reunión a primera hora? —le preguntó mi padre a mi tío, a la vez que se levantaba de la silla para que fuéramos al comedor.

—La he aplazado por la niña. Tiene algo que contarnos y no podía esperar sin saber a qué hora podría terminar la reunión —le contestó mi tío.

—¿Qué ocurre, Alba? —me preguntó mi padre, preocupado.

—Tranquilo, después de desayunar os lo cuento. Jorge sabe un poco porque Nora ha sido la que le ha llamado para decírselo, ya que ella está incluida en lo que os voy a contar.

—Está bien, pues vamos a desayunar y luego volveremos a mi despacho para hablar —me dijo no muy convencido. Pasaran los años que pasaran, como buen padre, cualquier cosa que tuviera que ver conmigo siempre le ponía en modo alerta.

Cuarenta minutos después, con los estómagos llenos y varias risas compartidas, volvimos al despacho de mi padre. Nos sentamos los tres en los dos sofás que tenía allí: yo en uno y ellos dos en el otro, frente a mí.

—Empieza a hablar, porque te juro que estoy de los nervios. Ni te imaginas la de cosas que se me han pasado por la cabeza mientras desayunábamos; hasta he pensado si me vas a hacer abuelo. —Cuando dijo eso me quedé mirándolo con cara de ¿estás loco? No porque fuera algo imposible, vaya, sino porque en esos momentos, como no me hubiera hecho un hijo el Espíritu Santo, no habría otra manera posible de que eso pasara. Llevaba meses en sequía.

—Joder, Manuel, anda que ya te vale —le dijo Jorge, muerto de la risa.

—No te rías, coño, tampoco sería tan raro. Es una mujer adulta y preciosa, por la que cualquier hombre perdería la cabeza. No estaba preocupado por si me hacía abuelo, eso me haría mucha ilusión, sino por si el padre de la criatura se había largado y tendría que contratar unos sicarios para hacerle pagar por ello —le contestó mi padre, queriendo aparentar seriedad, esa que se fue al traste cuando mi tío empezó a reírse más fuerte, contagiándonos a los dos.

Después de un rato de risas, que nos vinieron muy bien a los tres para romper el hielo, mi padre me pidió ya en serio que empezara a contarles qué era lo que pasaba.

—Tomad, mejor que lo leáis vosotros mismos —les dije, sacando las hojas del sobre que había llevado conmigo, con la invitación y la descripción del programa de actividades y demás.

Jorge, como ya sabía algo por lo que Nora le habría contado, no se sorprendió, pero el gesto de mi padre me lo dijo todo a medida que avanzaba en la lectura: dientes apretados, mandíbula tensa y los nudillos blancos por la fuerza con la que agarraba una de las hojas.

—No tendrás pensado aceptar ir a esta mierda, ¿verdad? —me preguntó mi padre, claramente afectado por lo que eso pudiera suponer para mí volver allí.

—Voy a ir. Tengo que ir. Necesito ir —le contesté, muy convencida de mi respuesta.

—¿Por qué? No entiendo que tengas que ir a un sitio en el que lo pasaste tan mal —me dijo pasándose la mano sin parar por la cara, signo de que estaba alterado.

—Yo creo que es una buena idea, Manuel. Necesita enfrentarse a ello y cerrar ese capítulo de su vida y, si reparte un par de hostias o tres por el camino allí, mejor que mejor. Además, no irá sola, se lleva a la escudera con ella —añadió mi tío.

—Tiene razón, papá. Tengo que hacerlo y, si es posible, traerme buenos recuerdos de este viaje que hagan borrar los malos que tengo de allí. Mi psicóloga estaría de acuerdo en que lo hiciera; es más, siempre me dijo que debía enfrentarme a las cosas. Nora me dijo lo mismo ayer también.

—Lo tienes decidido —me dijo sonriendo porque, a pesar de todo, se sentía orgulloso de la mujer fuerte en la que me había convertido—. Pues no tengo nada más que decir, solo apoyarte. Pero quiero que me mantengas en todo momento al corriente de lo que pase allí, porque a la mínima que se pasen un pelo, me da igual quién coño sean: pienso hundirles la vida.

Al ver que todo lo que dijo era cierto, supe que haría eso y mucho más. Le di un largo abrazo y la conversación quedó zanjada.

Capítulo 7



Acabada la charla con los dos hombres de mi vida, cada uno se marchó a sus obligaciones. Jorge se fue a su reunión, mi padre se quedó en su despacho con el teléfono en la mano, listo para hacer las llamadas diarias y asegurarse de que todo estaba en orden, y yo me fui a mi despacho a seguir con los contratos que me faltaban por revisar.

No había terminado de revisar el primer contrato cuando mi teléfono sonó, avisándome de la entrada de un mensaje. Sin mirarlo, ya sabía quién era.

Nora: *¿Ya has tenido la charla con los hermanos Velasco?*

Alba: *Buenos días a ti también, chivata.*

Nora: *Chivata no, solo abridora de caminos.*

Alba: *Ja, ja, ja. ¿Qué chorrada es esa?*

Nora: *Una que se me acaba de ocurrir, pero que es cierta. Sabía que te costaría sacar el tema con ellos; si era Jorge el que te decía algo primero, te sería más fácil hablar. Te he abierto el camino.*

Alba: *Gracias, siempre estás en todo. Se lo habría dicho a lo largo de la mañana, pero me hubiera costado hacerlo, eso es cierto.*

Nora: *¿Cómo se lo ha tomado tu padre? A Jorge, cuando se lo dije anoche, no le hizo mucha gracia, pero tengo mis métodos para que me*

escuche y entre en razón.

Alba: *¿Estuvisteis juntos anoche? Pero si te fuiste de aquí muy tarde.*

Nora: *No. Le hice una videollamada y digamos que le mostré mis encantos después de contarle un poco por encima lo que habíamos recibido.*

Alba: *Demasiada información. No quiero saber ni pensar que tenéis sexo telefónico. Voy a borrar del teléfono y de mi cabeza el mensaje anterior.*

Nora: *Ja, ja, ja, me meo… eres una exagerada. Venga, vale, no te digo nada más. Respóndeme, ¿qué te ha dicho don Manuel?*

Alba: *Si se entera de que le has llamado así, te falta isla para correr, ja, ja, ja. Al principio no se lo ha tomado muy bien, como es normal, pero luego, entre Jorge y yo, le hemos convencido de que es lo mejor para mí y, aunque sé que estará preocupado, lo ha entendido. Me ha hecho prometer que le mantendré al tanto de todo, por si alguno se pasa de la raya y tiene que ir a hundirle la vida.*

Nora: *Y sabes que no lo dice por decir, es capaz de eso y de más.*

Alba: *Lo sé. También se ha quedado más tranquilo porque vamos las dos.*

Nora: *Vamos a estar bien, ya lo verás. Tengo un buen presentimiento con este viaje, Alba. Tengo que dejarte, nena, pero esta noche nos vemos en tu casa, sobre las ocho. No cocines, llevo "pizzas" y una propuesta interesante.*

Alba: *Lo de las "pizzas" me encanta; lo de la propuesta no tanto, me das miedito, que lo sepas. Nos vemos luego, no dejes que las fieras se te subleven. Un beso.*

Nora: *Que lo intenten siquiera, voy armada con una tiza y un borrador, y soy peligrosa. Un beso.*

Su último comentario me sacó una carcajada que se tuvo que oír hasta fuera de mi despacho. Tenía una amiga que estaba como una cabra, pero para mí era la mejor del mundo.

El resto del día pasó tan deprisa que, cuando me quise dar cuenta, ya era la hora de salir. Pasé por el despacho de mi padre para despedirme; le vi mucho más tranquilo que por la mañana, cuando se enteró de mis planes. A la hora de la comida, los dos hablamos largo y tendido del tema y quedó perfectamente claro que tenía que ir, repitiéndome una y otra vez que estaría a una llamada de distancia para cualquier cosa que necesitara.

Llegué a casa y, nada más abrir la puerta, allí estaba Gizmo para hacerme la rosca, como cada día cuando llegaba, sabiendo que recibiría su dosis de mimos y, de paso, alguna golosina de las suyas. Se me enroscó en las piernas, ronroneando; zalamero, pensé, mientras lo cogía en brazos para darle su dosis de mimos, esa que él también me daba a mí y que me encantaba. Lo bajé de mi regazo y fui directamente a la cocina; saqué del armario la bolsa de las chuches y, cuando la vio, maulló con voz lastimera, haciéndome reír.

Saqué dos y se las di directamente desde mi mano; ni medio segundo duraron ahí, se las comió las dos a la vez, el *golosón*.

Subí a mi habitación a darme una ducha mientras oía música a todo volumen; esa era otra de las ventajas de no tener vecinos. Podía pasearme desnuda mientras cantaba y bailaba por toda la casa sin riesgo a que nadie me viera, incluso hacerlo en el jardín si quisiera, porque la casa más cercana estaba a varios kilómetros.

Duchada y con ropa cómoda, me puse a limpiar la casa y a poner una lavadora. Tenía tiempo suficiente hasta que llegara Nora, así que decidí aprovecharlo bien.

A las ocho y cuarto llamaron al timbre y, menos mal que estaba cerca de la puerta, porque con el volumen de la música no lo habría oído. Corrí a bajar la música antes de abrir.

Allí estaba mi Nora, cargada con dos *pizzas* en las manos, con las cejas alzadas y esa mirada que parecía decirme «esta zumbada, hija mía». Me eché a reír, cogiéndole las *pizzas* de las manos para que pudiera ir a dejar el bolso y la chaqueta en el salón.

—Menos mal que no tienes vecinos, si no ya te habrían denunciado, chata —me dijo cuando salió al jardín, donde ya estaba yo poniendo las cajas sobre

la mesa.

—Una de las ventajas de vivir donde vivo —le contesté, alzando los hombros y riéndome a la vez.

—Sí, en eso tienes razón; nadie te molesta ni tú molestas a nadie.

—¿Qué quieres de beber? —le pregunté mientras entraba en dirección a la cocina.

—Un refresco de cola, si tienes, y, si no, agua —me contestó mientras iba abriendo las cajas de las *pizzas*.

Cogí un par de latas de refresco, una botella de agua por si nos apetecía después y un par de vasos. No usábamos platos; nosotras éramos de las que cogían la *pizza* directamente de la caja. Era algo que habíamos hecho siempre y, a estas alturas, no íbamos a cambiar.

—¿Qué tal el día? —le pregunté mientras me sentaba y le daba su refresco y su vaso.

—Hasta el moño, chica. Se nota que ya están cansados y que necesitan vacaciones; están más guerreros de lo habitual —me contestó resoplando.

—Bueno, solo te quedan dos semanas y serás libre durante casi tres meses, tiempo suficiente para prepararte para el curso que viene —le dije, dándole unas palmaditas en el hombro para animarla. Me miró y se echó a reír con esa mirada de «eres una cabrona» que ponía a veces.

—Necesito vacaciones con urgencia, creo que más que ellos.

—¿Dónde vamos a ir este año? ¿Tienes algo en mente? —le pregunté.

Desde que volvimos de la universidad años atrás, todos los veranos nos íbamos de vacaciones juntas al menos quince días, y algún día suelto en Navidad. Yo no tenía problemas en coger las fechas que quisiera, así que siempre me adaptaba a las que tenía Nora.

—Esa era la propuesta que quería hacerte, a ver qué te parece —me dijo mirándome de reojo, como si lo que fuera a decir no me fuera a gustar.

—Habla, Nora, te conozco y sé que estás cagada pensando que no me parecerá bien. Venga, suéltalo —le pedí animándola con la mano para que hablara.

—He pensado que, si nos gusta el hotel en el que nos alojarán para el evento, podríamos quedarnos unos días más y hacer turismo por las zonas de alrededor y en Londres. Tiene cojones que viviéramos allí cuatro años y no conozcamos nada de esa zona.

Cuánta razón tenía. Ni siquiera fuimos a ver nada cuando estuvimos allí y ni una sola vez pisamos Londres. Con lo bonito que decían que era, a mí también me dio rabia no conocerlo.

—Me parece una idea estupenda —le contesté.

Me miró con la boca abierta, porque para nada se esperaba que estuviera de acuerdo con ella a la primera ni que no pusiera ninguna pega.

—¿En serio? ¿No vas a protestar ni un poquito? Joder, que me traía un discurso entero preparado para convencerte.

Solté una carcajada y ella se unió a mis risas.

—Y tan en serio. Me encantaría conocer Londres, Surrey y sus alrededores. Dicen que tiene lugares preciosos y me parece un crimen no conocer nada. En lo del hotel también estoy de acuerdo: si nos gusta, nos quedamos en ese y, si no, hay cientos, elegimos otro sobre la marcha y ya está.

—He pensado que cuando cenemos podríamos echar un vistazo a su página web y, si nos convence, reservamos ya el resto de los días. Si después nos queremos ir antes, nos piramos y asunto arreglado —me dijo contenta, porque ya teníamos el plan de vacaciones hecho.

—Me parece bien. Además, supongo que se pagará la estancia cuando te marches, no por adelantado; solo habrá que dar una señal por la reserva.

Podemos coger hasta el quince de julio. Los cuatro primeros días son los del evento y los otros once para nuestras vacaciones. ¿O prefieres menos días allí y que vayamos también a otro sitio?

—Once días me parecen bien allí; en menos apenas nos dará tiempo a ver nada —me dijo, estando de acuerdo.

—Pues ya tenemos plan. De todas maneras, en agosto, en el puente del día quince, si quieres podemos hacer otra escapada, pero como falta mucho, eso ya lo veremos más adelante —añadí contenta, porque este año no nos había costado nada decidirnos por el sitio.

Otros años incluso habíamos tenido que hacer un sorteo con los destinos porque nos costaba elegir uno de los tantos lugares que queríamos visitar. Siempre eran sitios donde ver cosas, conocer otras culturas y probar la gastronomía local. Dos años, incluso, habíamos hecho un crucero de esos con varias paradas para visitar las ciudades del recorrido. La playa ya la teníamos en casa todo el año; por eso, destinos de playa no cogíamos nunca.

Terminamos de cenar y saqué el portátil para ver el hotel y decidir si nos quedaríamos. Solo nos hicieron falta cinco minutos y unas cuantas fotos para que las dos nos enamoráramos del sitio. Era totalmente precioso, con todas las comodidades, pero, por lo menos a mí, lo que más me gustó fueron las fotos del exterior. En ese momento ya me imaginaba allí, con una taza de café en la mano, viendo el amanecer. Nora bromeó mucho con el nombre, diciéndome que era el destino y una gran coincidencia cómo se llamaba el hotel: *Sunrise*, así, tal cual, sin nada más, solo esa palabra que en inglés significaba amanecer, el mismo significado que tenía mi nombre.

Hicimos la reserva para los once días y también mandamos el correo de confirmación al colegio, confirmando nuestra asistencia. Al terminar, las dos nos miramos sonrientes, asintiendo con la cabeza.

Capítulo 8

Los siguientes días pasaron en un suspiro. Quise dejar todo listo en el despacho para que, cuando me marchara, los contratos quedaran pendientes solo de la firma de la persona que entrara a trabajar en los puestos que solíamos cubrir a partir de julio.

Quedaban solo ocho días para irnos a Surrey. Nora, en el colegio, estaba dando el cierre al curso; aunque los niños ya estaban de vacaciones, todos los profesores iban una semana más para rematar todo el trabajo. Le quedaban dos días y terminaría todo, quedándose libre la última semana antes de irnos, en la que haríamos las compras necesarias de todo lo que nos llevaríamos al viaje, que no eran muchas, pero, por ejemplo, sí teníamos que comprarnos el vestido y los complementos para el baile de gala que se celebraría el tercer día del evento, como indicaba la carta.

Habíamos estado varias noches cenando juntas esos días, apuntando sitios que queríamos ver e investigando las distintas maneras de movernos por allí. Aún no teníamos decidido si alquilaríamos una moto o un coche, aunque seguramente nos decantaríamos por una moto; era la manera más fácil de evitar perder el tiempo buscando aparcamiento según a qué sitios fuéramos, si eran zonas de mucho turismo.

Pese a lo que pudiera pasar los primeros cuatro días, las dos estábamos entusiasmadas con el viaje. Yo no dejaba de pensar en el hotel; cada vez que veía las fotos me fascinaba más. Desde luego, el dueño tenía un gusto exquisito, porque, por lo menos en las imágenes, no había nada a lo que pudieras ponerle un pero.

Estaba a punto de apagar el ordenador para marcharme a casa cuando entró un correo electrónico. No quería dejar nada pendiente para el día siguiente, así que lo abrí. No estaba relacionado con el trabajo; era de la persona encargada del evento, agradeciéndome la asistencia e indicándome que, en un archivo adjunto, se encontraba mi billete de avión.

Cuando mandamos el correo confirmando nuestra asistencia, le explicamos a la persona que lo recibiría que solo era necesario el billete de ida, ya que teníamos intención de quedarnos varios días más, y que no era necesario que nos enviara el de vuelta, de ese ya nos ocuparíamos nosotras. Revisé que todos los datos estuvieran correctos, tal y como me pedía la persona encargada, y, al comprobar que así era, le devolví otro correo dándole las gracias y haciéndole saber que estaba todo perfecto.

Apagué el ordenador y, antes de marcharme, saqué mi móvil de la mochila para avisar a Nora de que, en cuanto pudiera, mirara el correo, a ver si a ella también le había llegado lo mismo.

Alba: *Hola, guapa. Acaba de llegarme el correo del colegio con el billete de avión. Cuando tengas un rato, revisa el tuyo; hay que contestar diciendo si todos los datos están bien.*

Nora: *Hola, cariño. En cuanto llegue a casa lo miro, todavía estoy en el cole. Hemos comido todos aquí juntos y estamos acabando de recoger.*

Alba: *Perfecto, el viernes nos vemos entonces.*

Nora: *¡Sí! ¡Qué ganitas tengo de que llegue y perder el cole de vista! Y, sobre todo, de que llegue el sábado para ir de compras; se van a cagar con los vestidos que nos vamos a comprar, ja, ja, ja.*

Alba: *Tienes un peligro…*

Nora: *Ya me conoces, antes muerta que sencilla.*

Alba: *Sí, por eso lo digo. Anda, acaba de recoger, que seguro que tienes unas ganas locas de irte a casa.*

Nora: *Ni te imaginas cuántas. Además, esta noche he quedado con cierto Velasco, que me quitará el estrés.*

Alba: *Al final, el día menos pensado, me dais un primo, ja, ja, ja.*

Nora: *Joder, no mientes, ruina. Yo no tendría ningún problema, sabes que me encantan los niños, pero tu tío o le da un infarto o se muda lo más cerca de Laponia.*

Alba: *Creo que te llevarías una sorpresa llegado el caso, fíjate, pero vamos a dejar el tema. Que ya estoy montada en la moto y tengo las mismas ganas locas de llegar a casa que tú de salir del cole.*

Nora: *Vale… vamos hablando. T. Q.*

Alba: *Ídem.*

Guardé el teléfono en el bolsillo de la cazadora y me puse el casco. Lo que le había dicho a Nora era cierto: ese día tenía muchísimas ganas de llegar a casa. Estaba cansada y la noche anterior no había dormido muy bien.

Veinte minutos después aparqué la moto en el garaje y, antes de abrir la puerta de acceso al interior de mi casa, ya sabía que Gizmo estaba al otro lado esperándome, porque me había oído llegar. Estaba rascando la puerta con las uñas y maullando para llamarme. Cuando me fuera de viaje, se quedaría con mi padre en su *suite* del hotel; ya me había dicho esa mañana que había comprado la comida y unas cuantas bolsas de chuches, además de un rascador nuevo, como si no tuviera bastante con los dos que ya tenía allí, en un lado del salón de la *suite*, única y exclusivamente para él.

—Ya estoy aquí, zalamero —le dije nada más entrar por la puerta, y maulló más fuerte, pidiéndome que le cogiera.

—Ven aquí, anda, que eres un mimoso de cuidado —le dije, cogiéndolo para darle unos cuantos achuchones que le hicieron ronronear.

—Te voy a dar unas chuches y después me voy a preparar un baño relajante, ¿vale? —Como si entendiera perfectamente lo que le había dicho, me maulló mientras me rozaba el cuello con la cabeza.

Lo llevé hasta la cocina y lo dejé en el suelo antes de sacar la bolsa. Ni esperó a que me agachara para dárselas: pegó un brinco y se subió a la encimera. Impaciente, pensé mientras me reía.

Como le dije a Gizmo, subí a la habitación y abrí el grifo de la bañera para que se fuera llenando de agua mientras me quitaba la ropa y sacaba un pijama limpio para ponérmelo después; ropa interior no, porque nunca dormía con ella, me molestaba y me hacía sentir apretada. Incluso la mayoría de las noches, al poco de acostarme, acababa quitándome el pijama y durmiendo desnuda.

Estuve tumbada en la bañera, en la que eché unas sales de lavanda que dejaron un aroma delicioso en todo el baño, hasta que el agua empezó a quedarse fría. Me vestí y bajé al salón. Mientras me bañaba, decidí qué haría cuando terminara: quería ver una película que tenía pendiente en la lista de Netflix desde hacía varios días y, como aún era pronto para cenar, me tumbé en el sofá y no me moví de allí hasta que terminó. Estaba tan interesante que no me levanté ni para ir al baño. No tenía mucha hambre, así que de cena me hice un sándwich acompañado de un zumo y, cuando terminé, me fui a la cama. Ni cinco minutos tardé en dormirme.

Capítulo 9

Sábado por la mañana, y aunque ese día no estaba sola en casa, mi rutina no la perdonaba. Me levanté de la cama y entré en el baño a hacer mis necesidades. Cogí una chaqueta finita y bajé las escaleras sin hacer ruido. Nora seguía dormida en la habitación de invitados, en la que se quedaba muchas noches a dormir cuando alargábamos la velada en mi casa. La noche anterior ya lo habíamos decidido así de antemano, porque ese día nos iríamos de compras y nos pareció buena idea salir juntas desde mi casa.

Cogí mi taza de café como cada mañana y salí al porche a esperar que el sol empezara a despuntar por el este, dando paso a un nuevo día que prometía ser muy divertido, como siempre que las dos lo pasábamos juntas en uno de los centros comerciales de nuestra ciudad. Seguramente echaríamos allí el día, viendo tiendas, comiendo en un restaurante y compartiendo mil sonrisas.

—Tú no perdonas ver el amanecer ni bajo amenaza —me dijo Nora bostezando mientras se sentaba en la otra silla de mimbre que estaba a mi lado.

Estaba tan inmersa viendo el paisaje que no la esperaba y eso me hizo dar un respingo y soltar un jadeo, sobresaltada.

—La madre que te parió, qué susto me has dado. ¿Qué haces levantada tan temprano? —le dije mirándola alucinada, porque cuando Nora no trabajaba le costaba levantarse, hasta el punto de tener que arrastrarla fuera de la cama, tirándola de una pierna incluso.

—Hija, ni que hubieras visto aparecer al coco. Pues no lo sé, ni siquiera he mirado la hora hasta que he llegado a la cocina y he visto que no había salido ni el sol —me contestó apoyando la cabeza en mi hombro.

—Vuelve a la cama si quieres, el madrugar y tú no sois compatibles —le dije soltando una risita.

—No, prefiero quedarme aquí contigo. Hace mucho que no veo un amanecer y los últimos creo que han sido perjudicados por el alcohol, cuando llegaba a casa después de correrme una buena juerga —me dijo uniéndose a mi risa.

Nos quedamos allí las dos en completo silencio, disfrutando de ese momento. Cuando el sol asomó, Nora me agarró la mano y, cuando la miré de reojo, tenía una sonrisa preciosa en la cara que hizo que a mí se me dibujara otra igual.

Terminado ese momento, nos fuimos a la cocina a prepararnos un desayuno digno de dos reinas. Estaba terminando de pelar y cortar la fruta cuando Gizmo apareció por la puerta con su porte habitual, ese que parecía el de un modelo desfilando.

—Este gato es más chulo que un ocho. Pues no viene mirándonos como si fuéramos de la plebe y él fuera el monarca —dijo Nora, poniendo las manos en jarras y señalando a Gizmo con la cabeza.

De la carcajada que me salió, hasta el pobre gato soltó un maullido como amonestándome.

—Encima se ofende el jodido y te riñe. Manda narices lo que tiene una que ver de buena mañana —añadió siguiendo con la broma, porque si yo le consentía, ella no se quedaba atrás. No era la primera vez que la pillaba dándole chuches a escondidas.

Cogí el cuenco de Gizmo y se lo llené con el pienso especial que el señorito comía para que su pelaje se mantuviera fuerte y brillante. Me agaché a su lado y le hice una reverencia antes de dejarle el cuenco.

—Espero que el desayuno sea de su agrado, majestad.

Nora estaba doblada de la risa y hasta tuvo que agarrarse a la encimera para no acabar en el suelo muerta de la risa.

—Solo le falta una corona en la cabeza —consiguió decir entre carcajada y carcajada.

—Ni se te ocurra decir eso delante de mi padre, o cuando volvamos del viaje estoy segura de que le habrá comprado una —le dije riéndome con ella.

—Sé que Manuel también le consiente, pero no creo que llegara a tanto.

—Que no dice. Cuando te pases por el hotel, te voy a enseñar la cama con dosel que le ha comprado; ni la reina de Inglaterra tenía una así.

Me miró con la boca abierta, alucinada.

—Dime que es una puta broma.

La miré sonriendo, pero negué con la cabeza, asegurándole que no lo era. Si antes se reía, en esos momentos sus carcajadas llegaron a un nivel tal que tuvo que salir corriendo al baño para no mearse encima.

Nora volvió del baño ya más calmada, aunque mientras desayunábamos siguió soltando alguna risita. Comimos todo lo que habíamos preparado sin prisas y preguntándonos la una a la otra qué cosas eran las que nos hacían falta para el viaje, para comprarlas después.

Pasamos por la ducha; en la habitación en la que se quedaba Nora también tenía baño completo, así que pudimos prepararnos las dos a la vez. Hasta el centro comercial iríamos en el coche de Nora; seguramente volveríamos cargadas de bolsas y en la moto nos sería imposible llevarlas.

Ese día, como no tendría que conducir, opté por ponerme un vestido blanco de estilo ibicenco que mi padre me había regalado por mi cumpleaños y que, como casi siempre iba en la moto, apenas me había puesto. Lo acompañé con unas sandalias planas en color dorado, que serían de lo más cómodas para pasar el día que nos esperaba. Andaríamos bastante y no quería volver a casa con los pies como botijos por haber llevado unos incómodos tacones.

Nos montamos en el coche y, al ritmo de la música y cantando a todo pulmón, llegamos media hora después al aparcamiento. Nos fue fácil encontrar sitio porque creo que, aparte de nosotras, solo estaban los trabajadores, de lo pronto que llegamos, lo que era estupendo, ya que así tendríamos las tiendas para nosotras solas y podríamos mirar todo con más tranquilidad.

—¿Qué miramos primero? —me preguntó Nora.

—Creo que el vestido lo dejamos mejor para el final —le contesté, porque sería lo que más abultaría y no era plan de ir cargadas con esas bolsas el resto del día.

—Perfecto, pues vamos a ello —dijo muy entusiasmada, porque eso de quemar tarjeta le encantaba.

Perdí la cuenta de la cantidad de tiendas que recorrimos. Compramos tres bikinis para cada una, de esos dignos de provocar infartos; varias camisetas y pantalones; y unas deportivas iguales, en color azul celeste para mí y en rosa para Nora. Y, por último, los vestidos.

El mío era en color champán, con un escote en uve que me llegaba hasta el ombligo y la espalda completamente al descubierto. Con él no podría llevar sujetador, pero por eso no habría problema: tenía una delantera que era una pasada de lo bien puesta que estaba.

El vestido de Nora era en color plateado, de palabra de honor, y le quedaba como una segunda piel. Cogimos en la misma tienda los complementos y los zapatos, con unos tacones de vértigo.

Acabamos rendidas de tantas vueltas que dimos. Fuimos al coche a dejar todas las compras antes de decidir dónde comer. Al final nos decantamos por entrar en un restaurante italiano al que ya habíamos ido en otras ocasiones y sabíamos que se comía de lujo.

Después de comer dimos una última vuelta por si se nos había olvidado algo y, sobre las cinco de la tarde, salimos del centro comercial hacia mi casa. Nora me dejó allí con todas mis compras y ella se marchó para la suya. Volví a probarme el vestido y todos los complementos, me miré en el espejo y me

gustó mucho lo que vi. Me quedaba estupendo; sí que iban a alucinar cuando me vieran el día del baile.

La verdad es que le dije a todos que estaba lista para enfrentarme al pasado, pero no era del todo cierto. El miedo seguía dentro de mí y, cada vez que cerraba los ojos por las noches, los momentos de las burlas, los insultos y las bromas venían a mi cabeza constantemente. Pero me había propuesto enfrentarme a ello y lo haría, aunque solo fuera por orgullo y por callar bocas, como decía Nora.

Ya tenía preparada una maleta en el suelo de la habitación y fui metiendo todo lo que había comprado y algunas cosas más. No quería que llegara el día antes y hacerlo a la carrera; solía ser previsora.

Después de todo lo que comimos en el italiano y el helado que nos metimos entre pecho y espalda después, no tenía ni pizca de hambre. Fui a la cocina a ponerle a Gizmo su cena y, mientras esperaba a que acabara la lavadora que puse nada más llegar, me tomé un vaso de leche.

Con todo recogido y la ropa tendida, me metí en la cama a leer un poco. Era algo que me encantaba, por lo que solía leer bastante antes de que los ojitos se me empezaran a cerrar y el sueño me venciera, cosa que pasó media hora después de meterme en la cama.

Capítulo 10



Llegó el día de salir para Surrey. Mi padre y Jorge quisieron llevarnos al aeropuerto y, la verdad, es que se lo agradecimos. Cada una llevábamos dos maletas y en un solo taxi habría sido difícil, o casi imposible, meterlas. Además, conociéndolos, se quedarían más tranquilos viéndonos subir al avión.

—No se os olvida nada, ¿no? —nos dijo Jorge con toda su ironía.

—No, hasta mi amiguito me llevo —le contestó la descarada de Nora, haciéndonos reír a mi padre y a mí. Jorge, en cambio, negó con la cabeza poniendo los ojos en blanco.

—Eso es porque no estaré yo allí; si no, no te haría falta.

Nora soltó un jadeo y lo asesinó con la mirada por decir eso delante de mi padre.

—Nora, que yo ya peino canas, hija; no creas que estas noticias son nuevas para mí. Solo hace falta estar cinco minutos con vosotros para ver que os traéis algo entre manos.

Jorge y yo soltamos una carcajada al ver a Nora ponerse roja de la cabeza a los pies.

—Venga, no te avergüences, mi niña —le dijo mi tío acercándose a ella y agarrándola por la cintura.

—¿Qué haces? —le preguntó Nora con la boca abierta.

—Cierra esa boquita de asombro o te la cierro yo —añadió mi tío.

—No se te ocurrirá…

No la dejó terminar la frase: la agarró por la nuca y le plantó un señor besazo que la dejó con las patas colgando.

Mi padre y yo, como los buenos gamberros que éramos, nos pusimos a aplaudir y a dar silbidos, mientras la gente que estaba a nuestro alrededor nos miraba como si estuviéramos chalados. Nos importó bien poco. Que mi tío hubiera hecho eso allí, delante de nosotros, era una declaración de intenciones en toda regla y no podíamos estar más contentos por ello. Al final se había atrevido a dar un paso al frente de una vez por todas.

—¿Qué significa esto? —le preguntó Nora a media voz, con miedo, cuando se separó de su boca.

—Que ya no aguanto más, Nora; que estoy cansado de lo que tenemos, que quiero más, mucho más. Quiero que seas mi pareja, que vivamos juntos no tardando mucho y que, en un futuro no muy lejano, formemos una familia. Que te quiero, joder; que llevo años enamorado de ti y no saber si sientes lo mismo me mata cada día un poco más.

Los ojos de Nora, cuando mi tío terminó su declaración, eran dos cascadas, y los míos estaban igual. Hasta mi padre lucía emocionado.

A Nora no le salían ni las palabras, así que le dio su respuesta tirándose a sus brazos y devolviéndole un beso cargado de pasión y de cariño.

—Lo quiero todo contigo, porque yo también te quiero —consiguió decirle por fin.

—Cuando vuelvas, aquí mismo te estaré esperando. Disfruta todo lo que puedas, porque a partir de ese día no me voy a despegar más de ti, preciosa —le dijo acariciándole la cara.

—Chicas, es la hora. Si no entráis ya, perderéis el avión —dijo mi padre con pesar por romper el momento.

—Te llamaré en cuanto lleguemos, ¿vale? —le dijo Nora a mi tío, despidiéndose de él con otro beso.

Mi padre me dio un abrazo y después se acercó a Nora para hacer lo mismo, mientras yo abrazaba a mi tío muy fuerte. Acerqué mi boca a su oído y le susurré:

—Bien hecho. Me alegro muchísimo por los dos. Os deseo todo lo mejor, que sé que lo tendréis porque estáis hechos el uno para el otro.

—Gracias, sé que te alegras de corazón —me dijo emocionado.

Agarradas de la mano, pasamos el último control, donde ya no podían pasar los acompañantes, despidiéndonos de los dos con la mano y devolviéndoles la misma sonrisa enorme que ellos tenían en sus caras.

Subimos al avión y nos sentamos en nuestros asientos, yo al lado de la ventanilla y Nora a mi lado. Cuando cerraron las puertas del avión vimos que no iba lleno y que varios asientos estaban vacíos, como era el caso del que estaba al lado de Nora, que daba al pasillo.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté, aunque era evidente que estaba como flotando en una nube.

—Aún estoy que no me lo creo —contestó, volviéndose a emocionar.

—Pues créetelo, porque ha pasado de verdad —le dije apretándole la mano.

—Joder, es que no me esperaba una cosa así.

—Ni yo. ¿Cuándo crees que es un buen momento para empezar a llamarte tía Nora? —le dije, aguantándome la risa.

—Serás gilipollas, ni se te ocurra llamarme así —me dijo con una fingida indignación.

—Está bien, me esperaré a que os caséis.

—Dios…

Se tapó la cara con las manos y yo me agarré la barriga con las mías, sin poder parar de reír.

El resto del vuelo, que no era muy largo y no llegaba ni a tres horas, lo pasamos hablando sobre todo de mi tío, de los sitios que visitaríamos y de lo intrigadas que estábamos por saber quiénes serían los compañeros que acudirían al evento.

Recogimos las maletas en la cinta de equipajes y las pusimos todas en un carro; así nos fue más cómodo andar por el aeropuerto. Nos dirigimos a la salida; en el correo que nos habían mandado ya nos avisaron de que alguien del hotel vendría a recogernos.

Salimos a la zona de llegadas del aeropuerto y buscamos entre la gente a alguien que tuviera un cartel o algo que nos indicara que era del hotel. Al fondo, muy cerca de la puerta, había un chico de unos treinta años que sostenía un cartel en el que ponía *«Ms. Velasco and Ms. Aparicio»*. Nos dirigimos hacia él arrastrando las maletas y, al llegar a su altura, cambiamos al inglés para que nos entendiera.

—Buenos días, nosotras somos las señoritas Velasco y Aparicio —le dijo Nora.

—Buenos días, señoritas. Soy Liam, el encargado de llevarlas al hotel Sunrise. Si me acompañan, por favor, tengo el coche fuera.

Le pedimos a la vez que nos tuteara y él asintió sonriendo mientras cogía el carro para llevar las maletas.

Le seguimos hasta el aparcamiento y, una vez cargado todo, nos invitó a subir al coche. El hotel estaba a poco más de media hora del aeropuerto y apenas había tráfico a esas horas; con el cambio horario eran allí las diez de la mañana.

—¿No venía nadie más en ningún vuelo a estas horas? —le pregunté.

—Las únicas que habéis volado desde España habéis sido vosotras. Faltaban solo un par de personas por llegar; el resto lo hizo ayer o llegó por otros medios. Algunos viven cerca y han venido en coche.

—¿Sabes cuánta gente hay en total? —preguntó Nora.

—De los veinticinco de vuestro curso solo han faltado tres, todos por motivos laborales ineludibles. El resto asistirá.

—Y no sabrás quiénes son esos tres, ¿verdad? —pregunté mordiéndome el labio.

—Eso no lo sé, lo siento.

Liam giró por un camino de tierra flanqueado de flores que llevaba hasta la entrada del hotel y paró justo en la puerta. Nos bajamos del coche y dimos una vuelta sobre nosotras mismas para admirar lo que se extendía ante nuestros ojos. Las fotos de la web no le hacían justicia: aquello era simplemente maravilloso. Aunque tuviera que aguantar alguna que otra gilipollez, merecería la pena solo por estar en un sitio como ese.

Capítulo 11

Entramos detrás de Liam en el hotel y el interior, o al menos el vestíbulo, que fue lo primero que vimos, estaba decorado con un gusto exquisito; todo conjuntaba a la perfección. Suelos de madera que parecía que los habían pulido hacía menos de una hora por el brillo que tenían. Unos sofás en los que los huéspedes se podían sentar a esperar, en tonos beis, con una mesa en el centro totalmente de cristal templado, en la que había un pequeño jarrón con rosas de todos los colores.

Nora y yo nos miramos, asintiendo con la cabeza, porque ni palabras nos hacían falta para entendernos: las dos estábamos de acuerdo en que aquello era maravilloso.

Nos acercamos hasta la chica de recepción, que estaba detrás del mostrador y que, nada más vernos, nos recibió con una amplia sonrisa.

—Buenos días, las señoritas Velasco y Aparicio, ¿verdad? —nos preguntó.

—Sí —contestamos las dos a la vez.

—Son las únicas que faltaban por llegar. El resto ya está en uno de nuestros salones, donde el responsable de la organización del evento les contará cómo serán los cuatro días que pasarán con nosotros.

—Nosotras, además de los cuatro días del evento, hemos reservado después los once días que les siguen —le dijo Nora, y la chica enseguida se puso a mirar en el ordenador la reserva.

—Aquí está la reserva. Para los días del evento tienen reservadas habitaciones contiguas. ¿Quieren que les mantenga las mismas para el resto de la estancia? —nos preguntó.

—Por supuesto, si es posible, claro. Eso estaría muy bien; así no nos tocaría estar cambiando nuestras cosas de una habitación a otra.

—Claro que es posible. Si son tan amables de dejarme sus pasaportes, formalizaré la reserva. Las llaves se las daré ya y así, después del acto de presentación, pueden subir directamente a sus habitaciones. Liam se encargará ahora de subirles el equipaje y los documentos; pueden pasar a recogerlos luego, cuando mejor les venga.

Las dos sacamos del bolso nuestros pasaportes y se los entregamos a la chica. Ella nos dio las llaves magnéticas, en las que ponía el número de la habitación. La mía era la trescientos cinco y la de Nora la trescientos seis. El hotel no era de esos que tienen cientos de habitaciones; por lo que habíamos leído en la web, tenía solo treinta, diez por planta. Se podría decir que no llegaba a ser un hotel familiar, pero casi.

La verdad es que no nos hacía falta subir a la habitación para cambiarnos de ropa ni nada; el vuelo había sido corto y seguíamos impecables. Las dos con vaqueros ajustados: Nora llevaba una blusa sin mangas de color azul, como sus ojos, y yo otra en color verde, con un escote bastante pronunciado que me quedaba de muerte y era una de mis favoritas.

Liam se marchó con nuestro equipaje y la chica de recepción salió de su sitio para acompañarnos al salón donde estaban todos los demás. Nos llevó por un pasillo que tenía varias puertas y nos indicó que a la que íbamos era la última de todas, la que estaba al fondo a la derecha, y se marchó dejándonos allí a las dos.

—¿Preparada? —me preguntó Nora.

Quise gritarle que no, pero ya habíamos llegado hasta allí y ahora no podía echarme para atrás.

—Vamos —le contesté con una sonrisa, para tranquilizarla y que supiera que estaba bien.

Llamamos a la puerta y, cuando alguien contestó dándonos paso, Nora entró la primera y yo la seguí solo un paso por detrás. Las veintitantas personas que estaban allí dentro se volvieron para mirar quién había entrado por la puerta y, joder, había caras para todos los gustos. De asombro, esas eran las más abundantes; de confusión, preguntándose seguramente quién era yo, porque a Nora, por las miradas, todos la reconocieron. Apenas había cambiado en los diez años que habían pasado, solo sus gestos se habían acentuado, dando el paso definitivo de niña a mujer.

Pero había una cara en concreto que reconocí a la primera: la de Cameron Turner, que me miraba con deseo. Al verle mirarme así, se me revolvió el estómago y tuve que agarrar a Nora del codo para transmitirle cómo me estaba sintiendo. Giró un poco la cabeza y, con su mirada, me dijo que se había dado cuenta de lo mismo que yo y me guiñó un ojo, como diciendo que se jodiera, porque se iba a quedar con las ganas.

Cómo no, el gallito del corral fue el primero en acercarse a nosotras y abrir su gran bocaza.

—Vaya, vaya… pero mirad a quién tenemos aquí, si es Nora y viene muy bien acompañada. ¿No te explicaron por correo que no se podían traer parejas? Aunque, bueno, no seré yo quien ponga ninguna pega para que esta belleza se quede y nos alegre la vista. Desde luego has mejorado en tu gusto, porque vaya estómago que debías tener para estar con la sebosa de tu amiguita Alba —le dijo el muy hijo de puta a Nora, sin quitarme los ojos de encima.

—Este es tonto desde que estaba en los huevos de su padre —me dijo Nora mirándome.

Oímos varias risas del grupo que estaba detrás de Cameron, pues él se había adelantado un paso para hablar con nosotras.

—¿Qué has dicho? —le preguntó, sacando esa vena de chulería que, por lo visto, no había perdido con los años.

El muy cabrón seguía siendo un desgraciado y también seguía siendo guapo, pero al verle ya no se me removía nada por dentro; solo sentía asco.

—Y además sordo. Joder, Cameron, pensé que los años te habrían hecho dejar de ser un gilipollas, pero por lo visto la cosa ha ido a más —le soltó Nora.

Ole ella y todo su ser, pensé antes de soltar una carcajada por el repaso que le estaba dando.

—¿Y tú de qué te ríes? Además de que no deberías estar aquí, encima vienes a reírle las gracias a esta —me dijo con desprecio.

No sé qué me recorrió por dentro, pero una valentía que sabía que no tenía me hizo echarle valor y enfrentarme a él.

—Me río de lo que me sale de la entrepierna. Y a lo otro que has dicho, tengo el mismo derecho a estar aquí que tú, así que deja de montar el numerito ya el primer día, hijo. Lo tuyo es para que te lo miren y te aumenten la medicación.

Las risas aumentaron a su espalda y el cabreo que tenía se acentuó todavía más.

—¿Quién cojones te crees que eres para hablarme así? —me preguntó, alzando la voz.

—Uy… es verdad, lo siento mucho. Me presentaré para que sepas a quién tienes que dirigirte. La señorita Alba, la sebosa a su servicio, majestad —le contesté, acompañando las palabras con una reverencia exagerada.

Cuando levanté la cabeza y miré al frente, después de hacerla, las caras de asombro que vi casi me hicieron echarme a reír a carcajadas. Algunos incluso se tapaban la boca, con los ojos abiertos como platos. Cameron me miraba de arriba abajo, completamente alucinado.

—Imposible —murmuró.

—Cállate de una vez y deja de mirarla así, joder —le dijo una mujer que reconocí al instante.

Amber Morris. Otra desgraciada igual que Cameron. Allí se demostraba, una vez más, ese refrán que dice que Dios los cría y ellos se juntan. El último año que estuvimos juntos en el colegio se hicieron por fin novios, después de que él se hubiera beneficiado a todas las compañeras que pudo y de que ella hiciera lo mismo con los chicos. Por la manera en que lo agarró del codo y por cómo le habló, estaba claro que seguían siendo algo. ¿El qué? Pues, sinceramente, me importaba una reverenda mierda, aunque estaba segura de que acabaríamos enterándonos más pronto que tarde.

Cuando el impacto de mi aspecto pasó, algunos compañeros con los que no había tenido roces en el pasado —aunque tampoco trato— simplemente se mantuvieron al margen de Cameron y su pandilla, y los entendía, claro que sí. Su ley siempre había sido la misma: o estabas con él, o estabas contra él, o te mantenías al margen; de lo contrario, pagarías las consecuencias de meterte en su terreno. Así que, en su lugar, probablemente yo habría hecho lo mismo: pasar de largo y no buscar problemas.

Nos fueron saludando igual que nosotras a ellos, de forma amable y correcta. Se notaba la madurez que todos habían adquirido con los años, esa que solo llega con el tiempo y las hostias de la vida. Incluso Madison y Max, que en el pasado habían sido los mejores amigos de Cameron y Amber, nos saludaron también. En su mirada vimos arrepentimiento por el trato que nos dieron a las dos, sobre todo a mí, y hasta escuchamos alguna disculpa que, aunque tardía, sonó sincera.

Estábamos hablando entre todos cuando la puerta se abrió, dando paso a dos personas. Una mujer algo mayor que nosotros, aunque no mucho más, y en cuanto nuestras miradas se cruzaron y nos reconocimos, corrimos la una hacia la otra para abrazarnos. Tener entre mis brazos a la señorita Mary Taylor me llenó de una ilusión inmensa.

Me separé de ella y giré la cabeza para ver quién había entrado detrás, y por poco no se me desencaja la mandíbula: era Evan Turner. Y, madre del amor hermoso, lo bien que le habían tratado los años. Cuando centró su mirada en mí y me sonrió de medio lado, mi corazón se saltó al menos tres latidos y después empezó a bombear a toda velocidad; un escalofrío me recorrió de arriba abajo sin darme tiempo a reaccionar.

¿Qué me había pasado al verle?, me pregunté, completamente desconcertada.

Capítulo 12



—¡Mi niña, cuánto tiempo! Estás espectacular —me dijo Mary.

—Siempre ha estado espectacular —dijo Evan en voz baja, para sí mismo, pero las dos llegamos a oírlo y nos miramos con los ojos como platos, sorprendidas.

—¿Qué ha sido eso? —me preguntó Mary, mirando a Evan mientras avanzaba hasta donde estaba su hermano y los demás.

—No tengo ni idea, me habrá confundido con Nora o con cualquier otra. O no le hemos escuchado bien —le dije a Mary, muy confundida.

—Le has oído igual de claro que yo, Alba. Esto es, como poco, interesante. Me parece a mí que estos cuatro días van a dar mucho de sí —me dijo con una sonrisilla traviesa que, más que tranquilizarme, consiguió ponerme todavía más nerviosa.

—Señorita Taylor, espero que le arreglara el coco cuando tenía las sesiones con ella, igual que el tiempo le ha arreglado el cuerpo —le dijo el idiota de Cameron a Mary cuando nos acercamos al grupo, que en ese momento estaba saludando a Evan.

—Cameron, del evento no te puedo echar porque no es competencia mía, pero del hotel sales cagando leches como no dejes de decir gilipolleces —le dijo Evan a su hermano, mirándole con evidente mala leche.

¿Del hotel? ¿Qué habría querido decir con eso?, me pregunté. Podría ser amigo del dueño o decirlo por cualquier otro motivo. Me quedé intrigadísima y, seguramente, Nora también. Yo no preguntaría nada, pero me apostaría lo que fuera —y no lo perdería— a que ella, antes de irnos a dormir ese día, lo sabría.

—Tranquilo, hermanito, que solo era una broma —le dijo Cameron, riéndose de tal manera que nadie de los que estábamos allí le creyó. Incluso los que eran sus amigos le miraron mal.

—Guárdate tus bromas y comentarios para ti, porque no tienen ni puta gracia —le dijo Evan, apretando los dientes.

—¿Qué es esto, Alba? ¿Desde cuándo el gemelo oscuro te defiende tanto, cuando en el pasado no te habló más de dos veces? —me susurró Nora al oído.

—No tengo ni idea, estoy flipando igual que todos —le contesté.

—Evan, no hace falta que te pongas así con Cameron. Cualquiera diría que te gusta esta —le dijo Amber a Evan mientras me señalaba, mirándome con inquina y a él con… ¿deseo? La leche, pensé. Pues sí que nos habíamos perdido mucho de la historia entre ellos.

—¿Eso son celos? —me preguntó Nora otra vez, en un susurro.

—No tengo ni puta idea, pero creo que entre ellos hay un lío formado digno de novela turca —le contesté, y ella tuvo que morderse los labios para no echarse a reír por mi comparación.

—Amber… —Empezó Evan, pero no terminó la frase porque Mary intervino para cortar la discusión.

—Venga, chicos, tomad asiento, por favor, que os contaré lo que vamos a hacer estos días —nos pidió Mary. Cuando la vi aparecer, me imaginé que ella sería la persona encargada del evento, y no me había equivocado.

Uno a uno nos fuimos sentando en las sillas colocadas en línea, frente a un atril donde se colocó Mary. Nora y yo fuimos de las últimas en sentarnos y,

cuando Evan ocupó la silla de la esquina que había a mi lado, no pude dejar pasar la oportunidad de darle las gracias.

—Gracias por defenderme, pero no hacía falta. Ya no me afectan sus palabras; aquella Alba quedó atrás —le dije en un susurro, para que solo me oyera él.

—Mary ha trabajado mucho para preparar este evento y no voy a dejar que, con sus tonterías, nos lo fastidie —me contestó, dejándome claro que no lo había hecho por mí, sino por el bien de todos.

Mentiría si dijera que no me dolió un poco, pero nunca me defendió ni me habló y no iba a empezar ahora.

—Entiendo. Quédate tranquilo, intentaré mantenerme fuera de su radar para que no diga nada que fastidie a nadie ni cree mal rollo —le dije, zanjando la conversación, aunque él tenía otros planes.

—Alba, no quería decir… —Empezó, pero le corté antes de que soltara una excusa barata.

—Sí querías, pero no pasa nada —le dije sin mirarle, centrando mi atención en Mary.

La verdad es que no sé por qué mierda he venido, no pinto nada aquí, me dije a mí misma entre dientes.

Por el rabillo del ojo vi cómo Evan se enderezaba en la silla y apretaba los puños, como si estuviera enfadado.

—Bien, chicos, como sabéis, estaremos juntos durante cuatro días compartiendo distintas actividades. Si alguien no quiere participar en alguna, es totalmente libre de hacerlo, aunque estaría bien que todos las hicierais todas.

»Dentro de dos horas tenemos programada una cata de vinos. Como habréis visto al llegar, el hotel está rodeado de viñas, y de ahí proceden los vinos que se servirán. Además, también tenemos prevista una visita a la bodega para que podáis ver cómo se elaboran.

»Mañana por la mañana la tendréis libre, para que podáis disfrutar juntos de todo lo que ofrece el hotel: el *spa* y los paseos a caballo. El sábado por la noche se celebrará el baile, así que ese día se descansa de actividades programadas, aunque eso no quita que podáis hacer lo que queráis aquí. Y el domingo cerraremos con una fiesta temática, informal, que tendrá lugar aquí mismo.

—¿Debemos llevar vestimenta especial? Eso no nos lo avisaron —preguntó un chico de la primera fila, cuyo nombre no recordaba.

—No. El sábado os dejaré en este salón varios complementos; es lo único que os hace falta. El resto podéis llevar vuestra ropa —le contestó Mary.

—Lo vamos a pasar genial —me dijo Nora, con una sonrisa que resplandecía.

—Sí, estoy segura de que sí —le contesté con un toque de ironía que ella no captó, porque estaba pendiente de lo que Mary le explicaba a otra chica. Evan, en cambio, sí lo notó.

—¿Por qué has venido? —me preguntó acercando su boca a mi oído.

Su aroma me llegó de golpe, una mezcla de uvas y algo más que no supe identificar. Esa cercanía hizo que mi cuerpo reaccionara al instante, con una sensación en el bajo vientre que me obligó a tragar saliva.

—¿Qué más te da? —le contesté, algo más borde de lo que pretendía.

—Si me diera igual, no te lo preguntaría. ¿No crees? —me dijo, mirándome fijamente a los ojos.

Me puse tan nerviosa que tuve que apartar la mirada.

—Todos dijeron que me vendría bien para cerrar ese episodio de mi vida en el que, a excepción de Nora, Mary y alguna cosa más, solo tengo malos recuerdos. Pensé que, creando unos nuevos —aunque no fueran maravillosos, pero al menos buenos—, podría terminar de superar lo que pasó. Pero está claro que eso no va a ocurrir —le dije, resignada.

—Pero te vas a quedar igualmente —afirmó, no preguntó.

—Sí. Nora está encantada con este viaje y mi familia me animó mucho a venir. Si me marchara ahora, todos se preocuparían, así que haré como entonces: callar y tragar. Además, este hotel tiene algo que me ha enamorado. No sé cómo explicarlo, pero es como si tuviera alma.

—Alma —dijo Evan al mismo tiempo que yo, y esa coincidencia me arrancó una sonrisa.

—Nos gustó tanto el hotel cuando lo vimos en la web que vamos a quedarnos once días más después del evento. Queremos conocer Londres y los alrededores —añadí, sin saber muy bien por qué se lo decía.

—Lo sé —me respondió, sonriendo.

—¿Lo sabes? ¿Cómo? —pregunté, intrigada.

—Como dueño del hotel, me gusta estar al tanto de todo —me contestó, dejándome completamente perpleja.

—Pues enhorabuena, es precioso —le dije con total sinceridad.

—Gracias. Así que ya sabes, si tienes alguna queja, sabes a quién dirigirte.

—No la tendré. Y aunque así fuera, no te molestaría —le contesté, siendo sincera.

—No lo harías, Alba. Es más, si quieres, puedo enseñarte todos los rincones del hotel. ¿Qué mejor guía que el dueño, quien conoce todos los secretos que esconde este sitio?

—¿Por qué quieres hacer eso? Si es por lo de tu hermano, de verdad que no pasa nada. No pienso hacerle caso —le dije, porque me tenía completamente descolocada.

—Mi hermano no tiene nada que ver en esto. Es algo que quiero hacer yo, porque me sale así. ¿Tanto te extraña que quiera hacerlo? —me dijo muy serio.

—La verdad es que sí. En estos diez minutos me has hablado más que en los cuatro años que compartimos clases, comidas, partidas de ajedrez y demás. Si lo que quieres es… vete olvidándote —le dije, cruzándome de brazos.

Su mirada se llenó de dolor durante un segundo.

—No te preocupes. Sé que nunca fui el gemelo que te gustaba. Siempre fui invisible para ti. Con mi hermano delante, todo lo demás dejaba de existir, incluso cuando te despreciaba. No tenía sentido hablarte si no ibas a verme nunca. Y, por la forma en que le miras, parece que sigue siendo así.

»Solo quiero que sepas una cosa: antes te habrá dicho esas chorradas, pero si quieres, esta misma noche podrías tenerlo entre tus piernas. Es mi hermano, sí, pero es un cabrón superficial. No te vio entonces y no te verá ahora. Solo querrá una cosa de ti.

Me quedé a cuadros. Pero lo peor fue la tristeza reflejada en su mirada.

—No me vio. Ni él ni ningún otro. Parece que se te ha olvidado cómo era yo entonces —le contesté en un susurro.

—En eso te equivocas. Si tan solo hubieras dejado de mirarle un segundo, te habrías dado cuenta de muchas cosas. Que estuvieras —o sigas estando— tan pillada de Cameron solo le da más alas para hacer lo que quiera.

»Y no, no se me ha olvidado cómo eras entonces. No todos nos fijamos solo en el exterior. Sigues siendo preciosa en todos los sentidos, como lo eras aquellos años. Pero supongo que mi opinión no vale una mierda.

Soltó todo eso de carrerilla y se marchó sin despedirse de nadie.

Me esperaba cualquier cosa de ese viaje.
Pero, desde luego, ninguna se parecía lo más mínimo a aquello.

Capítulo 13



Los demás ya estaban levantados porque Mary ya había terminado de explicar todo. Nora dejó de hablar con la chica que estaba a su lado y, cuando se dio la vuelta y me vio la cara, me interrogó con la mirada; le indiqué de la misma forma que después se lo contaría.

Empezamos a salir uno a uno del salón y todos se dirigieron hacia las habitaciones. La mayoría había llegado, como nosotras, esa misma mañana y querrían colocar el equipaje y darse una ducha antes de volver a bajar.

Mientras caminábamos por el pasillo, sentía el cuerpo ligeramente tenso, como si aún no hubiera terminado de procesar todo lo que había ocurrido allí dentro. Demasiadas caras del pasado, demasiadas miradas cargadas de recuerdos que no siempre eran buenos. Aun así, algo dentro de mí se mantenía extrañamente firme, como si ya no caminara encorvada esperando el siguiente golpe.

Mary nos indicó en el salón que, en un par de horas, tendría lugar la cata de vinos y que debíamos esperar todos en el vestíbulo para ir juntos hasta la bodega. Allí, además de la cata, nos explicarían el proceso de elaboración del vino y nos mostrarían las distintas estancias que formaban parte de la bodega.

Aún nos quedaba alrededor de una hora y media antes de bajar, tiempo suficiente para deshacer las maletas, darnos una ducha y respirar un poco después de tantas emociones concentradas en tan poco tiempo. Así que Nora y yo subimos a nuestras habitaciones. Sin embargo, al llegar a la puerta, ella

no entró en la suya; sin decir nada, me siguió directamente al interior de la mía, dejando claro que aquella conversación pendiente no iba a esperar.

Cerré la puerta tras nosotras y apoyé la espalda un segundo en ella. Necesitaba ese espacio reducido, íntimo, para soltar el aire que llevaba conteniendo desde que Evan se marchó del salón. Con Nora siempre podía hacerlo, nunca me había pedido explicaciones antes de tiempo, pero sabía leerme como nadie.

—¿Qué ha pasado con Evan? Le he visto la cara cuando se ha ido y parecía entre triste y enfadado, y de la tuya ya no digo nada, porque solo te ha faltado que se te desencajara la mandíbula —me dijo con preocupación.

—Es que estoy flipando todavía con lo que me ha soltado, te lo juro. —Me senté a su lado y me dejé caer hacia atrás en la cama, extendiendo los brazos.

Miré al techo, siguiendo con la vista una pequeña grieta casi imperceptible, mientras mi mente repasaba una y otra vez cada palabra de Evan. No era solo lo que había dicho, sino la sensación de que, por primera vez, alguien había visto más allá de lo evidente, incluso entonces, cuando yo misma no supe hacerlo.

—Cuéntamelo. Después te cuento yo los cotilleos que me ha explicado la chica que estaba sentada a mi lado —me dijo con esa sonrisilla que ponía siempre antes de soltar una bomba.

Empecé a contarle la conversación que habíamos tenido Evan y yo. Aunque no fue muy larga, había sido de lo más impactante, al menos para mí. Le conté todo con pelos y señales y la cara de Nora, a medida que iba avanzando, era muy parecida a la mía: de incredulidad total. Pero cuando terminé de decirle lo último que me había dicho, sonrió de una manera como si supiera algo que yo no.

—¿Por qué sonríes? —le dije, sentándome de nuevo.

—Siempre lo sospeché, aunque no te lo dije, porque Evan tiene razón: solo tenías ojos para el gilipollas de su hermano —me dijo riéndose entre dientes.

La leche… me estaba poniendo nerviosa. ¿Qué era lo que me había perdido y ella sospechaba?

—¿El qué sospechaste? —le pregunté, ansiosa por saber la respuesta.

Sentí un cosquilleo incómodo en el estómago, una mezcla de incredulidad y miedo. La idea de haber pasado por alto algo tan importante me resultaba casi tan desconcertante como pensar que alguien pudiera haberme querido en silencio durante todos esos años.

—Que a Evan le gustabas, pero nunca te dijo nada porque su hermano siempre estaba en medio.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo iba a gustarle yo? ¡Estás loca! —le dije llevándome las manos a la cabeza.

—¿Y por qué no? No todos te veíamos como Cameron. Es más, siempre he creído que tú te sentías a gusto con tu cuerpo hasta que él empezó a meterse contigo y te creíste todas las mierdas que soltaba por la boca, y su noviecita le apoyaba. Aunque ahora creo saber la razón de ese apoyo.

—Lo que decían era cierto, Nora. Que lo dijeran de forma cruel no les quitaba la razón. Me sobraban muchísimos kilos y las gafas que llevaba y el corte de pelo eran el remate.

—Pero tú sabías que, con el paso del tiempo, eso cambiaría, que era un problema de desarrollo. No plantarles cara porque te gustaba Cameron fue un error muy grande; eso lo vemos ahora, con la perspectiva que dan los años. Pero si hoy pasara lo mismo, sabes que no lo permitirías. Éramos dos adolescentes atravesando un duelo, joder, y ellos se aprovecharon de esa vulnerabilidad que teníamos.

—Con el paso del tiempo y las muchas sesiones con mi psicóloga entendí que yo también tuve parte de culpa por no haberlos parado. Claro que sí, Cameron me llamó la atención en un primer momento, pero todo eso se acabó tan rápido como vino. Aquella mirada que le eché en el comedor, comiéndomelo con los ojos, fue mi sentencia.

»Después puede que lo mirara con anhelo, no porque me gustara, sino por el daño que me hacía y por lo mucho que yo quería que dejara de hacerlo.

Pensé que, si me enfrentaba a él, la cosa iría mucho peor. Por eso fingí que me gustaba; era la salida fácil.

Todo esto no se lo había contado a nadie, ni siquiera a Nora. No quería que viera lo tonta que fui; solo lo sabía mi psicóloga.

—Joder, ¿cómo no me lo dijiste? Era tu amiga. Te hubiera entendido y apoyado o juntas hubiéramos intentado buscar una solución. —No me lo dijo en tono de reproche, sino con tristeza por no haberse dado cuenta.

—Nora, hiciste más por mí que nadie. Si no hubiera sido por ti y por tu apoyo, no sé lo que hubiera pasado. No te lo conté porque tú también arrastrabas lo tuyo y puede que también por miedo a decir la verdad en voz alta y darme cuenta de lo mucho que estaba metiendo la pata.

—Tú también fuiste mi gran apoyo —me dijo dándome un abrazo que le devolví con las mismas ganas.

—Pero lo de que le gustaba a Evan, vete quitándotelo de la cabeza, porque no creo que tengas razón. No sé a qué ha venido todo eso que me ha dicho, pero no creo que ese sea el motivo —le dije muy convencida.

—No es solo que le gustaras en el pasado, es que le sigues gustando. ¿No te has dado cuenta de cómo te ha mirado cuando ha entrado? Era la misma mirada de anhelo que tenía cuando estábamos en el colegio.

»Que también te ha mirado con deseo, pues sí, joder, como la mayoría de los que estaban en ese salón, incluida alguna mujer. Pero su mirada era de un deseo limpio, como con la que me mira a mí tu tío, no con la lascivia de baboso con la que te ha mirado Cameron.

—Nora, ¿cómo puede ser eso posible? Él era muy callado, sí, pero era un auténtico bombón. No hubiéramos pegado ni con cola.

—¿Has dicho «era»? Porque, chica, creo que ahora está incluso mejor que entonces. Está como un tren. No deberías dejar pasar la oportunidad de conocerlo bien y comprobar si tengo razón. Si estoy en lo cierto, puede que este viaje se convierta en el mejor de tu vida; y si no, al menos habrás salido de dudas.

»Creo que Evan es un buen tío, que no tiene nada que ver con su hermano. Solo tienes que ver cómo se ha enfrentado a él cuando te ha soltado esas chorradas completamente fuera de lugar. Lo de proteger el trabajo de Mary no ha sido más que la excusa que ha encontrado para salir del paso.

—Estoy hecha un lío, Nora… ¿Qué hago? No quiero sufrir.

—Déjate llevar. Lo que tenga que ser, será. De primeras, acepta esa invitación para que te enseñe el hotel y, a partir de ahí, ya veremos cómo va la cosa.

La verdad era que me apetecía muchísimo que Evan me enseñara el hotel y pasar un rato con él. Había venido hasta aquí para cerrar viejas heridas, pero eso no estaba reñido con abrir nuevos caminos.

—Voy a hacerlo, y que sea lo que Dios quiera —le dije a Nora, que se puso a aplaudir, muy contenta por mi decisión.

No era una decisión impulsiva, aunque lo pareciera. Era más bien una rendición tranquila, la aceptación de que no podía seguir viviendo con el freno puesto por miedo a repetir el pasado. Quizá no saliera nada de aquello, pero al menos no volvería a casa preguntándome qué habría pasado si me hubiera atrevido.

Capítulo 14

Nora se marchó a su habitación después de la charla que tuvimos sobre Evan. Las dos teníamos que colocar la ropa y las cosas de la maleta y darnos una ducha antes de bajar con los demás.

Coloqué todo, que no era poco, y al acabar pasé al baño para darme una ducha. En la cabeza no dejé de darle vueltas a todo lo que me había dicho Evan ni a las palabras de Nora, asegurando que yo podría interesarle. *¿Tan ciega había estado en el pasado que no había visto ni una sola de esas miradas que mi amiga decía que él me dedicaba?*, me pregunté.

Terminé antes que Nora y, movida por la impaciencia, fui a buscarla a su habitación antes de que ella acabara. Habíamos quedado, cuando hablamos en mi habitación, en que me contaría los cotilleos de los que se había enterado antes de bajar con los demás, y esa promesa me tenía demasiado intrigada como para esperar con calma. La curiosidad pudo conmigo, así que me di prisa en terminar lo mío y fui directa a su puerta, deseando saber qué era eso tan interesante que había descubierto.

—¿Ya has terminado? Chica, qué rápida eres; a mí me falta vestirme aún —me dijo Nora cuando me abrió la puerta.

—¿Yo rápida o tú muy lenta? —le contesté riéndome.

—He llamado a tu tío y nos hemos liado a cascar, y se me ha ido el tiempo —me dijo con cara de pillina.

—Ay… qué bonito es el amor —le dije poniendo morritos y batiendo las pestañas de forma exagerada.

—Qué tonta eres —me dijo tirándome un cojín—. Verás cuando te llegue a ti, me voy a burlar muchísimo.

—No creo que eso pase pronto, así que para entonces se te habrá olvidado —le contesté muy segura de lo que decía.

—Ja, que no, y más pronto de lo que crees —me dijo guiñándome un ojo.

—No empieces otra vez, por favor, que me pongo más nerviosa de lo que estoy. —Y era verdad; solo de pensar en Evan me entraban unos calores que madre mía.

—Vale…

—Ahora cuéntame de qué te has enterado. Con la capacidad que tú tienes de sonsacar cosas, si llegamos a estar en el salón media hora más, te enteras hasta de la talla de calzado de todos los que estaban.

—El cotilleo es lo mío, ya sabes —me dijo haciéndose la interesante.

—Venga, empieza a largar por esa boquita y no te hagas más de rogar —le dije con las manos en la cintura.

—Vale, allá va. Max y Madison llevan casados tres años y tienen un bebé de dos.

—Estaba cantado que acabarían así; en aquellos años ya eran inseparables y se les veía muy enamorados —le dije, y Nora asintió con la cabeza.

—Pero lo mejor es el rollo a tres que se traen los hermanos Turner con Amber.

Eso sí que no me lo esperaba. Amber, desde el colegio, había estado liada con Cameron, nunca nada serio, porque los dos estaban a temporadas con otras personas.

—Amber y Evan se iban a casar a primeros de este año, pero él sorprendió a Amber y a Cameron liándose a sus espaldas y, en ese mismo momento, rompió el compromiso sin pensárselo dos veces.

Eso sí que me dejó completamente a cuadros y, además, algo se me removió por dentro, dándome la razón, una vez más, en que yo nunca le había interesado como pensaba Nora. Amber era totalmente espectacular; siempre lo había sido. Preciosa, segura de sí misma, con un cuerpo digno de una modelo —que, de hecho, era a lo que se dedicaba—, como no podía ser de otra manera. Frente a alguien así, resultaba imposible no compararse… y perder.

—¿Te has quedado lela o qué? —me preguntó Nora chasqueando los dedos delante de mi cara.

—No, solo sorprendida. Nunca me habría imaginado a Evan con Amber, pero si han estado a punto de casarse es porque algo había. Luego dices que yo le gustaba o le gusto. Solo tienes que ver qué estilo de mujer le gusta.

—Ella siempre ha estado enamorada de Evan, pero él no la correspondía. Por eso se lio con Cameron cuando éramos unos críos; creo que quería darle celos. Y parece ser que lo consiguió, porque acabó llevándoselo al huerto.

—Pues entonces no entiendo cómo, si ya tenía al hermano que siempre quiso con un pie en el altar, pudo engañarle —dije negando con la cabeza, todavía sin asimilarlo. No me entraba en la cabeza que hubiera cambiado al hermano bueno por el gilipollas otra vez, como si no hubiera aprendido nada de todo lo ocurrido.

—Siempre fue una guarra, que le daba igual con uno que con ochenta. Pensaría que pudiéndose quedar con los dos hermanos, era mejor que solo con uno. El caso es que, desde que se separaron, no deja pasar ninguna oportunidad de estar cerca de Evan para intentar recuperarle. Así que vas a tener competencia.

—¿Competencia? ¿Yo? No, hija, yo me retiro antes de empezar. Entre las dos no hay color y seguramente Evan acabará perdonándola y después la que se quede jodida seré yo. —Pensé que solo me faltaba irme para casa con el corazón roto.

—Evan no va a volver con ella, Alba. Se lo ha repetido por activa y por pasiva, pero ella sigue ahí, pico y pala —me contestó muy segura.

—¿Bajamos ya? —le pregunté al ver que había terminado de arreglarse.

—Sí, espera que coja el móvil y ya estoy —me contestó mientras yo abría la puerta de la habitación.

—Entonces, lo de ver el hotel de la mano de Evan sí lo vas a aceptar, ¿no? Una cosa no quita la otra, y mejor guía no vas a encontrar.

—Sí, supongo que sí. Pese a todo, Evan me cae genial y creo que podríamos llevarnos bien, por lo menos los días que estemos aquí. Luego regresaremos a casa y no le volveremos a ver, así que él podría ayudarme a llevarme recuerdos nuevos de Surrey.

—Perfecto, creo que es una buena decisión —me dijo justo antes de salir del ascensor para reunirnos con todos, que estaban ya en el vestíbulo.

Repasé con la mirada a todos los que estaban allí y me pareció que solo faltaban un par de personas. Todos estaban charlando muy animados y se oían varias risas que resonaban en el vestíbulo, pero no de forma molesta, sino como un grupo de gente que disfruta de la situación que está viviendo y lo demuestra con esa alegría en forma de carcajadas.

Entre toda esa gente, un poco más apartados, estaban Evan y Amber hablando; bueno, más que hablando, parecía que estaban manteniendo una discusión. Los gestos de ella, intentando acariciarle el brazo, corroboraban lo que Nora me había contado: estaba claro que quería recuperarle. Pero la cara de Evan, con el ceño fruncido y negando con la cabeza, también dejaba claro que él no estaba muy por la labor.

Llegaron los que faltaban y también Mary, que como organizadora nos acompañaría en algunas de las actividades que estaban programadas, como la cata o el baile, entre otras.

La bodega estaba a tan solo un pequeño paseo del hotel, así que fuimos todos charlando unos con otros, en pequeños corrillos que se formaban y deshacían a medida que avanzábamos. Nosotras íbamos de las últimas; detrás

de nosotras solo estaban Evan y Cameron, que habían salido un poco después del hotel que el resto. Mientras caminábamos, por el rabillo del ojo vi cómo los hermanos recortaban distancia hasta llegar a ponerse a nuestra altura. Cameron se acercó a mí por detrás; ese iba a salir escaldado, porque ya no pensaba callarme más. Esta vez no, me dije a mí misma, notando cómo algo dentro de mí se tensaba, decidido a no volver a agachar la cabeza.

—Morena, si quieres te hago una visita privada por la bodega. Me la conozco muy bien y te puedo enseñar todos los rincones —me dijo acercándose mucho y poniéndome una mano en la cintura.

—Número uno: quita esa mano de mi cuerpo ahora mismo, si quieres seguir conservándola para seguir poniéndote los dos kilos de gomina en el pelo. Número dos: no me iría contigo ni a la vuelta de la esquina; antes prefiero que me claven palillos entre las uñas. Y número tres: ya se han ofrecido a enseñarme la bodega y estaré encantada de aceptar el recorrido de la mano de esa persona. —Todo esto solo lo oyeron el propio Cameron, su hermano, que me miró sorprendido, y Nora, que estaba roja, mordiéndose el labio por aguantarse la risa.

—Vaya, te has quitado los kilos y te han salido garras de gatita —me dijo mirándome de una forma tan lasciva que me dio hasta asco, y creo que se me notó en la cara, porque Cameron no pudo esconder su enfado. En cambio, en la de Evan apareció una pequeña sonrisa, casi imperceptible, que se desvaneció rápido, pero que había estado ahí, sin duda.

—Sí, así que ten cuidado, no vaya a ser que te deje esa cara de gilipollas que ya tienes marcada —le contesté, viniéndome arriba.

Mientras se producía esa conversación, no habíamos dejado de andar y, al mirar hacia delante, vi que ya habíamos llegado a la puerta de la bodega, donde todos los demás, menos nosotros, ya habían entrado. Cameron me rebasó para entrar, pero, como el chulo que era, tuvo que decir la última palabra.

—Puedes resistirte todo lo que quieras, pero sabes de sobra que antes de que te marches el lunes vas a pasar por mi cama —me dijo, haciéndome poner los ojos en blanco, pidiendo al cielo que me diera paciencia.

Nora, Evan y yo entramos detrás de Cameron para reunirnos con los demás. Mi amiga me miró con disimulo y me guiñó un ojo, asintiendo con la cabeza para decirme que lo había hecho muy bien enfrentándome a Cameron y no dejándome pisar.

El recorrido por las bodegas no nos lo dio Evan, sino una chica que tenía contratada para todas las catas y visitas. Primero vimos la sala donde se separaban las uvas y se prensaban; después pasamos a la zona donde se hacía la magia para crear el vino, con unos depósitos enormes en los que fermentaba. A continuación, visitamos la sala de las barricas, donde reposaba el tiempo necesario según cada tipo y variedad. Por último, entramos en la sala donde lo embotellaban, lo etiquetaban y lo embalaban para su posterior venta, tanto al por mayor como para los huéspedes del hotel o para la gente que, según nos contó la chica, venía desde Londres y los alrededores a comprar botellas en menor cantidad.

El recorrido terminó con un gran aplauso por parte de todos y varias alabanzas dirigidas a la chica por lo bien que nos había explicado cada detalle y por lo amable que había sido al contestar todas las preguntas con tanta profesionalidad. Se nota enseguida cuando a alguien le gusta su trabajo y disfruta haciéndolo, y ella era, sin duda, una de esas personas que transmiten pasión en cada palabra.

Pasamos después a una sala enorme donde habían dispuesto una mesa bastante grande. Sobre ella había platos de quesos de varias clases, jamón y lomo ibérico cortados con mimo, distintos tipos de paté y más de veinte clases de canapés que, aun sin saber qué llevaba la mayoría, tenían una pinta absolutamente irresistible. Y, por supuesto, como no podía ser de otra manera en un lugar así, había varias botellas de vino de distintas añadas, predominando los tintos, que eran los que más producían y de los que parecían sentirse especialmente orgullosos.

Piqué varias cosas y probé cuatro vinos distintos, pero entre todos ellos hubo uno en especial que me conquistó desde el primer sorbo. Tenía un sabor afrutado muy marcado, con un punto de acidez perfectamente equilibrado y un cuerpo denso y redondo, justo como a mí me gustaba. Se deslizaba por el paladar con carácter, dejando un regusto agradable que invitaba a seguir bebiendo sin prisa.

No es que fuera una entendida en vinos, ni mucho menos, pero siempre había tenido buen paladar y sabía distinguir uno corriente de otro que destacaba por encima del resto. Y aquel, sin duda, era magnífico, de esos que se te quedan grabados y que sabes que, si vuelves a probarlos, los reconocerías sin dudar.

Capítulo 15

La mesa se fue vaciando al mismo ritmo que las botellas de vino. Todos, con una copa en la mano, disfrutábamos de las charlas que se entremezclaban entre el presente que estábamos viviendo y los recuerdos del pasado que compartíamos.

En uno de los laterales de la sala había unos grandes ventanales desde los que se adivinaba la inmensa extensión de viñas que se perdían hasta donde alcanzaba la vista. Mi curiosidad por verlo más de cerca me llevó a caminar hasta uno de ellos y abrirlo para salir al exterior. Fuera había una amplia terraza desde la que todo se apreciaba todavía mejor.

El olor a uva me golpeó nada más salir. Era dulce, pero delicado, con un toque floral parecido al azahar que hacía que aquel perfume resultara natural y fresco. Era, sin duda, una experiencia olfativa en sí misma, de esas que cualquier amante del vino debería disfrutar al menos una vez en la vida.

El paisaje que se extendía ante mis ojos era el más bonito que había visto jamás. Y no eran pocos los lugares a los que había viajado en los años anteriores, pero el que tenía delante en ese momento se había convertido en mi favorito en apenas unos minutos, desde que empecé a admirarlo.

—Bonito, ¿verdad? —me preguntó una voz a mi espalda.

Me sobresalté y me giré para mirarle. No le había oído llegar porque estaba completamente absorta contemplando la maravilla que tenía delante.

—Maravilloso, diría yo —le contesté a Evan, apoyándome de nuevo en la barandilla con los antebrazos, tal y como estaba antes de que hablara.

—Veo que te ha gustado nuestro vino estrella —dijo señalando mi copa con la suya.

—Es exquisito. Pero, viendo esta maravilla que tengo delante, no me extraña en absoluto. Eres dueño de algo único, Evan. Enhorabuena —le dije con sinceridad.

—Siempre fue mi sueño. Me costó, pero lo conseguí. Y estoy muy orgulloso del resultado —me respondió con una sonrisa de medio lado antes de dar un sorbo a su copa.

Por el aroma que me llegó al estar tan cerca —casi rozándonos los brazos, porque había adoptado la misma postura que yo, supe que estaba bebiendo el mismo vino.

—Siempre pensé que los dos acabaríais siendo arquitectos como tu padre y trabajando en la empresa familiar —comenté, recordando lo que todo el mundo daba por hecho en aquellos años.

—Los dos somos arquitectos. Mi hermano, porque siempre fue su destino, por ser el mayor y heredar la empresa familiar. Yo, por obligación. Mi padre no quiso pagarme otra carrera que no fuera esa. Mi destino era trabajar a sus órdenes y, cuando Cameron tomara el relevo, seguir haciéndolo bajo su mando.

Me quedé mirándolo, sorprendida por aquella confesión. Nunca habría imaginado algo así. Por sus palabras, quedaba claro que en su familia había hijos de primera y de segunda, y que él siempre había ocupado ese segundo lugar solo por haber nacido unos minutos después.

—Sí, a todo lo que estás pensando —añadió con una pequeña risa al ver mi expresión—. Lo sé.

—¿Cómo puedes saber lo que estoy pensando? —le pregunté, intrigada.

—Siempre has sido muy transparente para mí, Alba. Tus ojos decían en todo momento cómo te sentías, qué pensabas y qué anhelabas.

—Si te refieres al pasado, no debiste mirar muy bien —respondí—. Y no te culpo, porque no había nada bueno que mirar. Pero, si lo hubieras hecho con más atención, habrías visto que lo que creías sobre lo que sentía por tu hermano no era verdad.

Me miró confuso, como si le costara aceptar mis palabras.

—Siempre le miraste como si fuera el único hombre del mundo —replicó.

—Así es, pero no porque fuera lo que sentía de verdad. Era mi forma de protegerme de él y de quienes lo apoyaban. No tuve valor para enfrentarme sabiendo que todo podría ir a peor. Mirarlo como si estuviera colgada por él hacía que las burlas se centraran en eso y no tanto en mi cuerpo.

Decirlo en voz alta, y hacerlo con Evan, fue liberador. Necesitaba que supiera la verdad, que dejara de pensar algo que nunca fue.

—Alba… —empezó a decir.

—Déjalo, ¿vale? —le corté—. Prefiero dejar atrás todo aquello de una vez por todas. Y, como has podido comprobar antes de entrar en la bodega, tu hermano me importa una mierda.

Un brillo que no supe identificar apareció en sus ojos, y una sonrisa se dibujó en sus labios, como si oír aquello fuera música para él.

—Entonces… ¿lo que le has dicho antes era verdad? ¿Vas a darme la mano para que te enseñe todo esto?

Extendió la palma hacia mí y se acercó un poco más.

Miré sus ojos, después su mano. No tuve que pensarlo demasiado. Quería hacerlo. Apoyé mi mano en la suya y, cuando nuestros dedos se entrelazaron, una descarga me recorrió entera. Un escalofrío me hizo estremecer, pero también sentí algo distinto, como si mi mano hubiera estado esperando ese momento toda la vida, encajando por fin en el lugar correcto.

Levanté la mirada y sus ojos me observaban con una intensidad que prometía demasiadas cosas. Se acercó despacio y supe lo que iba a pasar a continuación. Y lo deseé. Quise ese beso como no había querido nada en mucho tiempo.

—¡Evan! ¿Estás fuera?

La voz de Amber rompió el momento como un jarro de agua fría. Me separé de él con rapidez y solté su mano, que quedó suspendida en el aire durante un segundo eterno.

—Tu chica te busca —le susurré.

—Lo sabes… —respondió él, afirmando en el mismo tono bajo.

Asentí. Evan se pasó una mano por la cara y resopló.

Me alejé unos pasos, colocándome en el otro extremo de la terraza antes de que Amber saliera y nos viera juntos. Lo último que necesitaba era una escena de celos. Además, ¿qué motivo iba a tener ella? Era una diosa, de esas que eclipsan sin proponérselo.

—Después de la cena te espero en el vestíbulo del hotel —me dijo Evan antes de volver al interior—. Quiero enseñarte algo. Creo que te gustará. Si te apetece, claro. Yo estaré allí.

Me quedé unos minutos más sola, contemplando las viñas, con el corazón todavía acelerado y la mente atrapada en el momento que acabábamos de compartir.

Capítulo 16

Entré de nuevo en la sala y apenas quedaba gente. Entre ellos estaban Nora, hablando animadamente con Madison y Max. Se les veía muy distintos, cambiados. Estaba claro que hay personas que maduran, que avanzan y siguen el curso natural de la vida, como les había pasado a ellos dos. Y luego estaban otros que se quedaban anclados en la adolescencia, incapaces de evolucionar, como le ocurría a Cameron, que seguía siendo el mismo gilipollas de entonces.

Me había fijado durante la cata y mientras picábamos de todo lo que nos habían puesto que ni Max ni Madison habían cruzado una sola palabra con Cameron ni con Amber. Algo que me resultó muy extraño, porque en el pasado habían sido inseparables, tanto ellas dos como ellos. Algo muy gordo tenía que haber pasado para que las cosas hubieran cambiado de una forma tan radical, pensé. Pero estaba segura de que, si Nora estaba allí hablando con ellos antes de que acabara el día, acabaríamos sabiendo toda la historia.

—Alba, ¿dónde estabas? —me preguntó Nora cuando me acerqué a ellos.

—He salido a la terraza. El paisaje de las viñas es verdaderamente maravilloso —le contesté, aunque mi mirada fue recorriéndolos a todos.

—Sí que lo es —asintió Madison—. Yo me enamoré de este sitio desde el primer momento en que lo vi. Por eso nos casamos aquí. No habría encontrado un lugar mejor en la vida.

—Tuvo que ser una boda preciosa. Enhorabuena, por cierto —les dije con sinceridad—. Aunque estaba cantado que acabaríais así.

—Lo fue —confirmó Max—. Evan nos lo puso muy fácil. Se encargó de absolutamente todo y de que todos estuviéramos cómodos. Solo hubo una persona que casi nos jode el día, pero por suerte Evan supo manejar la situación y todo se solucionó.

Apretó los dientes al decirlo, claramente molesto al recordar aquel momento.

—Déjame adivinar… Cameron, ¿no? —intervino Nora.

—¿Quién, si no? —resopló Madison—. Incluso el día en el que los protagonistas tenían que ser otros, tuvo que dar la nota para llamar la atención y asegurarse de que todo girara a su alrededor. Entre eso y lo que le hizo a su hermano, para nosotros dejó de existir desde entonces. Y Amber también, por supuesto.

—Siempre fue un cabrón retorcido —añadió Nora—. Y, por lo visto, los años no le han hecho mejorar precisamente.

En la mirada de los dos pude ver arrepentimiento y vergüenza cuando me miraron.

—Alba… sé que no servirá de mucho, pero necesito disculparme por todo lo que te hicimos pasar en aquellos años —dijo Madison con una sinceridad que me desarmó—. Solo de pensarlo se me cae la cara de vergüenza, y sé que a mi marido le pasa lo mismo.

Agachó la cabeza, visiblemente afectada.

Miré a Nora y supe que estaba pensando lo mismo que yo. Cuando el arrepentimiento es sincero, venga de quien venga, merece ser escuchado. Todos nos equivocamos a lo largo de la vida; no por ello somos malas personas, sino humanos que, a veces, toman malas decisiones.

—Borrón y cuenta nueva —le dije, extendiendo la mano mientras le sonreía.

Madison miró a Max, y los dos tenían la misma expresión de incredulidad, como si no pudieran creer lo que acababan de oír. Max le dio un pequeño empujón en el codo para que aceptara mi mano, pero ella hizo algo mucho mejor: se acercó y me abrazó con fuerza.

—Gracias —me susurró al oído, conteniendo la emoción—. Eres mejor persona que todos nosotros juntos, Alba. Tienes un corazón enorme.

Cuando se separó, Max, algo más cortado pero decidido, hizo lo mismo. Me abrazó y me habló al oído con la voz entrecortada.

—Gracias de corazón. Madison lo ha pasado muy mal con esto. Lo hemos hablado mil veces, incluso quería ir a España para pedirte perdón, pero el miedo a tu rechazo siempre la frenaba.

Eso me sorprendió y me agradó a partes iguales. Max no me estaba dando las gracias solo por él, sino sobre todo por su mujer. Ahí me demostró cuánto la quería.

—Bueno —intervino Nora—, después de este momento tan cojonudo, que me ha emocionado más de lo que pensaba, y eso que yo no soy de lágrima fácil… ¿qué os parece si vamos a comer?

Nos echamos a reír todos, agradeciendo el cambio de tono antes de que el ambiente se volviera demasiado intenso.

—Vamos —añadí—. Aunque después de todas las delicias que nos han servido aquí y de que no haya quedado ni una miga, no sé qué comerá la mayoría. Yo, poca cosa; me he puesto fina a canapés.

Los tres asintieron, dándome la razón entre risas.

Nos encaminamos los cuatro de vuelta al hotel, charlando con naturalidad, como si nunca hubieran habido malos rollos entre nosotros. Me gustó la sensación de notar que una parte del pasado quedaba, por fin, atrás, al menos con la pareja que nos acompañaba.

Max y Madison nos hablaron de su hijo, al que habían dejado esos días con los padres de ella. Incluso nos enseñaron fotos en el móvil. El niño era un

calco de Max: el mismo pelo rubio y ensortijado, los mismos ojos oscuros. Madison nos hizo reír cuando dijo que ella solo había aportado los dolores del parto.

Llegamos al comedor y, aunque había varias mesas libres, nos preguntaron si queríamos sentarnos con ellos para seguir charlando. Nora y yo aceptamos sin dudarlo. La comida era tipo bufé y, madre mía… todo tenía una pinta espectacular. Y los postres ya eran directamente para perder el sentido.

Un par de mesas más allá estaban sentados Cameron, Amber, Evan y tres personas más que, al fijarme bien, reconocí como parte de la antigua pandilla del colegio. La cara de Evan reflejaba una tensión evidente, como si estuviera conteniendo las ganas de gritar y salir de allí corriendo. Estaba claro que no se sentaba con ellos por gusto, sino para controlar a su hermano y evitar que liara alguna.

Amber no dejaba de mirarlo con ojos de niña buena ni de buscar cualquier excusa para tocarle el brazo. Evan, muy sutilmente, se apartaba cada vez y apretaba los puños, dejando claro lo incómodo que se sentía.

En un par de ocasiones nuestras miradas se cruzaron. Fueron los únicos momentos en los que le vi sonreír. Incluso, una vez, fue más allá y me guiñó un ojo. Eso bastó para que mi temperatura corporal subiera varios grados, sobre todo al recordar el estremecimiento que había sentido en nuestro momento de casi beso.

Nuestra comida fue animada y llena de risas. Nosotras les hablamos de nuestra vida en Mallorca, de nuestros trabajos, y Nora les contó que su pareja era mi tío. Se quedaron completamente alucinados con esa información, lo que nos hizo reír a las dos.

Ellos, por su parte, nos hablaron de su vida en Surrey, donde tenían una pequeña agencia de publicidad que iba bastante bien. Era lo que ambos habían estudiado y, como casi todo desde que se conocieron, también eso lo habían hecho juntos.

Capítulo 17

La sobremesa tomando café se alargó bastante. Estábamos todos tan a gusto charlando que, entre anécdotas y las historias de cada uno, pasamos un rato estupendo. No solo estuvimos los cuatro; al acabar de comer, entre varios de los que estábamos allí, juntamos unas cuantas mesas y el círculo de gente se hizo más grande. Nora me dedicaba de vez en cuando miradas que lo decían todo. Estaba muy contenta al verme sentir tan a gusto entre esas personas con las que tuve malas experiencias en el pasado.

A las seis de la tarde, los que estábamos allí sentados, por sugerencia de una de las chicas, decidimos pasar un rato por el *spa*. Subimos cada uno a nuestras habitaciones, quedando en vernos en la puerta quince minutos después.

Elegí un bikini de los que había comprado con Nora el día que fuimos de compras, era precioso y bastante sugerente. La braguita era de estilo brasileño, dejando parte de mi trasero al aire, y la parte de arriba consistía en dos triángulos que tapaban lo justo. Encima me puse un blusón blanco que me llegaba a medio muslo y que transparentaba el color del bikini.

Esta vez fue ella la que pasó a buscarme y bajamos juntas en el ascensor. Al salir, chocamos con Evan, que estaba esperando para subir.

—¿Vais a disfrutar del *spa*, chicas? —nos preguntó sonriendo.

—Sí, por las fotos que vimos en la web estamos deseando probarlo. Parecía enorme y con toda clase de chorros en las diferentes piscinas. Aunque

yo un rato en el *jacuzzi* no me lo pierdo por nada —le contestó Nora, y yo asentí dándole la razón.

—Yo iba a mi habitación a hacer algo de trabajo, pero acabo de cambiar de opinión. Voy a ponerme el bañador y me voy a unir al grupo —nos dijo a las dos, aunque mirándome a mí directamente.

—Allí te vemos entonces —le dijo Nora mientras empezaba a caminar para marcharnos.

Di el primer paso para seguirla, pero Evan se acercó a mí, haciendo que retrocediera hasta la pared y quedara pegada a ella. Pude notar su erección contra mi muslo y le miré directamente a los ojos mientras me relamía los labios.

—Me tienes así solo con intuir lo que escondes debajo de ese vestidito. Cuando en un rato te vea sin él, no voy a poder salir del agua para que nadie note el efecto que me produces solo con pensar en ti —me susurró al oído, antes de dejarme varios besos en el cuello.

—Evan… —le dije entre dientes, apretando los muslos por la excitación que me provocaban su cercanía y sus palabras.

—Lo sé. Noto cómo te estás excitando igual que yo: tu respiración se acelera, tus pupilas se dilatan y te palpita cierta zona que estoy deseando probar —me dijo, dejando un mordisquito en mi cuello y pasando la mano por debajo del vestido para acariciar una de mis nalgas. El jadeo que se escapó de mi boca hizo que me llevara la mano rápidamente a ella. No había nadie alrededor, pero si seguía diciéndome esas cosas y tocándome, acabaría explotando.

—Para, por favor, nos puede ver alguien —le pedí en voz baja.

—Ese es el único motivo por el que no voy a follarte contra esta pared. Cuando te corras conmigo dentro, quiero ser el único que vea el brillo de tus ojos —me dijo, separándose de mí.

Sin añadir nada más, me guiñó un ojo y se metió en el ascensor, dejándome allí excitada y completamente descolocada por su actitud.

Caminé hasta donde estaba Nora, que me esperaba en la puerta del *spa*. Nada más verme, la sonrisilla que tenía en la cara me hizo poner los ojos en blanco, y ella se echó a reír.

—No sé qué te habrá dicho el gemelo bueno, pero vienes andando y apretando las piernas —me dijo sin parar de reír.

—Calla, que traigo un calentón que para qué. Joder con el calladito, cómo ha espabilado —le contesté.

—Pues no te ha visto sin el blusón cuando baje y te vea. La boya que se le va a poner le vendrá bien para no ahogarse —dijo entre risa y risa.

—No, si la boya ya la he notado contra mi muslo —le contesté, tapándome la cara.

—Esta noche, después de lo que quiera enseñarte, te va a poner mirando a Cuenca —me dijo.

Solté un jadeo y me tapé aún más la cara, porque solo de imaginarlo ya me estaba poniendo mala.

Entramos en el *spa* y la chica de la entrada nos dio una llave para las taquillas del vestuario. También nos entregó dos albornoces, que estaban supersuaves y tenían un agradable olor a uva, como si el jabón con el que los habían lavado estuviera hecho a partir de ellas.

Dejamos la ropa y los bolsos en la taquilla, con el móvil y demás pertenencias. Las chanclas ya las llevábamos puestas, así que, sin perder más tiempo, entramos en la zona de las piscinas. Había dos enormes, cada una con diferentes chorros; en otra parte se encontraba la zona de los *jacuzzis*, con cuatro redondos en los que cabían perfectamente seis personas en cada uno. También había un tanque de agua fría, un circuito para caminar sobre piedras y dos saunas. A la derecha de la gran sala había una puerta donde ponía «Tratamientos»; allí ofrecían todo tipo de masajes.

—Vaya pasada —dijo Nora, mirando todo con cara de alucinada.

—Es una maravilla. Cada cosa que descubrimos me hace enamorarme más de este sitio —le contesté.

—Hasta del dueño te vas a enamorar… bueno, en proceso estás ya —me dijo riéndose.

—No me ayudas, Nora, que lo sepas —le respondí fingiendo indignación.

—Chicas, venid, el agua está de lujo —nos llamó Madison desde la piscina.

Nos quitamos los albornoces y los dejamos en una de las hamacas de piedra que había libres. Caminamos hasta el borde de la piscina y bajamos despacio por las escaleras, nadando hasta llegar donde estaban Madison, Max y algunos de los demás.

—El agua está realmente buenísima —le dije.

Madison se acercó a mí y, muy cerca de mi oído, para que solo la escuchara yo, me dijo:

—Tú sí que estás buenísima. Sé de cierto hombre que va a perder la cabeza cuando te vea con ese bikini.

Al retirarse, lo hizo conteniendo una risilla pillina.

—Madison…

—Solo he dicho la verdad. Y por cómo te mira, no creo que sea la cabeza lo único que vaya a perder —añadió, llevándose la mano al pecho—. Antes de que se acabe tu estancia aquí, me darás la razón. Mira, ahí lo tienes —me dijo señalando a Evan, que acababa de entrar por la puerta.

Madre del amor hermoso. No llevaba albornoz, solo las chanclas y el bañador. Con solo verlo, mi excitación volvió a dispararse.

Bajó hasta donde estábamos y, un poco después, se acercó a mí.

—¿Estás disfrutando? —me preguntó.

—Mucho. Todo lo que hay en este hotel es una maravilla —le contesté, mordiéndome el labio.

—¿Me acompañas a un *jacuzzi*? Allí puedes disfrutar mucho más —me dijo, ofreciéndome la mano.

—Vale —le respondí.

Capítulo 18



Sin soltarme de la mano llegamos a uno de los *jacuzzis* que estaba vacío; con la mirada me indicó que entrara yo primero. Bajé los dos escalones y Evan entró detrás de mí. Cuando me fui a sentar, negó con la cabeza y se sentó él primero, haciéndome sentar entre sus piernas y apoyando mi espalda en su pecho.

El agua burbujeaba suave, envolviéndonos en un calor que parecía borrar el ruido del *spa*. Sentí la vibración del motor del *jacuzzi* en la piel y, con ella, una calma extraña, como si el cuerpo entendiera antes que la cabeza que no había marcha atrás.

—Me tienes loco con ese bikini, si estuviéramos solos, te lo arrancaría con los dientes —me dijo mientras besaba mi cuello.

Su voz me rozó como otra caricia. Y lo peor —o lo mejor— fue que lo dijo sin prisa, como quien afirma una verdad sencilla. Yo tragué saliva, intentando recordar cómo se respiraba con normalidad.

—Evan, por favor —le dije, mientras de mi boca se escapaba un jadeo.

—Eres mi locura y la más grande de mis tentaciones. Procura estar en silencio.

No entendí qué quería decir con lo del silencio hasta que dio el siguiente paso.

Bajó la mano acariciando mi abdomen hasta llegar al borde de la braguita del bikini. Metió la mano lentamente hasta llegar a mi clítoris, que empezó a masajear y a dar pequeños pellizcos que hicieron que me retorciera de placer entre sus manos. Se aventuró a ir más allá y empezó a pasar sus dedos por toda mi abertura varias veces, hasta que metió uno de ellos en mi interior. El contraste entre sus dedos y el agua caliente me descolocaba; era como si el *jacuzzi* amplificara cada sensación, como si todo mi cuerpo estuviera hecho de nervios. Me agarré a su antebrazo con fuerza, buscando un ancla. Con movimientos lentos empezó a darme un placer que no había sentido nunca en mi vida. Cuando notó que mis caderas se movían hacia delante buscando su mano, metió un segundo dedo y aceleró sus movimientos. Su otra mano la pasó por debajo del triángulo del bikini y empezó a torturar mi pezón con pequeños tirones.

—Dámelo, Alba, córrete para mí —me dijo mientras mordisqueaba mi cuello y dejaba pequeños besos, sin dejar de mover su mano.

En menos de dos minutos me dejé ir en su mano, apretando los dientes para acallar mi jadeo final y que no se enteraran hasta en España. Me quedé un segundo sin saber dónde estaba, con la cabeza ligera, como si acabara de salir de un sueño. Notaba el corazón golpeándome en la garganta y la piel demasiado sensible, casi dolorosa… de lo bien que se sentía. Evan sacó la mano fuera del agua, mojada no solo por esta, y se llevó los dedos a la boca para chupárselos. Verle hacer eso me pareció tan erótico que volví a encenderme como una hoguera. Bueno, para ser sincera, no había dejado de estarlo desde que había entrado por la puerta del *spa*.

—Deliciosa, pero el sabor pierde fuerza por estar en el agua. Estoy deseando probarlo directamente de ti, recreándome en todos tus rincones sin dejar nada de tu esencia fuera de mi boca —me dijo con la voz enronquecida por el deseo, que también se reflejaba en sus ojos.

—Evan, ¿qué estamos haciendo? —le pregunté a media voz.

Me sorprendió que la duda llegara tarde, justo ahora, cuando mi cuerpo ya había elegido. Pero mi mente necesitaba ponerle nombre a aquello: a la intensidad, al impulso, al miedo de estar viviendo algo que luego pudiera doler.

—Yo lo que llevo soñando hacerte desde que te conozco; tú, con que te dejes llevar, me vale… de momento —me dijo, dándome un beso en la cabeza.

En sus ojos solo vi sinceridad al confesarme aquello, pero también una vulnerabilidad profunda, como si al dejar escapar ese secreto estuviera exponiéndose por completo, temiendo que, una vez fuera de su pecho, pudiera ser rechazado.

—Yo también te veía, ¿sabes? Me gustaba observarte cuando estabas en la biblioteca, absorto en tus libros, ajeno a todo lo demás. Cuando leías algo que no entendías o que no te convencía, se te formaba una línea muy sexi aquí —puse uno de mis dedos en su entrecejo—, justo cuando fruncías el ceño sin darte cuenta.

»Cuando jugabas al ajedrez tenías un tic al pensar la siguiente jugada; siempre te tocabas la oreja derecha, como si así ordenaras tus ideas. Y cuando creías que nadie te veía, cuando estabas en el exterior o caminabas por los pasillos más solitarios, siempre tarareabas canciones suaves y románticas, casi en un susurro, como si fueran solo para ti.

Cuando terminé de decirle eso, mis mejillas estaban rojas de vergüenza por la manera en que me miraba, como si no pudiera creerse que yo me hubiera fijado en todas esas cosas.

—Alba… ¿de verdad te fijaste en todas esas cosas de mí? —me preguntó con emoción en la voz.

—Y en unas cuantas más —le dije, sonriendo.

—¿Por qué no me hablaste nunca? Yo solo esperaba una palabra tuya —me dijo, agarrando mi mano.

—Quería hacerlo, ¿sabes?, pero como tú tampoco me dijiste nunca nada, supuse que solo veías lo mismo que todos los demás y que lo mejor para ti era estar lo más lejos posible de la gorda de gafas horribles —le dije, encogiéndome de hombros.

—Ojalá en aquellos años te hubieras visto a través de mis ojos. Yo solo veía a una chica preciosa que estaba pasando un mal momento porque había

perdido a su madre. Tus ojos solo reflejaban tristeza; parecía apaciguarse un poco cuando Nora estaba a tu lado, y yo me moría por ser otro de tus motivos para sonreír, aunque solo fuera un poco.

—Si no hubiera sido por ella y por Mary, no creo que hubiera podido llegar al final del bachillerato sin caerme del todo. Ellas fueron mi ancla y las que agarraron mi mano para que siguiera adelante. Había algo más que me sacaba muchas sonrisas durante esos cuatro años…

Estaba a punto de contarle lo de las grullas —algo que solo sabían Nora y Mary—, pero alguien interrumpió nuestra charla. Solo con oír su voz mi cuerpo se tensó. Evan lo notó porque, aunque ya no estaba apoyada contra él —estábamos hablando, mirándonos a los ojos—, seguía lo bastante cerca como para rozar mi brazo, y una de mis piernas descansaba sobre las suyas.

—Vaya, hermanito, qué bien acompañado te veo —dijo Cameron, metiéndose en el agua con nosotros.

—Hay más *jacuzzis* vacíos, Cameron —le dijo Evan entre dientes.

—Lo sé, pero en este está lo más tentador de todo el *spa*. Joder, Alba, la tengo dura solo de verte con ese bikini. No estarás intentando tirártela, ¿verdad, hermano?

»Que no creas que me importa; incluso, si quieres, podemos compartirla. No sería la primera vez que compartimos una mujer. Aunque estaría bien que, en vez de follárnosla por separado, lo hiciéramos los dos a la vez. Estoy seguro de que la haríamos gozar como no lo ha hecho en su vida.

No se podía ser más asqueroso ni más hijo de puta que él, pensé.

Si yo estaba tensa, Evan a mi lado se envaró por completo cuando Cameron terminó de soltar todas esas mierdas por la boca. Noté cómo estaba a punto de saltar encima de él y darle hostias hasta en el cielo de la boca, cosa que se merecía con creces, pero no quise que Evan montara semejante espectáculo siendo el dueño del hotel delante de todo el mundo. Agarré su mandíbula y giré su cabeza para que me mirara a mí y no a su hermano.

—No lo hagas, no merece la pena. Vámonos, por favor. No quiero que con sus bobadas empañe el buen momento que hemos vivido aquí.

Mis ojos denotaban súplica y Evan lo notó. Al centrar su mirada en la mía, la ira que había en sus ojos desapareció, dando paso a la comprensión.

Sin contestar a Cameron, Evan se puso en pie sin soltar mi mano y, colocando la otra en la parte baja de mi espalda, me invitó a salir primero, quedándose él a mi espalda.

—Volvamos a las piscinas con los demás —me dijo mientras caminábamos de la mano.

La siguiente hora la pasamos con todos los demás, disfrutando de los chorros, el circuito y, por último, las saunas.

Al pasar por la recepción antes de ir a los ascensores, la misma chica que nos había atendido por la mañana me llamó por mi apellido, pidiéndome que me acercara.

—Señorita Velasco, alguien ha dejado esto para usted —me dijo, entregándome un sobre rojo.

—¿Quién? —le pregunté, extrañada.

—Eso no lo sé. Me he ausentado un momento para ir al baño y, cuando he vuelto, estaba sobre el teclado del ordenador. Encima había una nota que decía que debía serle entregado a usted en mano.

—Bien, pues muchas gracias —le dije antes de darme la vuelta con el sobre en la mano.

—¿Qué es eso? —me preguntó Nora con curiosidad, la misma que yo sentía en ese momento.

—No tengo ni idea, ni tampoco de quién es.

—Vamos, hija, ábrelo y salgamos de dudas; mi vena cotilla está que palpita más de la cuenta —me dijo, haciéndome reír.

Rasgué el sobre con cuidado de no romper lo que hubiera en su interior y, cuando separé un poco las dos partes para ver qué había dentro, se me cortó la

respiración.

—Alba, ¿qué hay dentro? Parece que has visto un fantasma —me preguntó al ver mi cara y darse cuenta de que estaba conteniendo el aire.

—Compruébalo tú misma —le dije, entregándole el sobre.

La cara de Nora al ver la grulla hecha en origami no fue muy distinta a la mía. Levantó la cabeza y, mirándome a los ojos con la misma emoción que me recorría el cuerpo, dijo:

—Vaya… esto sí que no me lo hubiera esperado por nada del mundo. Tu origamista particular ha vuelto.

—Eso parece —le contesté sonriendo, mientras cogía el sobre de su mano y me lo llevaba al pecho, como si quisiera protegerlo. Para mí, esas grullas eran un regalo tan especial que ni la mejor joya del mundo podría hacerles sombra.

—No lo sé, pero está claro que está en el hotel. Y tengo la ligera sospecha de que esta solo es la primera de las diez que le faltaban por entregarme para completar las mil grullas y conseguir su deseo.

—¿De qué hablas? —me preguntó Nora, confusa.

Le conté cómo años atrás había buscado información sobre su significado, cómo la leyenda japonesa que las rodea dice que a quien haga mil grullas se le concede un deseo. También le confesé que en mi casa conservaba una caja con las novecientas noventa que me había regalado quien fuera que lo hiciera en el pasado y que, justo antes de venir al viaje, las había sacado una noche, recordando la emoción que me producía cada vez que recibía una. Nora se entusiasmó casi más que yo y tenía las mismas ganas de saber si, antes de irnos, esa persona me confesaría su identidad al entregarme la grulla número mil.

Alucinando y con una sonrisa enorme, me metí en mi habitación con las pulsaciones a mil. Una más, me dije a mí misma; solo quedan nueve para las mil grullas y para que ese origamista pueda pedir su deseo.

Me di una ducha caliente y rápida; después de dos horas a remojo, mi cuerpo había tenido suficiente agua.

Para la cena no elegí nada elegante. Estábamos en confianza entre compañeros y amigos; no hacía falta vestirse como si fuera una gala. Opté por una falda con un poco de vuelo, negra, que me llegaba al ras de las rodillas. En la parte de arriba me puse una camiseta con un hombro caído en color azul celeste y, para completar el look, unas sandalias planas del mismo tono. Me recogí el pelo en una coleta alta y, de maquillaje, solo me puse máscara de pestañas; casi nunca usaba nada más, salvo barra de labios, normalmente roja.

Una vez lista, y para no variar, terminé antes que Nora y me tocó pasar a buscarla por su habitación una vez más.

—Solo me faltan las sandalias —me dijo, apoyándose en la puerta del baño para ponérselas.

Nora también había optado por un conjunto cómodo. Llevaba un vestido de tirantes suelto, blanco, con florecitas pequeñas repartidas por el escote. Tampoco iba muy maquillada y se había recogido el pelo en un moño informal, dejando varios mechones sueltos a los lados del rostro.

Entramos en el comedor, que ya estaba bastante lleno. En una mesa de la parte izquierda estaban sentados Madison y Max, que nos hicieron gestos con la mano para que nos acercáramos. Caminamos hasta allí, saludando a los demás a nuestro paso.

—Os hemos guardado sitio en la mesa, por si queríais uniros a nosotros —nos dijo Madison, con una expresión que dejaba claro que esperaba que aceptáramos.

—Por supuesto que sí, y si queréis nosotras estaríamos encantadas de compartir mesa con vosotros todos los días —le contesté, mientras Nora asentía.

Dejamos los bolsos colgados en las sillas y los cuatro fuimos a coger la cena. Como había pasado a la hora de comer, todo tenía una pinta buenísima, haciendo difícil decidirse porque apetecía probarlo todo. Por supuesto, los

camareros ofrecían en todas las mesas los distintos vinos elaborados en las bodegas.

Pasamos una cena muy agradable, disfrutando de la comida, pero sobre todo de la compañía. Como al mediodía, charlamos de todo, especialmente de nuestras vidas.

Varias veces recorrí el salón buscando a Evan con la mirada, pero no apareció durante toda la cena. Pensé que quizá, al haber dejado trabajo pendiente por ir al *spa*, estaría ocupándose de ello y habría cenado en su habitación. Al terminar, se notaba el cansancio general y la gente empezó a retirarse.

Los cuatro nos despedíamos en el vestíbulo hasta el día siguiente cuando Evan salió del ascensor y se dirigió hacia nosotros. Venía a buscarme para llevarme al sitio que me había dicho que quería enseñarme.

Capítulo 19

Nos despedimos de los demás y Evan me cogió de la mano, acariciando mi muñeca antes de entrelazar nuestros dedos.

—¿Estás preparada? —me preguntó, tirando de mí para que caminara a su lado.

—¿Dónde vamos? —le pregunté, muy intrigada.

—Al salón del relax —me contestó sonriendo.

—Vaya, ¿cuántas sorpresas te guardas de este sitio? —le dije riéndome.

—Unas cuantas; ahora te voy a mostrar una y mañana, cuando nos levantemos, te mostraré la siguiente —me dijo guiñándome un ojo.

—¿Eso es una invitación a dormir con usted, señor Turner? —le pregunté, coqueta.

—Sí, me encantaría pasar la noche contigo. No tenemos por qué hacer nada si no quieres, pero me gustaría dormir abrazado a ti —me contestó muy seguro de sus palabras y dejando claras sus intenciones, respetando y dándome a elegir lo que yo quisiera que pasara.

—Me encantaría pasar la noche contigo, para dormir y lo que surja —le contesté, sacando mi lado coqueteo.

—Perfecto, entonces, después de pasar un rato en el salón del relax y hacer algo que he echado mucho de menos compartir contigo, te llevaré a mi habitación… y a mi cama.

Sus palabras me dejaron muy intrigada; *qué sería eso que decía que había echado mucho de menos*, pensé.

Caminamos por un lateral de la recepción, donde había un pasillo en el que, al entrar, había un cartel que indicaba la dirección de dicho salón. El hotel parecía dormir en su totalidad; solo se oía el ruido de nuestras pisadas a medida que avanzábamos. El pasillo estaba en semipenumbra, solo alumbrado por unas luces tenues que estaban en las paredes.

Al llegar a la puerta del final del pasillo, Evan la abrió con una llave que sacó del bolsillo de su pantalón y, después de dar la luz en su interior, se retiró a un lado para dejarme pasar.

Lo primero que me llamó la atención fue la enorme pantalla de televisión que presidía la estancia, situada frente a una amplia hilera de sofás de distintos tamaños, dispuestos de forma acogedora. En uno de los laterales había una barra de bar perfectamente equipada, con varias bebidas expuestas y copas de diferentes estilos y tamaños, listas para cualquier ocasión. Al otro lado, varias mesas bajas acompañadas de sillas cómodas invitaban a sentarse sin prisas, a disfrutar de una copa y de una conversación tranquila. Desde luego, el nombre de salón del relax no podía ser más acertado: todo lo que había allí, unido al ambiente sosegado que se respiraba, transmitía una sensación de calma y bienestar absolutos.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó Evan, acercándose a la barra.

—¿Tienes vino? No me gusta mezclar y, de todas maneras, no suelo beber alcohol; solo una copa de vez en cuando.

—¿Del mismo que estabas bebiendo en la cata? —me preguntó, y yo asentí porque también era el mismo que había bebido durante la cena.

Evan, antes de servir las dos copas de vino que sacó de debajo de la barra, abrió un panel que había y puso música de *jazz* a un volumen bajito. Se

acercó a mí con las copas en la mano y me pidió, con un gesto de la cabeza, que lo siguiera.

Me retiró la silla de una de las mesas bajas y apoyó las dos copas en la mesa.

—Ahora vuelvo —me dijo sonriendo, y yo asentí.

Caminó hasta un armario que estaba en un lateral y de dentro sacó un tablero de ajedrez con las piezas ya colocadas en sus sitios, preparado para empezar una partida. Cerró el armario y se aproximó con el tablero hasta la mesa, dejándolo encima. Me miró con duda en los ojos antes de preguntarme.

—Lo mismo no te apetece; solo pensé que sería una buena idea —me dijo, rascándose la nuca, dejándome ver que estaba nervioso, esperando mi respuesta.

—Me parece una idea estupenda y claro que me apetece. No haberte ganado ni una sola vez en el pasado es una espinita que tengo clavada. Así que te advierto que voy a emplearme a fondo para vencerte —le dije sonriendo y con un brillo de ilusión en la mirada que le hizo relajarse.

—Eras la única a la que me costaba ganarle en aquellos años; hubo días en los que me lo pusiste realmente difícil —me dijo, sentándose enfrente de mí.

—Eras realmente bueno. A ver si lo que he practicado estos últimos diez años me ha servido para ganarte por fin. —Di un sorbo a mi copa de vino antes de acercar más mi silla a la mesa.

—Vamos a comprobarlo, aunque yo también he seguido jugando estos años y no pienso dejarme ganar —me dijo, acercándose con la silla.

—Me ofendería que así fuera; quiero ganarte legalmente —le dije riendo.

—Bien, pues tú eliges: ¿blancas o negras? —me dijo, señalando el tablero.

—Tú siempre juegas con negras, así que me quedo con las blancas. —Me gustó mucho que me diera a elegir, aun sabiendo que a él no le gustaba jugar con las blancas.

—Lo recuerdas… —dijo con emoción en su voz.

—Ya te he dicho antes que sí que te veía y sabía varias cosas sobre ti; esta es otra de ellas. En cuatro años nunca te vi jugar con las blancas, ni en las partidas conmigo ni con ningún otro compañero.

—Estuve ciego pensando cosas que no eran; ojalá todo hubiera sido distinto, Alba —dijo con pesar.

—Puede ser distinto ahora —le contesté sonriendo.

—Sí lo va a ser —dijo muy seguro—. Blancas salen —me dijo, señalando el tablero.

—Procedamos, pues —dije, zanjando la conversación y poniéndome en modo jugadora concentrada.

Al terminar de decirle eso, dejé la copa que tenía en la mano encima de la mesa y acerqué mi mano a las piezas para abrir el juego con mi primer movimiento. Moví el peón que estaba delante de la dama dos casillas. Evan me miró con una ceja alzada y sonrió.

—¿Apertura de gambito de dama? Sales fuerte, Alba.

—Mueve —le dije seria, y él se echó a reír, asintiendo.

La partida comenzó como él había dicho, con esa apertura por mi parte. Entre miradas furtivas, sorbos de vino y máxima concentración por parte de los dos, el tiempo fue pasando a medida que varias piezas iban desapareciendo del tablero.

Casi una hora después, con las copas vacías encima de la mesa, me quedé mirando el tablero y cerré los ojos. Al abrirlos, sonreí, y Evan me miró interrogante. Sí, joder, sí, te tengo, dije para mí misma.

—Mira el tablero —le dije, extendiendo la mano hacia él.

Evan fijó su mirada en el tablero y, como yo había hecho momentos antes, cerró los ojos, seguramente calculando los siguientes movimientos de las

piezas que nos quedaban a los dos en pie. Cuando los abrió, vi que se había dado cuenta de lo que pasaba: hiciera lo que hiciera, las piezas nunca mentían; le había ganado. Alargó la mano hacia su rey y lo tumbó en el tablero, dando por finalizada la partida.

—Jaque mate —le dije, levantándome de la silla y haciendo un baile de la victoria, moviendo mis caderas.

El siguiente movimiento de Evan sí que no lo vi venir; estaba tan centrada en mi baile que no vi cómo se acercaba a mí por la espalda y me agarraba por la cintura, dándome la vuelta para que lo mirara.

—Nunca me había alegrado que alguien me ganara, pero eso ha cambiado hoy solo por verte reír y moverte así —me dijo con la voz ronca.

—Solo me ha costado catorce años —le dije, acariciándole la cara.

—Si no te beso ahora mismo, creo que podría morir —me dijo, mirándome de una manera que hizo que mi corazón se saltara un latido; en sus ojos había algo más que deseo, había lo mismo que tenían los de mi tío cuando miraba a Nora.

—Ahora que has vuelto a mi vida, no puedo dejar que eso pase —le dije antes de ser yo la que acercara mis labios a los suyos para besarle.

El beso empezó lento, como si nuestras bocas hubieran esperado ese momento mucho tiempo y necesitaran conocerse. Primero fueron solo labios y dientes, dándonos pequeños mordiscos entre los dos. Evan pasó su lengua por mi labio inferior, pidiendo permiso para entrar y encontrarse con la mía; cuando eso pasó, el beso se hizo más profundo e íntimo. La respiración de los dos se aceleró y, cuando nos separamos para coger aire, al mirarnos a los ojos los dos supimos que iba a ser una noche muy especial.

Sin soltarme de la cintura, Evan se agachó un poco y cogió el mando del equipo de música que había dejado encima de la mesa cuando trajo el vino; apagó la música.

—¿Nos vamos? —me preguntó.

No le contesté; solo asentí antes de darle un pequeño beso en los labios.

Sin soltarnos, fuimos hasta la salida. Evan apagó las luces y cerró la puerta con llave; con pasos firmes llegamos hasta el ascensor. Entramos y Evan dio al botón de la cuarta planta. En lo que subíamos, volvimos a besarnos hasta que la puerta se abrió.

Salimos y Evan me llevó hasta el final del pasillo, donde estaba la puerta de su habitación. Sacó la llave magnética del bolsillo del pantalón y, después de abrir la puerta, me hizo pasar.

Me pegó a la pared y se lanzó a mis labios; la excitación en ambos era tan evidente que solo con los besos ya no nos bastaba, necesitábamos tocarnos. Llevé mis manos a su camisa y, con movimientos torpes, empecé a desabrocharle los botones; cuando llegué al último, abrí la camisa dejando su torso al descubierto. Los abdominales que tenía, que ya había podido apreciar en el *spa*, eran los de un hombre que cuidaba su cuerpo; la uve que tenía era una delicia para la vista. Empecé a acariciarle y noté cómo se estremecía a mi toque.

Mi camiseta llevó el mismo camino que su camisa, quedando tiradas las dos juntas en el suelo. Con un movimiento rápido, Evan desabrochó mi sujetador, que salió volando sin saber ninguno de los dos dónde cayó.

El resto de nuestra ropa siguió el mismo camino momentos después; entre caricias por las dos partes, fuimos desnudándonos el uno al otro.

Me agarró por las nalgas, subiéndome para que mis piernas le rodearan la cintura y, de esa manera, me llevó hasta su cama; me tumbó en ella con mucha delicadeza. Empezó a besarme el cuello, del que ya se había dado cuenta de que era uno de mis puntos débiles; pasó a mi clavícula, dejando un reguero de besos hasta llegar a mis pechos, besándolos todo lo que quiso y torturando mis pezones mientras, con su mano, acariciaba mi vagina de arriba abajo, deteniéndose en mi clítoris y apretándolo, haciéndome llegar al orgasmo solo con esas caricias.

Sin dejar que me recuperase, bajó su cabeza y se hundió entre mis piernas, lamiéndome por toda la vagina hasta que, con su lengua dentro de mí, me

hizo llegar al segundo orgasmo y, como me había dicho en el *spa*, no dejó ni una gota de mi esencia ahí.

Subió hasta mí, volviendo a repartir besos por todo mi cuerpo. Pasó sus brazos por debajo de mis rodillas y, apoyándome en sus bíceps, me abrió bien para él; sin apartar su mirada de mis ojos, se introdujo en mí lentamente. La sensación que me produjo cuando llegó hasta el fondo no podría describirla con palabras; no era solo placer, era una conexión tan profunda que no creí posible que la encontrara con nadie nunca más en mi vida. Era como si fuéramos dos piezas de un puzle que encajaran a la perfección.

Los primeros movimientos fueron lentos, casi calculados, y se fueron intensificando hasta dar paso a ser más fuertes y profundos, haciéndonos jadear a los dos al compás.

—Alba, los dos —me dijo entre jadeos.

—Los dos —le contesté, mientras un orgasmo muy intenso me hizo tocar el cielo y gritar su nombre.

Soltó mis piernas y, después de darme un beso largo y profundo, salió de mí para tumbarse a mi lado hasta que los dos recuperamos la respiración y el ritmo del corazón volvió a su estado normal.

Una vez tranquilos, agarró mi mano y me ayudó a levantarme para irnos juntos a la ducha, donde no solo nos duchamos, sino que tuvimos un segundo asalto.

Una vez secos, nos metimos en la cama y Evan agarró mi cintura, poniéndose detrás de mí como si quisiera asegurarse de tenerme bien sujeta para que no me marchara; lo que él no sabía es que mi corazón ya había decidido que no quería marcharse de su lado.

Capítulo 20

Apenas había dormido nada, pero mi cuerpo era como un reloj; llevaba tantos años levantándome antes del amanecer que ya se despertaba solo por instinto.

Giré la cabeza y me topé con la mirada de Evan, somnolienta, pero con una sonrisa en sus labios, que hizo que las mariposas que bailaban en mi estómago cogieran un ritmo frenético.

—Buenos días, preciosa —me dijo, dándome un suave beso en los labios y tirando de mí para abrazarme y que me recostara en su pecho.

—Buenos días, Evan, duerme un poco más, aún es muy temprano —le dije acariciando su mejilla.

—Hoy no, quiero llevarte ahora a que veas algo que estoy seguro de que te gustará mucho.

—¿Ahora? Si ni siquiera ha amanecido —le dije extrañada.

—Por eso tiene que ser ahora, es el momento perfecto. Venga, vamos o se nos hará tarde. —Se levantó de la cama y no pude evitar recorrerle con la mirada; era un auténtico espectáculo para la vista. Relamí mis labios sin ser consciente de lo que estaba haciendo.

—No me mires así o no me podré controlar. Me meteré otra vez en la cama contigo y no te dejaré salir de ella hasta que te quedes afónica de chillar mi

nombre —me dijo riéndose mientras empezaba a vestirse.

—Aunque cuando terminemos lo que vamos a hacer, si quieres, volvemos —añadió.

Me pareció que estaba muy ilusionado por lo que quería enseñarme y la verdad es que eso me intrigaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Salí de la cama con la misma energía que lo hacía todas las mañanas; nunca había sido una persona que odiara las alarmas ni a la que le costara levantarse. Me gustaba madrugar y aprovechar el día al máximo.

Diez minutos después salimos de la habitación de Evan y, como había pasado el día anterior, el silencio nos envolvió. No solo la gente dormía, sino también el hotel; ni un solo movimiento ni de huéspedes ni de personal por ninguna parte. Solo nos cruzamos con una persona antes de salir del hotel, el chico que estaba en la recepción, que según me explicó Evan, era el que cubría el turno de noche, por si alguien necesitaba cualquier cosa.

El camino que tomamos lo reconocí enseguida; era el mismo que habíamos hecho el día anterior hacia donde estaban las bodegas. ¿Qué querría enseñarme? Con cada paso que dábamos, mi curiosidad aumentaba. Nuestras manos seguían unidas, Evan no me había soltado en ningún momento, y era una sensación que, a cada minuto que pasaba, me gustaba más y más.

Llegamos hasta la bodega, pero no entramos en ella por la puerta principal como el día anterior. Evan me llevó por un lateral en el que había una puerta por la que entramos. La oscuridad reinaba, pero comprobé que se sabía el camino, ya que no le hizo falta encender ninguna luz. Caminamos entre las sombras hasta otra puerta que nos dio paso al exterior.

El gran campo de viñas se extendió ante nosotros; ese olor tan delicioso que pude apreciar el día anterior desde la terraza me envolvió con mucha más fuerza. La paz que se sentía allí era algo difícil de explicar; era como si te sintieras protegida, como si nada ni nadie pudiera dañarte, como si fuera el último lugar en el mundo y te animara a quedarte allí para siempre.

—Es precioso, Evan —le dije emocionada.

Miró su reloj de pulsera y sonrió como si supiera algo que yo no. Me soltó la mano y se colocó detrás de mí; me agarró por la cintura, pegándome a su pecho, y puso su cabeza apoyada en mi hombro.

—Mira al frente, no apartes la mirada, solo faltan dos minutos —me dijo susurrándome al oído antes de dejarme un beso en la cabeza.

Nos quedamos ahí los dos en silencio, esperando que pasaran esos dos minutos que Evan me había dicho que faltaban. En un principio no sabía a qué podía referirse, pero por las horas que eran, enseguida pude intuir de qué podría tratarse, y no me equivoqué.

El sol empezó a asomar tímido por el este, dando luz poco a poco a las viñas, haciendo brillar las uvas como si de rubíes se trataran. Mis ojos se llenaron de lágrimas por la emoción. Era el amanecer más bonito que yo había visto en toda mi vida. En esos momentos me acordé de mi madre; con lo que le gustaban los amaneceres, ese le hubiera encantado, estaba totalmente segura.

—Es el amanecer más bonito que he visto en mi vida —le dije a Evan con la voz rota.

—No, el amanecer más bonito eres tú —me dijo girándome para besarme.

En ese momento caí en una cosa que hasta entonces había pasado desapercibida para mí. ¿Podría ser posible? ¿Hasta ahí podían llegar sus sentimientos para haber hecho una cosa así? Me daba miedo preguntárselo. No quería parecer una egocéntrica y que solo fuera una mera coincidencia precisamente por lo que acabábamos de ver. Pero no podía quedarme con la duda, me armé de valor y solo susurré una palabra.

—Sunrise…

—Has tardado en darte cuenta, eh… —me dijo con una risilla.

La traducción de la palabra *sunrise* en inglés es alba. Aunque es verdad que había más palabras que también significaban lo mismo, no sonaban tan bien como para ponérsela de nombre a un hotel. Le había puesto a su hotel, a

su sueño, mi nombre. Si ya estaba emocionada por ver el amanecer, en esos momentos mis ojos eran dos cascadas.

Evan me envolvió entre sus brazos sin decir absolutamente nada. Solo estuvo ahí para mí, dejándome mi espacio, pero sosteniéndome. Sabía que el descubrimiento que acababa de hacer me había afectado mucho y que necesitaba mi tiempo para digerirlo, y él me lo dio. Estuvo ahí hasta que mis sollozos fueron cesando y mi respiración empezó a acompasarse a un ritmo normal. Sin separarme de sus brazos, con un susurro ahogado, le pregunté:

—¿Por qué?

—Porque siempre fuiste tú, porque desde que te conocí el nombre de Alba se quedó grabado en mi cabeza y anclado en mi corazón. Aun sabiendo que nunca recibiría lo mismo de vuelta. Una vez que desapareciste de mi vida, quise cumplir el sueño de mi vida y quería que, aunque solo pudiera ser de esa manera, tú formaras parte de él.

—Evan…

—Desde que estuvimos en el internado, este sueño empezó a tomar forma en mi cabeza, casi sin darme cuenta. Quería crear un lugar donde la gente pudiera sentirse en paz de verdad, donde el tiempo pareciera detenerse y todo invitara a disfrutar sin prisas, a relajarse, a respirar.

»Cada día que pasaba, nuevas ideas iban naciendo en mi mente; unas se quedaban y otras evolucionaban: el salón del relax, por ejemplo, pensado para ver una buena película en compañía de alguien a quien amas, para compartir silencios cómodos, miradas cómplices o conversaciones que no necesitan alzarse de tono.

»O una buena partida de ajedrez —esa tengo que reconocer que fue de las primeras, quizá incluso la primera de todas—, desde aquella primera partida que jugamos juntos y en la que, al mirarte, vi algo que nunca había visto reflejado en los ojos de nadie más: anhelo y nostalgia, como si echaras profundamente de menos compartir momentos así con alguien que ya no estaba en tu vida, como si ese tablero fuera mucho más que un juego y escondiera recuerdos que aún dolían.

—Mi madre. Ella fue quien me enseñó a jugar al ajedrez y también quien me enseñó a amar los amaneceres. Siempre los veíamos juntas, casi como un pequeño ritual solo nuestro; por eso me puso mi nombre. Decía que no había mejor momento en todo el día, que esos instantes estaban llenos de una paz especial, de silencio y promesas, y que anunciaban un nuevo día cargado de posibilidades.

»Ella quería que yo las tuviera todas, sin miedo y sin límites. Siempre comparaba el ajedrez con el amanecer, y por eso amaba profundamente las dos cosas. Ambos comienzan siempre de la misma manera: el sol sale por el mismo lugar, pase lo que pase, fiel a su cita, y las piezas del tablero deben colocarse siempre igual para que la partida pueda empezar.

»Pero una vez que el primer rayo asoma en el horizonte o la primera pieza se mueve, nada está escrito. Nadie puede predecir cómo se desarrollará el día ni la partida, ni qué giros inesperados traerán consigo, ni cómo terminarán cuando la noche vuelva a envolverlo todo o cuando, finalmente, uno de los dos reyes caiga.

—Me hubiera gustado conocerla —me dijo Evan, limpiando con sus pulgares las dos lágrimas que me caían por mis mejillas al recordar a mi madre.

—Estoy segura de que a ella también le hubiera gustado conocerte, y si viera lo que has construido aquí, se hubiera enamorado de ello como he hecho yo de este maravilloso lugar… aunque yo voy un paso más allá porque también lo he hecho del dueño —le confesé ruborizada.

—¿Puedes repetirlo, por favor? —me pidió a media voz, emocionado.

—¿Qué parte? —le dije juguetona.

—No seas mala, sabes de sobra qué parte es. Esa que has dicho de que te has enamorado del dueño, porque necesito oírtelo decir de nuevo y que a la vez me pellizques para saber que no estoy soñando —me rogó casi con desesperación.

—Te quiero, Evan. —Mis palabras fueron acompañadas por un pequeño pellizco en su brazo.

Me miró y en ese momento el que estaba emocionado era él, al escucharme decírselo con los ojos cuajados en lágrimas.

—Yo también te quiero, Alba. —Apenas le salieron las palabras, pero las dijo.

Capítulo 21

Después del emocionante momento que vivimos confesándonos nuestros sentimientos mientras el amanecer daba paso a un nuevo día, nos marchamos de vuelta al hotel.

Evan me acompañó hasta la puerta de mi habitación. Quedamos en que en una hora vendría a buscarme de nuevo para bajar a desayunar; antes tenía que hacer unas cuantas cosas de trabajo y dejarlas listas, porque su intención era ir con todos más tarde a dar una vuelta a caballo por los campos que rodeaban el hotel. No todos irían. Algunos ya habían comentado que preferían repetir en el *spa* o bajar hasta la ciudad para hacer unas compras y aprovechar la mañana de otra manera. Max, Madison y Nora, por supuesto, sí que vendrían con nosotros; ya lo habíamos hablado la noche anterior durante la cena y había quedado claro que ese plan nos apetecía a los cuatro. Por la tarde, en lugar de volver al *spa*, seríamos nosotros los que bajaríamos a la ciudad.

Tal y como había acordado con Nora para el resto de las vacaciones, alquilaríamos una moto para movernos con más libertad, sin depender de horarios ni de nadie más. Esa misma tarde, ya en la ciudad, quería mirar las que tenían disponibles y elegir la mejor para las dos, imaginándonos ya recorriendo carreteras secundarias, con el viento en la cara y la sensación de estar disfrutando de cada minuto juntas.

Nos despedimos con un beso en la puerta, de esos que no necesitan prisas ni palabras, y Evan se fue hacia el ascensor con una sonrisa que todavía me calentaba el pecho, mientras yo entraba en mi habitación. Nada más poner un pie dentro y encender la luz, me encontré con una grata sorpresa esperándome

en el suelo: un sobre de color azul que reconocí al instante. Sin abrirlo, supe perfectamente lo que podía haber dentro. Lo cogí con la misma emoción que una niña el día de Navidad al descubrir los regalos bajo el árbol, con el corazón latiéndome deprisa y esa mezcla deliciosa de ilusión, nervios y expectativa que solo algo muy especial consigue despertar.

Me senté en la cama y, igual que había hecho el día anterior con el otro sobre, lo abrí con mucho cuidado, casi conteniendo la respiración, como si temiera dañar no solo lo que había en su interior, sino también la emoción que lo acompañaba. Sin embargo, esta vez la sorpresa fue todavía mayor. Además de la grulla que ya esperaba encontrar, había una nota. Estaba escrita con una letra elegante, firme y muy fina, de esas que dicen mucho de quien las traza, y en ella se podía leer:

«Solo me faltan ocho por entregar y poder decirte cuál es mi deseo.»

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo de arriba abajo, dejándome la piel erizada. ¿Qué quería decir exactamente con eso la persona que me las enviaba? ¿Que cuando llegara a la número mil descubriría su identidad ante mí? ¿O que ese deseo guardaba algo que aún no alcanzaba a imaginar? Si antes estaba intrigada, después de leer aquella nota mi curiosidad se desbordó por completo. Sentí una mezcla de expectación y nervios que me aceleró el pulso. Ya estaba deseando que llegara la siguiente grulla, comprobar si también vendría acompañada de otra nota, seguir desentrañando ese misterio que, de pronto, había dado un paso más. Aquello era nuevo; nunca antes había ocurrido, y precisamente por eso hizo que una inquietud deliciosa se instalara en mi estómago.

En más de una ocasión había estado tentada de preguntarle a Evan si él era mi origamista, de mirarlo a los ojos y lanzar la pregunta sin rodeos. Pero todas y cada una de esas veces, justo antes de que las palabras salieran de mi boca, me había echado atrás. Si era él y lo descubría antes de completar las mil grullas, antes de conocer cuál era su deseo, toda la magia se perdería. Esa magia que, durante cuatro años, me había envuelto en uno de los recuerdos más bonitos del internado, esperando cada día, casi con devoción, que apareciera una nueva. Y si no era él quien me las mandaba, tampoco sabía cómo se tomaría que alguien ajeno hubiera estado tan pendiente de mí durante

todo ese tiempo y que ahora, precisamente en el hotel, estuviera culminando un trabajo que había quedado inconcluso.

Así que decidí callar, guardar el secreto una vez más y dejar que el misterio siguiera su curso, aunque cada grulla nueva hiciera latir mi corazón un poco más deprisa.

Os estaréis preguntando por qué no recibí las últimas diez grullas cuando la persona que me las mandaba sabía de sobra cuándo se terminaría el último curso. Pues os saco de dudas, porque todo tiene una explicación, y además es mucho más sencilla de lo que durante años llegué a imaginar.

Un mes antes de que acabaran las clases, me desperté una mañana con mucha fiebre y un dolor muy intenso en el vientre, de esos que no te dejan ni moverte ni pensar con claridad. Nora se asustó muchísimo al despertarse y verme en ese estado, pálida, sudando y casi sin fuerzas. Sin pensárselo dos veces, salió corriendo de la habitación en busca de ayuda. Al primero que encontró por los pasillos fue al profesor que nos daba matemáticas y, en cuanto le explicó cómo me encontraba, vino rápidamente a mi habitación, llamando por el camino a la enfermera que tenía el centro.

Cuando la enfermera llegó y me examinó con detenimiento, dijo que probablemente sufría una apendicitis. No iba del todo desencaminada, aunque solo se equivocó en parte, porque cuando llegó la ambulancia que vino a recogerme y me trasladaron al hospital más cercano, tras varias pruebas me diagnosticaron una peritonitis. Tuvieron que operarme de urgencia y todo ocurrió tan deprisa que apenas fui consciente de la gravedad de la situación hasta mucho después. Las siguientes tres semanas permanecí ingresada en el hospital de Surrey, acompañada por mi padre y por mi tío Jorge, que vinieron en cuanto recibieron la llamada informándoles de mi estado.

Cuando por fin recibí el alta, mi padre fue muy claro conmigo: nos volvíamos a España. Para una semana escasa que quedaba de clases, no iba a permitir que regresara al internado recién operada, todavía débil y en proceso de recuperación. Durante el tiempo que estuve ingresada, Nora, con permiso del director del centro y acompañada por mi padre en todo momento, vino a visitarme en varias ocasiones. Me traía mis libros, apuntes y todo lo necesario para que pudiera estudiar lo que mi estado me permitía. Aun así, hice lo que

pude. Los exámenes me los realizaron de forma *online* una vez que ya estaba instalada en España.

Y esa fue la razón por la que no recibí el resto de las grullas… o, al menos, eso fue lo que siempre pensé. El último mes no estuve en el internado y ni siquiera regresé para despedirme de nadie. Tampoco de Nora. Aunque, en su caso, aquello no supuso ningún problema real entre nosotras, porque la última semana de curso cumplió los dieciocho años y, nada más salir del internado, tomó un vuelo a Mallorca y se instaló conmigo. Íbamos a ir juntas a la misma universidad, tal y como habíamos planeado desde hacía mucho tiempo, y nuestra historia, por suerte, continuó sin interrupciones.

Volví a meter la grulla y la nota en el sobre y lo guardé a buen recaudo en un bolsillo con cremallera que tenía dentro de una de mis maletas; por nada del mundo dejaría que se me perdieran.

Pasé por la ducha y estuve bastante tiempo debajo del chorro de agua caliente. Cerré los ojos y rememoré todos los buenos momentos que había vivido en tan pocas horas con Evan: en la terraza de la bodega, en la sala de relax, en el *spa*, en su cama y, por supuesto, en las viñas viendo el amanecer; ese, sin duda, era mi favorito hasta ese momento.

Quien diga que alguien no puede enamorarse en unas horas o con solo una mirada, que me lo diga y yo se lo explico con calma, porque era exactamente lo que me había pasado a mí desde el mismo instante en que mis ojos se posaron en Evan cuando entró en el salón el día de la presentación. Bastó ese primer cruce de miradas para que algo dentro de mí se removiera, como si una pieza olvidada encajara de pronto en su lugar sin hacer ruido, pero con una fuerza arrolladora.

Aunque, siendo honesta conmigo misma, también tengo que reconocer que ya había ahí un sentimiento oculto, uno que en aquellos años no supe identificar como amor cuando lo observaba desde la distancia, camuflado entre inseguridades, silencios y miradas no correspondidas. Verle de nuevo fue como si todo eso que había permanecido dormido dentro de mí durante diez años despertara de golpe, sin pedir permiso, reclamando su espacio y su verdad. Como si el tiempo no hubiera borrado nada, solo lo hubiera estado esperando.

Como después del desayuno íbamos a ir a montar a caballo, opté por ponerme unos tejanos negros ajustados y una camisa blanca de tirantes anudada a la cintura, cómoda pero favorecedora. Me calcé unas deportivas también blancas, prácticas para el plan que nos esperaba, y me recogí el pelo en una coleta alta. Frente al espejo me limité a aplicar una capa de máscara de pestañas, fiel a mi costumbre de no recargarme demasiado; quería sentirme yo misma, sin artificios.

Justo estaba terminando cuando llamaron a la puerta. Miré el reloj casi por inercia y comprobé que todavía faltaban quince minutos para la hora en la que habíamos quedado en que vendría a buscarme. Sonreí sin poder evitarlo, porque ya sabía perfectamente quién estaba al otro lado: la mayor cotilla del reino, dispuesta a sonsacarme hasta el último detalle de los acontecimientos más recientes, y que, con toda seguridad, no pensaba marcharse hasta quedarse plenamente satisfecha.

Abrí la puerta y allí estaba Nora, con esa sonrisa que decía: Empieza a largar por esa boca, que no pienso dejarte salir de aquí hasta que mi curiosidad esté saciada.

—Pasa, anda, cotilla —le dije riéndome.

—¿Cotilla, yo? —dijo llevándose las manos al pecho con gesto de fingida inocencia—. Dios me libre, solo soy una amiga que se preocupa por otra.

Me hizo estallar en carcajadas. Valor tenía decir eso. La conocía más que si la hubiera parido y, si no había venido antes, era porque se levantaba con más sueño que un canasto de gatitos y le costaba coger el ritmo para empezar a funcionar por las mañanas.

—Y yo muy agradecida por tu preocupación, pero no cuela. Venga, ¿qué quieres saber? —le dije sentándome en la cama.

—¿Todo? —me dijo, haciéndome reír de nuevo, y ella se unió a mis risas.

—Cuando he vuelto esta mañana, habían metido por debajo de la puerta un sobre con otra grulla dentro y una nota. —La emoción debió de ser tan evidente en mi rostro que Nora me miró con cariño al verme así de contenta.

—¿Una nota? Eso es nuevo, ¿no? Nunca te había mandado ninguna nota. Eso es porque se acerca el final —me dijo, llegando a la misma conclusión que yo.

—Eso he pensado yo. Por lo que dice la nota, cuando termine me dirá cuál es su deseo; lo que no sé es si lo hará a través de una nota o me mostrará su identidad —añadí, pensativa.

—Nos tocará esperar entonces, mordiéndonos las uñas —asentí dándole la razón—. ¿Y qué tal con Evan?

Mis ojos debieron de brillar cuando mencionó su nombre, porque Nora sonrió.

—Maravilloso, Nora —le contesté, y mis ojos se llenaron de lágrimas de emoción.

Ella, con un gesto silencioso, me pidió que le contara qué había pasado.

Le conté dónde me había llevado y la partida de ajedrez que habíamos jugado y que, por primera vez, le había ganado; que habíamos pasado la noche juntos —aunque ahí no entré en detalles— y que por la mañana me había llevado a ver el amanecer más bonito que había visto en toda mi vida, con la posterior declaración por parte de los dos.

Nora se alegró mucho por mí, aunque me preguntó algo que yo misma no había querido dejar entrar en mis pensamientos, porque solo de pensarlo el estómago se me encogía: ¿qué pasaría cuando nuestras vacaciones llegaran a su fin y tuviéramos que volver a España?

Yo tenía mi vida en Mallorca, mi trabajo y a mi familia, además de a Nora. Y Evan tenía en Surrey su sueño, que iba unido a su trabajo, a su familia y a sus amigos.

No quise estropear lo que estaba viviendo, dándole vueltas a algo que aún no había llegado. Preferí disfrutar del presente y dejar que el futuro se encargara de sí mismo cuando tocara.

Capítulo 22



Evan pasó a buscarme a la hora acordada y bajamos los tres juntos al comedor. Max y Madison ya estaban esperándonos en la mesa que ya habíamos hecho nuestra, aunque esa mañana añadimos una silla más para Evan.

Cuando nos vieron aparecer juntos por el comedor agarrados de la mano, a Max se le amplió la sonrisa, pero Madison no lo pudo evitar y se puso a dar saltitos en la silla y a aplaudir. La alegría que sentían por vernos juntos era totalmente sincera y sus gestos fueron buena muestra de ello.

Mientras desayunábamos, hubo un momento en el que Evan se acercó a mí para darme un suave beso en los labios y Madison, que era la que tenía vistas hacia el resto del comedor porque nosotros estábamos de espaldas, apoyó los codos en la mesa e, inclinándose un poco, nos dijo:

—Te acaban de clavar al menos diez puñales —dijo para todos, pero mirándome a mí.

En ese momento no supe a qué se refería hasta que disimuladamente miré hacia atrás y pude ver a Amber tres mesas más allá mirándome con tal odio que, si los puñales que Madison había dicho fueran de verdad, estaría muerta.

—Ignórala —dijo Evan sin ni siquiera girarse, porque ya sabía a quién se había referido Madison.

—Espero que no se atreva a hacerte nada, porque ya no tenemos catorce años ni somos dos niñas vulnerables. Ahora somos mujeres de armas tomar y, a la mínima que se pase, le saco los ojos —añadió Nora muy seria.

—Todavía no entiendo cómo has estado saliendo con ella cinco años y te ibas a casar —le dijo Max a Evan, y este se tensó de tal manera que todos los de la mesa nos dimos cuenta.

No habíamos hablado de la relación que Evan había tenido con Amber. Él no me había contado nada y yo no me había atrevido a preguntar, quizá por miedo a escuchar respuestas para las que todavía no estaba preparada.

¿Pero cinco años?

No se está con una persona durante cinco años si no la quieres, y además mucho, hasta el punto de plantearte compartir tu vida con ella y pedirle que se case contigo. Ese tipo de decisiones no se toman a la ligera ni nacen de la nada.

¿Qué habría pasado si Amber no la hubiera cagado?

A lo mejor estaríamos aquí igualmente, pero todo sería muy distinto. Ellos dos estarían casados y yo no tendría ningún lugar en la vida de Evan, ni siquiera como posibilidad remota. Y lo más importante de todo era la pregunta que no dejaba de repetirse en mi cabeza: ¿cómo puedes estar a punto de casarte con alguien estando enamorado de otra persona, como él me había insinuado desde que nos habíamos reencontrado?

Que le hubiera gustado en el pasado podía llegar a aceptarlo, aunque me costara creerlo, pero que hubiera estado enamorado me parecía imposible. Aun así, era evidente que la traición de Amber le había hecho mucho daño, eso se notaba a simple vista, pero ¿qué pasaría si ese dolor con el tiempo se iba diluyendo?, ¿si llegaba a perdonarla?, ¿volvería con ella?

Todos esos pensamientos comenzaron a arremolinarse en mi cabeza sin darme tregua, uno tras otro, despertando inseguridades que creía superadas y recordándome que, por mucho que hubiera cambiado, algunas heridas del pasado seguían ahí, latentes, esperando el momento de hacerse notar.

Me quedé tan absorta, dando rienda suelta a todas esas preguntas y dudas, que no me di cuenta de que Madison me estaba preguntando algo, hasta que Nora me dio un codazo suave en el costado para traerme de vuelta a la realidad.

—Perdona, ¿qué decías? Por un momento me he ido de viaje al espacio —le dije a Madison, intentando quitarle hierro al asunto.

Para los tres coló, porque se echaron a reír con mi broma, pero a Nora no pude engañarla. Siempre me había leído mejor que nadie y estaba segura de que, sin decirle nada, ya sabía por dónde se habían ido mis pensamientos, o al menos lo intuía. No me dijo nada con palabras, pero su mirada fue más que suficiente para dejarme claro un mensaje: ya hablaremos más tarde.

—Te decía que si habías seguido montando a caballo durante estos años —me dijo Madison.

En el internado teníamos clases de equitación que, aunque no eran obligatorias, casi todos los alumnos hicimos en mayor o menor medida a lo largo de los años. A mí era una de las cosas, aparte del ajedrez, que no eran obligatorias, que más me gustaban, aunque apenas lo practiqué por las constantes burlas, diciéndome siempre que me venían sobre un caballo, que les daba pena el animal porque en cualquier momento se moriría de cansancio al tener que soportar tanto peso.

—Alguna vez, en una finca que tiene un amigo de mi padre llena de caballos, las dos —señalé a Nora— hemos ido a cabalgar.

—A Alba le va más cabalgar a su niña —añadió Nora riéndose, y los demás la miraron con las cejas alzadas porque no sabían a qué se estaba refiriendo.

—Se refiere a mi moto —les aclaré.

—¿Tienes moto? Vaya, eso sí que nunca lo habría adivinado. No puedo imaginarte en una subida. ¿No se te pega más un Mini o algún tipo de coche así?

—Pues tendríais que verla toda vestida de cuero, como Catwoman, y montada en ella. Es todo un espectáculo, parecen hechas la una para la otra. Es más, esta tarde alquilaremos una para movernos el resto de las vacaciones y ver sitios. Yo no sé conducirlas, pero voy muy a gusto de paquete con ella —respondió Nora por mí, haciéndome sonreír porque era verdad todo lo que había dicho.

—¿Qué moto tienes? A mí me encantan, pero aquí la jefa —me dijo Max señalando a su mujer— no me deja comprarme una —añadió con un puchero al final que nos hizo reír a todos.

Saqué el móvil del bolsillo trasero del pantalón y, después de desbloquearlo, entré en la galería y busqué una foto donde se me viera bien de cerca montada en la moto. Le pasé el móvil a Max y nos hizo reír a Nora y a mí cuando vimos que casi se le desencajaba la mandíbula y se le salían los ojos de las órbitas.

—¡Hostias, Alba! Esto son palabras mayores. Esto no es una moto, es LA MOTO. Una Ducati Diavel, amor —le dijo con voz lastimera a su mujer, haciéndonos reír a todos.

—Cuando vayamos a visitarlas a Mallorca, que Alba te dé una vuelta y te quitas el gusanillo —le contestó Madison con una sonrisa de esas en las que enseñas todos los dientes, y Max soltó un jadeo, quejándose de nuevo.

—Si la cabalgas igual que lo haces de otras maneras, sí que tienes que ser una muy buena conductora —me susurró Evan al oído en tono sugerente, y tuve que apretar las piernas por la palpitación que me vino de repente, acordándome de la noche anterior, cuando estuve encima de él moviéndome como una loca. No le contesté, solo agaché la mirada ruborizada y le oí reírse entre dientes.

Seguimos hablando un rato más, sobre todo de mi moto, hasta que acabamos de desayunar. Nos levantamos de la mesa y, antes de dirigirnos a las cuadras para montar, todos quisimos subir un momento a nuestras habitaciones para lavarnos los dientes y pasar por el lavabo, quedando en vernos quince minutos después en el vestíbulo del hotel.

Estábamos esperando al ascensor cuando Cameron y su grupo, en el que estaba también Amber, se acercaron a nosotros. Evan se tensó, pero yo no me quedé atrás haciendo lo mismo.

—Vaya suerte la tuya, hermanito. Al final siempre consigues lo que quieres.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo al oírle decir esas palabras a Cameron, no por lo que dijo, sino por cómo lo dijo, con dolor, el mismo que había reflejado en su mirada. *¿Qué mierda le pasaría y qué había querido decir con eso?*, me pregunté mirando a Nora, que se había quedado igual de pillada que yo al verle.

—Nos vemos en el vestíbulo, chicos, me apetece subir por las escaleras —añadió, dándose la vuelta y dejándonos a todos allí, en el más absoluto silencio.

Alguien carraspeó y se disolvió el momento tenso que se había creado. Los dos ascensores que había llegaron a la vez y el grupo de Cameron se montó en uno y nosotros cinco en el otro. Max y Madison se bajaron en la segunda planta, que era donde tenían su habitación; Nora y yo lo hicimos en la tercera y Evan siguió montado hasta llegar a la suya.

—¿A qué coño ha venido eso? —me preguntó Nora, frunciendo el ceño.

—No tengo ni idea, pero creo que algo se nos está escapando en toda esta historia, Nora. Hay algo que no encaja. Llámame paranoica o lo que tú quieras, pero es lo que pienso.

—Pues entonces ya somos dos paranoicas, porque yo pienso igual que tú. Solo te voy a decir una cosa: como a alguno de ellos se le ocurra hacerte daño, lo que he dicho en el comedor iba en serio, les saco los ojos. Y en ese lote está también metido Evan. Les voy a vigilar a todos con ojos de halcón —me contestó muy segura de lo que decía.

Abrí la puerta de la habitación y, tras el primer paso, mi deportiva golpeó algo que estaba en el suelo. Otro sobre. Lo cogí para mostrárselo a Nora, que aún no se había ido, y me suplicó con la mirada para que lo abriera. Rasgué el

sobre como las veces anteriores y de su interior saqué otra grulla acompañada de una nota.

«Ya solo faltan siete para que sepas toda la verdad.»

Capítulo 23

Llegamos todos juntos a las cuadras; en total fuimos dieciocho personas las que quisimos disfrutar de un buen paseo a caballo. En las cuadras había más de treinta caballos y yeguas, todos preciosos y con una majestuosidad digna de admirar.

Uno a uno fuimos eligiendo, con la ayuda de los dos mozos de cuadras, el ejemplar que cabalgaríamos. Evan, Amber y Cameron tenían los suyos propios. El de Evan era de un color castaño precioso; la yegua que montaba Amber era una auténtica maravilla. Se notaba que allí cuidaban a los caballos con mucho mimo, porque el pelaje de aquella yegua blanca brillaba tanto como el sol. Pero, si tenía que elegir uno por encima de todos por su porte, elegancia y bonito pelaje negro, era sin duda el pura sangre que montaba Cameron.

Los campos por los que se podía cabalgar eran muy extensos. Enseguida la gente empezó a dispersarse; a la gran mayoría se le notaba que había seguido cabalgando con los años y que dominaban a los caballos con mucha facilidad.

Max, Madison, Evan, Nora y algunos más —entre los que se encontraban Amber y Cameron— íbamos todos juntos al trote, disfrutando del paisaje mientras charlábamos. Bueno, todos no, porque Cameron no intervino en la conversación ni una sola vez; se le veía perdido en sus propios pensamientos. Nora iba charlando muy animadamente con una de las chicas. Max y Madison hablaban cariñosamente el uno con el otro, incluso se inclinaban sobre sus caballos para dedicarse besos tiernos. Evan, a mi lado, intervenía en las conversaciones, pero se le notaba tenso. Todavía muchos de sus gestos y

miradas eran un misterio para mí, aunque algunas ya las conocía, y la que tenía en ese momento era de nostalgia, como si echara de menos algo que había perdido.

Diez minutos después, uno de los chicos que nos acompañaba dijo de pronto:

—Vamos a hacer que el paseo sea más interesante. ¿Qué tal una carrera hasta el final del camino?

El sí general, acompañado de risas de alegría, fue impresionante.

Todos nos preparamos poniéndonos en una línea horizontal. Por el rabillo del ojo vi cómo Cameron se posicionaba a mi lado izquierdo, en el que no había nadie más. A mi otro lado estaba Madison, que no se dio cuenta de su movimiento, el cual pensé que había sido intencionado. Todos mis sentidos se pusieron en alerta por miedo a que intentara hacerme daño, aunque en el fondo no creía posible que se atreviera a llegar tan lejos.

Se inclinó un poco hacia mí y agachó la cabeza para hablarme cerca del oído, para que nadie de los allí presentes oyera lo que quería decirme.

—No espolees cuando acabe la cuenta de tres —me dijo muy serio.

Sin que me diera tiempo a decir nada, alargó la mano y sujetó las riendas. Lo siguiente ocurrió demasiado rápido para que pudiera reaccionar.

—Uno, dos, tres…

Fue la voz de Max la que dio paso a la salida, en la que todos los jinetes espolearon a sus caballos y salieron al galope sin mirar atrás. Y allí nos quedamos los dos, parados, viendo cómo los demás se alejaban rápidamente.

—Suelta las riendas, Cameron —le dije enfadada.

—Tranquila, solo necesito un minuto de tu tiempo para que me escuches. Quiero decirte algo y es imposible pillarte a solas; siempre estás con alguien a tu alrededor.

—No me interesa nada de lo que pueda salir de tu boca —le dije, subiendo mi nivel de enfado.

—Lo sé —ese «lo sé» fue acompañado de una mirada de dolor, la misma que puso en el ascensor—, pero te lo diré igualmente.

—Habla de una vez y déjame en paz —le espeté, para ver si de una vez soltaba la tontería que estaba segura de que diría y me dejaba tranquila.

—Estos días que estés aquí, haz como cuando juegas al ajedrez: cierra los ojos y visualiza las piezas que tienes delante. Te darás cuenta de que la partida no se está desarrollando como debería. Verás que la va a ganar el rey que ha hecho trampas; sacrificará a la reina injustamente por el camino, porque le da igual que ella caiga con tal de ganar.

No me miró a la cara en ningún momento; todo eso me lo dijo mirando hacia el camino por donde se habían ido los demás.

Me quedé alucinada por sus palabras. Era la primera vez que le veía hablar serio, sin malicia en su voz, sin ironía y midiendo cada palabra que había dicho.

No dijo nada más. Dio media vuelta a su caballo con intención de irse, pero en el último momento pareció pensárselo mejor y, volviendo la cabeza por encima de su hombro, me dijo sin ninguna maldad reflejada en sus ojos:

—En ese caballo subida estás preciosa, pero en tu moto lo estás mucho más.

Espoleó a su caballo y se marchó de mi lado, galopando a toda velocidad hacia las cuadras.

Me costó varios minutos recuperarme y dejar de mirar cómo se alejaba. Sus palabras, lo que reflejaba su mirada, su manera de actuar… todo en general me había dejado la cabeza como un hervidero.

¿Qué me habría querido decir con que visualizara las piezas a mi alrededor?

¿A quién se refería?

¿Qué sabía él que a mí se me estaba escapando?

¿Y por qué coño no me había dicho las cosas claras y había tenido que usar el ajedrez para explicarme algo que no entendía, hablando entre líneas?

Necesitaba hablar con alguien y contarle todo lo que había pasado. Cada vez estaba más convencida de que estaba ocurriendo algo raro y sabía quién era la persona que me ayudaría a descubrirlo: Nora.

Espoleé a mi caballo y cabalgué todo lo rápido que pude para llegar cuanto antes a donde estaban todos los demás. Unos minutos después los divisé al final de un claro; todos reían y vitoreaban a un Evan que se reía a carcajadas, celebrando su triunfo. A su lado, Amber, para no desaprovechar la ocasión, lo celebraba con más entusiasmo que el resto, acariciándole la espalda y el pelo. Si el gesto de ella me molestó, el de Evan mucho más. No sé si por el momento de subida de adrenalina que estaba teniendo al haber ganado no se dio cuenta o estaba tan acostumbrado a esos gestos que los veía como algo natural. En cualquiera de los dos casos, que no la apartara y se dejara acariciar por ella delante de todos, estando conmigo, me jodió bastante.

Me acerqué a Nora, que estaba al lado de Madison, aunque esta hablaba con su marido y no se dio cuenta de mi llegada.

—¿Dónde estabas? —me preguntó en voz baja para que solo yo la oyera.

—Te lo contaré luego, cuando estemos a solas. Si lo hago ahora, te caes del caballo —le dije, poniendo una mueca que ella conocía muy bien, porque siempre la ponía cuando estaba alterada.

—Solo dime que estás bien. —Me agarró el brazo y lo acarició para que supiera que, pasara lo que pasara, ella siempre estaría a mi lado.

—Estoy que me va a explotar la cabeza, te lo juro, y viendo eso me está entrando una mala hostia que no veas —le dije, señalando hacia Evan y Amber.

—Cuando Amber vivía aquí lo hacían muy a menudo. Solían salir a cabalgar casi a diario y la mayoría de las veces acababan echando una carrera. No se lo tengas en cuenta, creo que le ha podido la emoción de ganarnos a todos —me dijo Madison, que me había oído decir mi último comentario a Nora.

—Si tanta emoción le ha nublado hasta la vista, ¿por qué no se ha dado cuenta de que su novia ha llegado sola minutos después que los demás? —añadió Max, malhumorado y con ironía.

—Volvamos a las cuadras —dijo Nora, y se le notaba que su cabreo se estaba poniendo al mismo nivel que el mío.

—Sí, volvamos. ¿Qué os parece si, en vez de esperar a esta tarde para ir a Surrey, nos vamos después de darnos una ducha y comemos en algún restaurante de allí y luego ya vamos de tiendas y a dar un paseo por la ciudad? —nos propuso Madison muy contenta, dando palmaditas como si hubiera tenido la mejor idea del mundo.

Los tres soltamos una carcajada y su marido, además, negó con la cabeza como si no tuviera remedio.

—Me parece una idea estupenda —contestó Nora—. ¿Tú qué dices, Alba?

—Que nos vamos a Surrey —respondí.

Los gritos de alegría de Madison, por haber aceptado sus planes, hicieron que varias personas se volvieran a mirarnos, entre ellas Evan.

Todos tuvieron la misma idea que nosotros: ya era hora de volver a las cuadras y dar por finalizado el paseo. Empezaba a calentar bastante y estar allí, a pleno sol, no podía ser bueno. De la misma manera que habíamos hecho el camino de ida entre risas y charlas, hicimos el de vuelta, con la única diferencia de que Evan, todo el trayecto hasta las cuadras, se lo pasó hablando con Amber.

Capítulo 24

Dejamos los caballos a los mozos y pusimos rumbo al hotel. Antes de llegar, Evan me agarró por el codo, sobresaltándome porque no lo esperaba. Me di la vuelta y su cara era de enfado. *¿En serio?*, me dije a mí misma. Él, que se había pasado todo el camino hablando con su ex, dejándose manosear, ni se enteró de que había llegado más tarde y, encima, se ofende.

—Eres la única que no me ha felicitado por mi victoria —me recriminó.

—Será porque no te he visto ganar —le dije, encogiéndome de hombros—. Además, ya tenías a quien te felicitara —añadí, soltándome de su agarre.

Apreté el paso y me volví a poner a la altura de Nora, que me interrogó con la mirada y, de la misma forma, le contesté que después se lo contaría.

Nada más cruzar la puerta del vestíbulo, Amber nos sobrepasó y se volvió sin decirme nada, pero la mirada de malicia que me dedicó me lo dijo todo, creyéndose vencedora al haberse acercado a Evan.

Llegamos a los ascensores y Evan nos dio alcance. Max, al verlo acercarse, le preguntó:

—Evan, vamos a ir ahora a Surrey y comeremos allí. Te apuntas, ¿no?

—Tengo trabajo —le contestó serio.

Madison, al oírle, me miró y yo solo pude alzarme de hombros; no sabía ni qué decirle.

—Pero lo puedes dejar para después —insistió Max.

—No, no puedo. Perdonadme, he olvidado decirle algo a la chica de la recepción. Nos vemos en la cena —dijo, dándose la vuelta y dejándonos allí a los cuatro plantados, mirándole cómo se alejaba.

Ni un beso, ni un adiós, ni ahí te parta un rayo. Apreté los dientes y los puños del enfado, porque ya me estaba empezando a cabrear de veras. ¿Qué coño le pasaba a este hombre? ¿Era bipolar o qué?

—¿Qué le pasa? —le preguntó Madison a su marido.

—No tengo ni idea. Sabes que es muy cerrado; si no quiere hablar, no hablará. Solo lo hacía con Cameron y ahora no están en su mejor momento —le contestó.

Eso sí que me sorprendió. ¿Desde cuándo los hermanos se llevaban bien? Sería desde que salimos del internado, porque allí dentro nunca pareció que tuvieran una relación muy fluida.

—Alba, ¿ha pasado algo entre vosotros? —me preguntó Madison.

No supe qué contestar, porque la verdad es que no tenía la más remota idea de lo que pasaba.

—No lo sé. Supongo que, como ha dicho Max, cuando quiera hablar conmigo o con quien sea, lo hará. Yo no le voy a presionar —respondí.

Buena respuesta para salir del paso, me dijo Nora con la mirada.

Nos despedimos del matrimonio cuando se bajaron en su planta, quedando en vernos cuarenta y cinco minutos después en el vestíbulo para irnos a Surrey. Max había traído desde Londres su propio coche, así que ni siquiera teníamos que pedir uno a Evan o un transporte alternativo.

Nora y yo llegamos a mi habitación y, como había supuesto, no se iría a la suya hasta que le contara hasta el último detalle de lo que había pasado.

Nada más abrir la puerta, ahí estaba otro sobre. Me agaché para cogerlo y, al levantar la mirada, Nora ya estaba tan emocionada por abrirlo como yo. Rasgué la solapa mientras Nora cerraba la puerta, dejándonos protegidas de miradas indiscretas.

Saqué la grulla y, por primera vez entre las novecientas noventa y cuatro que había recibido hasta ese momento, no era blanca. Todas las anteriores lo habían sido siempre. Aquella, en cambio, era de un amarillo intenso y venía, además, acompañada de una nota.

«El color amarillo simboliza felicidad; esa es la que yo siento en mi corazón cuando te veo.
También luz, la que eres para mí en mis días más grises, que solo con ver tu sonrisa se vuelven de color.
Solo faltan seis y te diré quién soy.»

—Joder… Alba, qué bonito, por favor —me dijo Nora, que estaba leyéndolo a la vez que yo por encima de mi hombro.

—Sí que lo es —le contesté emocionada, mientras guardaba el sobre en mi maleta como si se tratara del mayor de los tesoros.

—Habrá que esperar a la siguiente. Ahora cuéntame qué coño ha pasado en el prado, ¿por qué has venido más tarde? Y después, ¿qué ha pasado con Evan? Porque, chica, esto parece una telenovela de esas de las tres y media de la tarde. —Sacó una botella del pequeño frigorífico que teníamos cada una en nuestra habitación y se sentó en una de las dos sillas que había alrededor de la mesa, al lado del ventanal de la terraza.

Me acerqué a coger otra botella y me senté a su lado.

—Estaba con Cameron, por eso he llegado más tarde —le solté así, sin anestesia ni nada.

El grito que pegó, llevándose las manos a la boca totalmente alucinada, me hizo reír.

—Tranquila, ¿vale? No me hizo nada, si es lo que estás pensando. La verdad es que solo habló y, si hubieras estado delante, habrías alucinado mucho más que ahora. Ese de esta tarde no era el Cameron que conocemos —añadí, dejándola todavía más alucinada.

—Empieza desde el principio y no te dejes ni una coma —me pidió, ansiosa.

Cogí aire y empecé a contarle todo tal y como había pasado, sin dejarme nada, tal y como me había pedido. Cómo sujetó las riendas de mi caballo para no dejarme marchar, su ruego para que le escuchara y todo lo que me soltó con un mensaje que parecía oculto, haciéndolo como si de un juego de palabras se tratara, usando el ajedrez. Lo que más dejó a Nora con la boca abierta fue la despedida, cuando se refirió a que estaba preciosa subida al caballo, pero que lo estaba más en la moto.

—¿Cuándo mierda te ha visto Cameron subida en una moto? —me preguntó Nora, que seguía tan perpleja que apenas pestañeaba.

—No tengo ni idea. Las redes sociales las tengo privadas y a España no creo que haya ido para verme conducir. Como no tenga mi número de teléfono, a saber por qué razón, y haya visto mi foto de perfil de WhatsApp, no le encuentro otra explicación posible por más vueltas que le doy.

—¿Y todo ese rollo del ajedrez a qué viene? Ya sabes que yo no sé jugar, pero creo que ha querido advertirte de algo. La pregunta es: ¿por qué? Es decir, es Cameron, el mismo que durante cuatro años te hizo la vida imposible y que desde que hemos llegado aquí ha sido un grosero. Yo no me fiaría ni un pelo de él, Alba. Este ha visto que estás bien con su hermano y quiere joderte a ti y, de paso, a él también, armando algún lío.

Las palabras de Nora me calaron hondo, porque yo había pensado lo mismo desde que desapareció en el claro, pero había una parte dentro de mí que me decía que la respuesta no era tan fácil como creer eso, que ahí había algo más.

—No sé ni qué pensar de todo esto, Nora. Te juro que tengo la cabeza como un bombo. Con lo a gusto que estábamos nosotras en España, tengo la

sensación de que aquí se va a liar una muy gorda y que la que va a salir escaldada voy a ser yo.

—Ya sabes que no tienes ni que decírmelo dos veces; con que me lo digas una vez, nos vamos. Soy capaz hasta de largarme de aquí sin las maletas ni nada —me dijo, bromeando para quitarle hierro al asunto y hacerme reír.

—Esperaremos a ver qué pasa, pero mantendremos los ojos bien abiertos, porque aunque no me fíe mucho del consejo de Cameron, es más o menos lo que me ha querido decir con su mensaje.

—Perfecto, le diré a mi vena cotilla y curiosa que se active al cien por cien —me dijo, haciéndome reír de nuevo—. ¿Y con Evan qué ha pasado? Porque, chica, parecía que sus días de rarito habían quedado atrás, pero después de lo del ascensor parece que han vuelto —añadió, poniendo los ojos en blanco.

Le conté que me dijo, enfadado, que no le había felicitado y también la contestación a modo de reproche que le di. Y que no habíamos hablado nada más; después había venido lo que ella ya había visto en el ascensor.

—Amber no va a dejar de perseguirlo, intentando que la perdone y vuelva con ella, lo sabes, ¿no? —me dijo, apretando los puños por el enfado que empezaba a formarse dentro de ella.

—Lo sé. Solo espero que eso no pase, porque como así sea, me voy a pegar una hostia de campeonato —le contesté, más enfadada que triste, como debería ser.

—Si caes, yo te sostengo —me dijo, agarrando mi mano—. Y después patearé unos cuantos culos —añadió muy convencida.

—Gracias por estar ahí siempre, Nora —le dije, apretando su mano.

—Igual que tú para mí. —Me devolvió el gesto, y las dos nos miramos cómplices.

Capítulo 25

Nos montamos los cuatro en el coche de Max bastante animados por el día emocionante que nos esperaba. No volvieron a sacar el tema de Evan y se lo agradecí; no tenía ganas de darle vueltas a lo mismo una y otra vez. Solo tenía ganas de pasar un buen día rodeada de buenos amigos.

Lo primero que hicimos al llegar fue dar un paseo por las calles de Surrey. Era pronto para comer y, mientras paseábamos por todas sus calles, fuimos viendo los diferentes restaurantes que había por la zona del centro; nos llamó mucho la atención uno de comida india y, como a todos nos gustaba, decidimos que, al finalizar el paseo, comeríamos allí.

Las costumbres en el país en el que estábamos eran diferentes a las de España; allí se comía mucho más temprano que en nuestro país. Nora y yo, en ese sentido, no teníamos ningún problema para adaptarnos a esos horarios: ya lo habíamos hecho durante cuatro años, así que por unos días sueltos no pasaría nada. Lo que no queríamos, en ningún caso, era que Max y Madison tuvieran que cambiar sus rutinas por nosotras.

Entramos en el restaurante a las doce y media y nos sentamos en una mesa situada en la planta de arriba, desde donde se dominaba toda la plaza central de Surrey. Desde allí podíamos ver a la gente ir y venir, ajena a nuestras miradas curiosas, mientras la vida seguía su curso bajo nuestros pies.

Nos pusimos de acuerdo los cuatro en pedir platos para compartir. Pedimos más de diez platos distintos y, en un principio, pensamos que nos habíamos

pasado pidiendo tanta comida; sin embargo, poco a poco todo fue desapareciendo y, como se suele decir, no dejamos ni las migas.

Con los estómagos llenos, Max y Madison, que conocían bien la zona, nos llevaron a las mejores tiendas para comprar recuerdos. Las dos queríamos llevar algo a mi padre y a Jorge. También compramos unas cuantas cosas para nosotras y, cómo no, hasta a Gizmo le compramos una mantita que tenía un tacto tan suave que estaba segura de que le iba a encantar a mi gato mimoso. Madison y Max compraron alguna cosilla para sus padres, pero sobre todo para su hijo; en especial, un sonajero artesanal de madera tan bonito que hasta yo estuve tentada de comprarme uno para mí.

Lo último de la lista fue pasar a alquilar la moto. No tenían una como la mía, pero sí una de la misma cilindrada y con características muy similares. Me monté en ella para probarla y, al sentirme cómoda desde el primer momento, no probé ninguna más. Para ir acostumbrándonos, Nora volvería conmigo de paquete hasta el hotel. Elegimos buenos cascos; el resto del equipo, como los guantes y la cazadora que solíamos ponernos cuando íbamos juntas, lo teníamos en el hotel, guardado en nuestras maletas.

A las seis de la tarde, cansados y con un descenso considerable en nuestras cuentas corrientes, decidimos volver al hotel. Llegaríamos justos para darnos una ducha y bajar al comedor para la cena.

Nora y yo disfrutamos del paseo hasta el hotel; no había apenas coches en el camino final por la carretera secundaria que llevaba hasta él, así que probamos un poquito la velocidad, aunque sin pasarnos.

Subimos directamente a nuestras habitaciones; nada más entrar, el siguiente sobre allí estaba esperándome. Cada vez que recibía uno, una emoción enorme se apoderaba de mí. Lo abrí con cuidado y saqué la grulla de su interior; esta vez era de color azul y, por supuesto, una nota la acompañaba.

«El color azul simboliza confianza, esa que espero que algún día tengas en mí; también calma y serenidad, como la que siento cuando te pienso. Aunque la que más me gusta es la lealtad, como la que tiene mi corazón hacia ti: nunca podrá ser de nadie más.

Solo faltan cinco y por fin todo acabará».

Dios mío, cada vez se ponía más intenso y yo cada vez más nerviosa; esas notas cada vez me tenían más enganchada y solo tenía ganas de que llegara la siguiente.

Me di una ducha rápida; no quería hacer a los demás esperar, así que me trencé el pelo para no tener que estar dándole forma y perder el tiempo. Me puse un vestido fresquito por debajo de las rodillas y unas sandalias planas.

Media hora después de haber llegado, Nora y yo salimos a la vez de nuestras habitaciones para bajar a cenar.

—Había otro sobre cuando he llegado —le dije susurrando a Nora antes de entrar en el ascensor.

—¿Sí? ¿Era de color? —preguntó emocionada.

—Azul y con una nota. Lo que ponía, Nora, era increíble. Ya te lo enseñaré; vas a flipar.

—Cuando termine, lo vas a echar de menos. ¿Crees que puede ser Evan el que te las manda? —me preguntó.

—Lo he pensado, pero algo me dice que no es él. No te sabría decir el motivo, pero es como un presentimiento que me dice que cuando esa persona dé la cara, me voy a llevar la sorpresa de mi vida.

—Pues si crees que no es Evan, Max tampoco es, eso está claro; Cameron descartado por completo. Ya solo nos quedan doce candidatos a descartar —dijo pensativa—. Porque no creo que sea una mujer, aunque tampoco podemos descartarlo —añadió.

—No es una mujer; por cómo escribe en esas notas, eso es lo único que tengo claro —le contesté muy segura.

—Creo que estoy yo más intrigada que tú en saber quién es. ¿Crees que te dará las cinco que faltan antes de que acabe el evento? —*Ella estaría intrigada, pero yo estaba de los nervios*, pensé.

—Al ritmo que va, así es; me ha dado cinco en dos días. Quedan un par de días para que acabe el evento; me las dará, o eso espero —le dije dudando un poco de mis palabras.

Dimos por zanjado el tema cuando entramos en el comedor; como todas las veces anteriores, Max y Madison ya estaban sentados en nuestra mesa.

—Sois muy rápidos, siempre llegáis antes que nosotras —dijo Nora riéndose.

—Tener un hijo te hace espabilar y hacer todo a contrarreloj —le contestó Madison, riéndose.

—¿No viene Evan a cenar? —me preguntó Max.

—Sabes lo mismo que yo; no he hablado con él desde que nos fuimos esta mañana. Así que no lo sé —le contesté encogiéndome de hombros.

—Pues yo tengo un hambre que me caigo. ¿Le esperamos o vamos cenando? —nos dijo Nora.

—Yo también tengo hambre; vamos cenando y, si viene, que se una —dijo Max, levantándose para ir a coger la cena, y los demás le seguimos.

Acabamos de cenar y Evan no había dado señales de vida; todos estábamos cansados por el día de caminata que habíamos pasado en Surrey, así que decidimos retirarnos a descansar. Al día siguiente sería el día del baile y también sería un día bastante ajetreado; necesitaban descansar lo más posible.

Nora se bajó en nuestra planta y yo seguí una más hasta la habitación de Evan. No sabía si estaría todavía trabajando, pero que no hubiera bajado a cenar y que ni siquiera me hubiera enviado un triste mensaje en todo el día me tenía preocupada. *¿Tanto le duraba el enfado?*, me pregunté.

Llamé varias veces a la puerta, pero nadie contestó, así que di por hecho que no estaba allí. Pensé en varios lugares en los que podría estar, el salón de relax o la bodega, por ejemplo.

Volví a tomar el ascensor y bajé hasta la recepción. Me encaminé por el mismo pasillo que Evan me había llevado el día anterior hasta la sala de relax. Al llegar a la puerta vi que había luz dentro; giré el pomo de la puerta y entré despacio. Recorrí la estancia con la mirada. Al ver a la persona que estaba dentro, mi cuerpo se tensó de inmediato.

—Has encontrado al hermano equivocado, ¿no es cierto? —me dijo Cameron, que estaba sentado en uno de los sofás tomando una copa de *whisky*.

—Estaba buscando a Evan, pero ya veo que no está aquí. Sigue a lo tuyo, siento la intromisión. Seguiré buscando en otros sitios —le dije, dándome la vuelta para marcharme, pero su voz me detuvo.

—No te molestes, no lo vas a encontrar en otro sitio. No está en el hotel. —Mientras que sus palabras salían de su boca, se había levantado y había caminado hasta mí.

—¿No está en el hotel? —le pregunté dudando, porque la palabra de Cameron valía menos que nada para mí.

—Está en Londres; mi padre lo ha llamado porque quería hablar con él de algo importante. No volverá hasta mañana. —Por primera vez en la vida vi sinceridad en su mirada y eso me sorprendió mucho.

—Gracias por la información; sabiendo esto me iré a dormir —le contesté e intenté girarme de nuevo, pero otra vez su voz me lo impidió.

—Alba, ¿quieres…? —Empezó a decir, pero su pregunta se quedó en el aire; en cambio, añadió—. No importa, no es nada. Que descanses.

No sé qué me impulsó a querer saber qué era lo que me quería preguntar, pero no quería quedarme con la intriga. Así que mis palabras salieron por mi boca casi sin permiso.

—Acaba la pregunta —le pedí.

—No importa, de verdad; era una tontería —dijo rascándose la nuca.

—De tu boca he oído miles de tonterías; por una más no voy a asustarme. Habla —le dije en tono de exigencia, mirándole muy seria.

—Solo quería preguntarte si querías jugar una partida conmigo —dijo señalando el tablero de ajedrez que había encima de la mesa, el mismo que Evan y yo habíamos usado el día anterior, que nadie había recogido aún, aunque las piezas sí estaban colocadas en su sitio, preparado para empezar una partida nueva.

—Como has podido comprobar, era una tontería; no te molesto más —añadió, dándose la vuelta hacia el sofá donde estaba sentado cuando entré.

No lo hagas, Alba, me dijo una voz dentro de mí. Pero yo no la escuché; en vez de eso, retiré la silla en la que había estado sentada la noche anterior y me acerqué a la mesa. En ese lado estaban las piezas blancas y serían con las que jugaría. Cameron pensó que, al moverme, lo que había hecho era salir del salón; por eso, cuando oyó mi voz, pegó un respingo sobresaltándose y se giró de golpe.

—Juegas con negras; yo he elegido las blancas. —Me miró con los ojos como platos cuando me vio sentada en la silla, esperando a que él se sentara para poder empezar a jugar.

—¿Estás segura? —No le contesté; solo asentí y, al ver mi gesto, vino con rapidez y se sentó en la silla enfrente de mí.

—Blancas salen —añadió acercando su silla.

—¿Sabes jugar? Porque, déjame que lo dude, en el pasado no entraste en la sala de ajedrez ni una sola vez —le pregunté, porque era cierto: en cuatro años nunca le vi allí y que ahora supiera jugar era algo que me tenía intrigadísima.

—Que tú no me vieras no significa que no entrara. Te puedo asegurar que lo hice incluso más que tú —respondió con sinceridad; esa revelación me sorprendió tanto que le miré con una ceja arqueada—. No se me da mal —añadió mirando el tablero.

—Eso lo comprobaremos ahora mismo —le dije, alargando mi mano para mover el primer peón.

La partida comenzó lenta, sin muchos sobresaltos, pero a medida que avanzaba me fui dando cuenta de que no solo no se le daba mal, como había dicho, sino que era buenísimo. Intenté ponerle contra las cuerdas varias veces, pero nada pareció funcionar; a todas mis jugadas para amedrentarle les encontraba enseguida solución. Apenas quedaban diez piezas en el tablero cuando, en vez de mover, se cruzó de brazos.

—¿Por qué no mueves? —le pregunté, extrañada.

—Cierra los ojos y mira el tablero en tu cabeza, como haces siempre que juegas y se acerca el final —me pidió a media voz, sin apartar su mirada de mí.

Hice lo que me pidió y solo me bastaron unos pocos segundos para ver lo que él hacía rato que ya había visto. Alargué mi mano y, como una buena perdedora, tumbé mi rey, dándole la victoria —muy merecida, por cierto— a un Cameron que me miraba sonriente.

—Muy buena partida. Hacía años que no me batía con nadie que me ganara con tan buenas jugadas —le dije, extendiendo mi mano para estrechársela.

—Has perdido por hacer el enroque dos jugadas antes de tiempo; si no hubiera sido así, el rey que estaría tumbado sería el mío —me contestó estrechándome la mano. Era la primera vez que nuestras pieles se tocaban y los dos las retiramos a la vez por el calambre que nos traspasó; nos miramos y nos echamos a reír.

—No me importaría repetir otro día, si quieres —dijo señalando el tablero.

—Cuenta con ello, he disfrutado mucho de la partida —le dije, levantándome para marcharme y dándole las buenas noches antes de salir del salón. Él simplemente asintió con la cabeza, deseándome lo mismo.

Capítulo 26

Esa noche dormí muy inquieta, no sabría decir muy bien por qué. Evan se había marchado, según me dijo Cameron, a Londres a reunirse con su padre, cosa que me parecía estupenda, pero ni un mensaje ni una llamada para decírmelo, pues qué queréis que os diga, no me había sentado muy bien.

Me levanté de la cama y salí a la terraza para ver el amanecer; no era como verlo al lado de las viñas, pero también era precioso el paisaje que se extendía ante mis ojos.

—Veo que no has perdido las buenas costumbres de ver el amanecer todos los días. —Me giré con la boca abierta para ver, en la terraza de al lado, a Cameron apoyado en la barandilla, mirando al horizonte como estaba haciendo yo.

No tenía ni idea de que su habitación estaba pegada a la mía; en el otro lado estaba Nora y, por supuesto, en ese tenía que haber alguno de todos los compañeros que se alojaban en el hotel, pero nunca me imaginé que podría ser él. Solo llevaba un pantalón corto de deporte y arriba absolutamente nada; eso me hizo tragar saliva. Tenía el pelo despeinado y, por primera vez desde que le conocía, no llevaba gomina; eso me hizo soltar una risilla.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me preguntó, pero no de malas maneras, sino asombrado de que me estuviera riendo.

—Es que estoy alucinada; es la primera vez que te veo despeinado y sin gomina. Estoy hasta por hacerte una foto para dejar constancia de este hecho

insólito —le dije aguantándome la risa, pero Cameron me sorprendió soltando una carcajada.

—No me gusta dormir con la gomina; siempre me ducho antes de irme a la cama —me explicó y no sé por qué, pero me lo imaginé en la ducha y un calor me recorrió todo el cuerpo.

—¿Y qué haces levantado tan pronto? —le pregunté, porque la mayoría de la gente, sobre todo si estaba de vacaciones, no solía levantarse antes del alba.

—Pues supongo que lo mismo que tú, ver el amanecer. No eres la única a la que le gusta. En Londres también lo hago, pero no tiene ni punto de comparación con verlo aquí.

—¿Cómo sabes? —le pregunté extrañada, porque supiera que me gustaba ver el amanecer. Supuse que se lo habría contado su hermano, porque si no, otra explicación no le encontraba.

—¿Que te gusta ver cómo amanece? Durante cuatro años en el internado, fueron pocos días los que te perdiste alguno; eso me dio una pista de lo mucho que te gustaban. —Toma ya, esa respuesta sí que me dejó perpleja; por nada del mundo habría esperado que él supiera una cosa así de mí.

—Aún faltan unos minutos; espera aquí, por favor, ahora vuelvo —me dijo entrando por la puerta de la terraza al interior de la habitación.

¿Se estaría drogando? ¿O era bipolar?, me pregunté. Este no era ni por asomo el Cameron que yo conocía. Ese otro Cameron era odioso, altanero, prepotente y un mal bicho de manual. Y este que acababa de hablarme, así como también lo había hecho la noche anterior, era amable, educado y hasta parecía humano. Esto no podía ser real; estaría tramando algo y, cuando volviera, el otro seguro que venía con más fuerza y volverían las malas palabras, los insultos y las malas formas. *No te fíes de él, Alba*; esas palabras se repetían una y otra vez en mi cabeza.

Volvió a salir a la terraza con dos tazas de café en la mano y eso sí que ya me acabó de matar. Me acercó una y dudé si cogerla o no. Cameron, al ver la duda en mis ojos, apretó los dientes, pero no dijo nada. Dejó la taza que era

para mí en la poyata de la barandilla y se apoyó como estaba minutos antes, empezando a tomarse la suya.

—No te he echado drogas ni nada parecido, pero si no te lo quieres tomar, no importa. Entiendo que dudes —me dijo sin mirarme.

—No he pensado… —No me dejó terminar de hablar.

—Sí lo has pensado, y con toda la razón del mundo. El cabrón de Cameron no puede tener un gesto amable con nadie sin una intención oculta para luego hacer una de las suyas. —Cuando dijo eso de él mismo no pude contestarle nada, porque era exactamente lo que pensaba de él. Que no era justo, puede, pero su fama le precedía y cuatro años de ver su peor lado no se me borran de la cabeza por una partida de ajedrez y un café.

Cogí el café un poco reticente y me apoyé en la barandilla igual que estaba él. Ya no hubo más conversación, solo sorbos de café mientras los minutos pasaban. El sol empezó a salir y los dos nos quedamos enganchados mirándolo como daba paso a un nuevo día.

La claridad del día se hizo presente; con el café terminado y el silencio rodeándonos, ese que solo se rompía de vez en cuando por algún pájaro que piaba a lo lejos. Dejé la taza en el mismo sitio que Cameron me la había puesto cuando la sacó de su habitación y, antes de entrar en la mía, le dije:

—Gracias por el café y la charla.

No se giró para mirarme, ni tan siquiera se movió; se quedó allí apoyado, mirando al vacío, perdido en sus pensamientos.

—Gracias a ti. Que tengas buen día, Alba. —Su tono de voz era mucho más bajo de lo habitual, como si no quisiera decirlo más alto por si alguien le oía y, al saber que había sido amable, sobre todo conmigo, su reputación de gilipollas se echaría a perder.

Entré en la habitación y, en ese momento, al ver ya luz en la estancia, me fijé en la puerta de la entrada: alguien, mientras dormía, había deslizado un nuevo sobre por debajo de la puerta. En dos zancadas llegué hasta allí y me agaché para cogerlo. Me senté en la cama y lo abrí con cuidado. Dentro había

una grulla de color verde y una nota doblada que desdoblé de inmediato para leerla.

«El color verde simboliza esperanza, esa que nunca pierdo en que algún día me veas como realmente soy. También crecimiento, ese que, si tú quisieras, podríamos tener juntos en la vida y, por último, equilibrio, el que espero que nuestros corazones encuentren juntos y latan al compás.
Solo faltan cuatro; el final cada vez está más cerca.»

Guardé el sobre a buen recaudo y me fui a darme una ducha. En media hora había quedado con Nora para bajar a desayunar, donde nos encontraríamos con Max y Madison. El día anterior quedamos en que esa mañana la pasaríamos en el *spa*; queríamos estar relajados para por la noche darlo todo en el baile.

Me puse uno de los bikinis que había llevado debajo de la ropa; así, después de desayunar no tendría que volver a cambiarme. Unos pantalones cortos y una camiseta ancha completaron mi look. Me calcé las sandalias planas que había usado el día anterior y, después de coger el móvil y el bolso, salí de la habitación para ir a buscar a Nora.

—Buenos días, bella durmiente —le dije cuando me abrió la puerta al ver la cara de dormida que tenía.

—En la vida entenderé cómo puedes estar tan fresca por las mañanas y encima, sin tener que ir a trabajar, te levantes antes de que amanezca —me dijo bostezando.

—Cuando te cuente todo lo que me ha pasado desde que nos despedimos anoche, se te va a quitar el sueño de golpe, te lo aseguro —le dije misteriosa; ese era el punto débil de Nora, el cotilleo, y sabía que, al decirle eso, todo su cerebro, ese que aún estaba dormido, se despertaría de golpe para no perderse ni un detalle de lo que le fuera a contar.

—Si me vas a contar la maravillosa noche que has pasado con Evan entre las sábanas, creo que no quiero saberlo. Entiende que tu tío está muy lejos y una está a pan y agua —me dijo resoplando.

—¿Y si te dijera que a Evan no lo he visto porque no está en el hotel, sino en Londres con su padre, y que con el que estuve hablando anoche y jugando al ajedrez fue con Cameron?

»Y que, además, es mi vecino de habitación y esta mañana, mientras estaba viendo el amanecer, él también lo estaba haciendo; me ha sacado una taza de café y lo hemos visto juntos. ¿Eso sí quieres saberlo?

»Ah, y se me olvidaba: tengo otra grulla de color verde con una nota que, cuando la leas, te vas a caer de culo —le solté todo así, del tirón.

Cuando empezó a procesar la información, empezó a boquear como un pez sin poder articular palabra y yo me empecé a reír al ver los gestos dramáticos que tenía.

—¿Me estás vacilando? ¿Cameron? ¿Cameron Turner? ¿Ese Cameron sabe jugar al ajedrez y también sabe ser amable y te invita a un café? Si me pinchan ahora mismo, ni gota de sangre me sale. Alba, ¿tú estás segura de que estamos en Surrey y no en una dimensión alternativa o algo así?

No se pudo estar quieta; paseaba por la habitación haciendo aspavientos con las manos mientras me decía todo eso, y es que, de verdad, no era para menos, porque yo también empezaba a pensar que estábamos en otra galaxia.

—Pues si tú estás alucinada y solo te lo estoy contando, imagínate yo vivirlo en primera persona. Te diré más: no es que juegue al ajedrez, es que el tío es buenísimo, el mejor jugador que he conocido. Yo he estado pensando que se droga o que es bipolar; con eso te lo digo todo.

—Ten cuidado, Alba, ese tío está tramando algo. Ese comportamiento no es normal; lo mismo quiere joder a su hermano y te quiere utilizar a ti. A saber, con la mente tan retorcida que tiene, yo ya me espero cualquier cosa —me dijo preocupada, y yo asentí dándole la razón.

Capítulo 27

Desayunamos los cuatro juntos, recordando los mejores momentos que pasamos el día anterior en Surrey. Max me rogó varias veces, con las quejas en broma por parte de su mujer, que le diera una vuelta en la moto que alquilé. Al final, de tanto ver los pucheros que puso y que nos hicieron reír hasta que se nos saltaron las lágrimas, fue la propia Madison la que me pidió que me lo llevara a que le diera el aire antes de irnos al *spa*.

Salimos los cuatro a la puerta del hotel y ellos me esperaron allí mientras yo cogía la moto del aparcamiento cubierto donde la había dejado el día anterior. Tuvimos suerte, porque el casco de Nora, aunque un pelín justo, le valía a Max; si no, se hubiera quedado sin paseo. Ante todo, lo primero era la seguridad y en la vida se me hubiera ocurrido llevar a nadie que no llevara uno.

Estábamos ya los dos montados, preparados para salir, cuando un coche se acercó por nuestro lado y paró en la puerta del hotel. La cara de Nora y Madison se transformó en auténtica incredulidad; a Max le noté removerse en el asiento de la moto. Estaba tan pegado a mí, ya agarrando mi cintura, que hubiera sido difícil no hacerlo. Volví la cabeza para ver lo que los demás estaban viendo y yo no, y se me cayó el alma a los pies.

Del coche que había parado a pocos metros de nosotros se bajaron Evan y Amber, riéndose, como si uno de los dos hubiera dicho lo más gracioso del mundo. Cuando vieron a los cuatro mirándolos con la boca abierta —sí, porque Max y yo no nos habíamos bajado las viseras del casco aún y se nos veía la cara muy bien—, la cara de Amber al ver las nuestras fue de auténtica

victoria, y la de Evan pasó por varios estados en pocos segundos: primero incredulidad al vernos allí, luego pesar y, por último, vergüenza.

Con que esas teníamos… pues de puta madre, pensé. Pues si quería volver con ella, ¿por qué narices me había soltado a mí toda esa sarta de mentiras? Los ojos se me llenaron de lágrimas, pero, como siempre, ahí estaba Nora para ayudarme.

—¡Alba! —me dijo alzando la voz para que la mirara a ella—. No —añadió, y solo esa palabra surtió el efecto necesario para que le hiciera caso. No le hacía falta darme un sermón para que entendiera lo que me quería decir con esas dos letras. No se llora por nadie que no se lo merece.

—Max, bájate la visera y agárrate fuerte —le dije apretando con fuerza los puños en el manillar de la moto.

—Alba, si no estás bien, lo dejamos para otro momento —me contestó con un poco de miedo.

—Tranquilo, Max, conducir en estos momentos es lo que mejor le va a venir. En cuanto arranque, todo lo demás desaparecerá y solo estará la carretera, la velocidad y ella. Confía en mí, sé de lo que hablo —le dijo Nora muy segura, porque me conocía mejor que nadie y todo lo que le dijo era cierto.

Max bajó mi visera, la suya, y se agarró fuerte a mí como le había pedido. Bajo la atenta mirada de todos, pegué un acelerón y salimos de allí a gran velocidad, dejando tras nosotros una nube de polvo.

Dos horas estuvimos fuera conduciendo sin rumbo; solo paramos para repostar y tomar un café rápido. Max no se atrevió a preguntarme nada mientras tomábamos el café, apoyados en un mirador que tenía unas vistas preciosas. Pero, como le vi preocupado, sin dejar de mirarme de reojo, no quise que se quedara así. Le aseguré que estaba bien, que solo había sido el impacto del momento, que ya no era aquella chiquilla del pasado que dejaba que la pisaran y que no pensaba dejar las cosas pasar como si tal cosa. En cuanto llegara al hotel hablaría con Evan, y ya podía tener una buena explicación para lo que había pasado; si no, tenía claro que, por mucho que me gustara y aunque le quisiera, no pensaba dejarle que jugara conmigo.

A la vuelta dejé que fuera Max el que me llevara a mí. La cara de emoción que puso cuando le ofrecí que condujera él me hizo reír; se puso hasta a bailar como un niño pequeño, dando palmas y todo.

Llegamos al hotel y Max preguntó a la chica de la recepción si por casualidad sabía si Nora y Madison estaban todavía en el *spa*. Le dijo que sí y los dos decidimos que nos uniríamos a ellas en cuanto pasáramos por la ducha de nuestra habitación para quitarnos el polvo del camino.

Al entrar en la habitación, un sobre me esperaba en el suelo. La sonrisa me salió sola; sin lugar a duda, esos sobres estaban siendo lo mejor de todo el viaje. De alguna manera inexplicable me hacían sentir querida por alguien del que no sabía su identidad, pero que estaba deseando conocer. Solo esperaba que, llegado el momento, no me llevara el chasco de mi vida.

Saqué la grulla y la posé en mi mano; era hermosa, como todas las demás, pero al ser de color la hacía todavía más única y especial. Desdoblé la nota que la acompañaba y cogí aire antes de leerla; mi estómago revoloteó de tal manera, como si tuviera todas las grullas dentro volando.

«El color morado significa realeza; tú eres mi reina y espero que algún día me dejes ser tu rey. También misterio, ese que envuelve toda esta historia desde hace más de una década. Por último, dicen que se asocia con un amor prohibido o secreto, que es justo lo que tú eres para mí.
Solo estoy a tres pasos de ti».

Cómo echaría de menos esos momentos cuando todo acabara; esas notas me llenaban el alma y hacían que mi corazón bombeara aceleradamente. Cuando acababa de leer una, ya tenía ganas de que llegara la siguiente.

Llegué al *spa* y en uno de los *jacuzzis* estaban metidos Nora, Max y Madison. Dejé mis cosas en una de las hamacas y me uní a ellos.

Nada más entrar, las chicas me preguntaron si estaba bien. Sinceramente, no sabía ni qué contestar. Estaba enfadada, un poco triste, pero sobre todo decepcionada. Quisieron saber qué tenía pensado hacer y les dije lo mismo que a Max: que cuando termináramos allí iría a hablar con Evan.

Estuvieron de acuerdo en que lo hiciera; las cosas no se podían quedar así. Aunque me aseguraron que, después del chasco que se llevó Evan con Amber, tenía que haber una razón muy poderosa para que los dos viajaran juntos en el coche. Que a las risas que los vimos tener no les diera mucha importancia, que podían ser por cualquier cosa y no porque ellos fueran a reconciliarse; eso era algo imposible después de lo que pasó entre ellos. Dejamos el tema a un lado para hablar de otras cosas, porque vieron que me estaba rayando con toda esa situación.

Las risas que compartimos cuando Max les contó emocionado cómo había conducido la moto no tuvieron desperdicio; hasta de rodillas se puso dentro del agua, rogándole a su mujer que le dejara comprarse una.

—Creo que yo ya he tenido suficiente agua por hoy, parezco una pasa —dijo Nora saliendo del *jacuzzi*.

—Pues ya somos dos, porque tengo los dedos arrugados —añadió Madison.

—Pues vamos a subirnos ya; así, de paso, llamamos a tus padres para hablar con el niño antes de comer —dijo Max saliendo del agua y agarrando a su mujer de la mano para marcharse juntos.

—¿Alba, tú te quedas o subes ya? —me preguntó Nora.

—Voy a ir un rato a la sauna y después subiré a hablar con Evan antes de prepararme para la comida —le respondí, saliendo del agua y cogiendo una toalla para irme a una de las saunas.

—Vale, pasa a buscarme cuando estés lista; cuando me duche aprovecharé para llamar a Jorge —me dijo despidiéndose de mí con un beso en la mejilla, y le di otro de vuelta.

—Luego nos vemos, mándale un besazo fuerte a mi tío —le dije antes de que se marchara.

Con la toalla en la mano, entré en la única sauna que estaba vacía. Como estaba yo sola, me quité la parte de arriba del bikini. Apenas faltaba tiempo para que fuera la hora de comer, así que el *spa* estaba prácticamente vacío y

seguramente nadie usaría las saunas; por eso lo hice. Pero me equivoqué por completo, porque cinco minutos después la puerta se abrió y Cameron entró. Venía mirando al suelo y no se dio cuenta de que yo estaba dentro. Cerró la puerta a su espalda y, cuando levantó la cabeza para dejar la toalla que traía en la percha que había en un lateral, fue cuando se percató de mi presencia. Yo estaba mirándole con la boca abierta, sin poder reaccionar, y él se quedó de la misma manera, pero con la vista fija en mis pechos.

—Cameron —le dije chasqueando los dedos delante de su cara—, los ojos los tienes más arriba.

—¿Qué? —me preguntó, pero sin dejar de mirarme.

—¡Que dejes de mirarme las tetas, joder! —Al alzar la voz fue cuando salió del trance en el que parecía estar y subió su mirada a mis ojos. Pero la mía bajó hasta cierta parte de su cuerpo que, al llevar el bañador, se notaba mucho que había aumentado de tamaño en cuestión de segundos.

—Lo siento muchísimo, Alba —me dijo avergonzado—, pero es que, joder… es imposible no mirarte. Mi hermano tiene suerte.

—Eso no lo tengo yo muy claro; lo mismo esa suerte se le acaba hoy —le contesté mientras me ponía la parte de arriba del bikini, y él, al oír mis palabras, frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso? ¿Ha pasado algo? —me preguntó sentándose a mi lado. Total, ya qué más da, pensé; después del vergonzoso momento que habíamos pasado, lo mejor era charlar de otra cosa para normalizar la situación.

—Esta mañana ha llegado en el coche y Amber venía con él; los dos venían tan contentos, riéndose. —Cuando terminé de hablar, la ira que tenía en los ojos me recordó al Cameron que conocí años atrás, ese que por donde pasaba no dejaba crecer la hierba, y no puedo negar que me dio un poco de miedo.

—Me cago en la puta, todo el teatro que tuve que hacer no sirvió para nada. Está claro quién es el que siempre pierde —dijo, pero para él mismo, no diciéndomelo a mí.

—¿Qué has hecho, Cameron? —le pregunté preocupada, porque me di cuenta de que algo muy gordo tenía que haber sido y, conociéndole, nada bueno.

—Ser el Cameron que se espera que sea, ese al que todos conocen. Pero que no es el verdadero; el de verdad, al que nadie conoce, ese está cansado de fingir.

—No te entiendo —le dije.

—Eso no es nada nuevo —dijo con una risa sarcástica—, nadie puede hacerlo porque nadie me conoce—. ¿Has hablado con mi hermano? ¿Qué te ha dicho? —añadió.

—Voy a subir a hablar con él ahora —le dije levantándome para marcharme.

—No está. Mary le pidió ayuda con la decoración del salón del baile y hace dos horas que se fueron al colegio. Me dijo que nos veríamos allí, que se llevaba la ropa para no tener que volver.

—Bien, hablaré con él esta noche —le dije saliendo de allí muy confusa.

Capítulo 28

Subí a la habitación muy confundida. Todo lo que me había dicho Cameron no tenía ni pies ni cabeza. No entendí qué quería decir con lo del teatro ni con que le tocaba fingir, ni mucho menos eso de que nadie le conocía. *¿Qué sería lo que habría hecho?*, me pregunté. Conociéndole, nada bueno; de eso era de lo único que estaba segura, porque que hubiera sido amable un par de veces no quitaba que siguiera siendo el mismo cabrón de siempre, como él mismo me había reconocido.

Abrí la puerta de la habitación y todo lo que traía en la cabeza dándole vueltas desapareció. Mi mente, mi vista y mi corazón se alinearon para prestar atención solo a lo que tenía delante: otro sobre.

Me senté en el suelo y lo rasgué. Saqué la grulla; en esa ocasión era de un bonito naranja muy brillante. La observé durante un rato, haciéndola moverse en mi mano. La posé en el suelo con mucho cuidado y saqué la nota.

«El color naranja significa energía vital, como lo que tú eres para mí y por lo que me sigo levantando cada mañana. También se asocia a la calidez, la que me gustaría encontrar entre tus brazos. Pero, sin duda, lo que más me gusta es que es el color de la emoción; ese es el primer sentimiento que tengo cuando te tengo delante.

Esto se acaba, preciosa, solo faltan dos».

Madre del amor hermoso… este tío era un romántico, y vaya mano que tenía con la escritura. Solo con sus letras enamoraría a cualquiera; a mí me tenía ya enganchada a él sin remedio. Al ritmo que iba, solo quedaban dos

grullas y al día siguiente se acababa el evento, así que estaba segura —o al menos eso esperaba— de que por fin daría la cara y me dejaría saber quién era de una vez por todas.

Me di una ducha rápida y me trencé el pelo. Después de comer, Nora, Madison y yo nos acercaríamos a una peluquería en Surrey para estar monísimas de la muerte, como decía mi amiga, para el baile. Me puse ropa cómoda y cogí las cosas para ir a buscar a Nora. Me reí yo sola por el pasillo, pensando en la cara que iba a poner cuando le contara los últimos acontecimientos.

Me abrió la puerta con su bolso en la mano; ya estaba lista para irnos. Pero lo que quería contarle no pensaba hacerlo por los pasillos ni en el restaurante, así que me puse delante de ella y no la dejé cerrar la puerta.

—¿Qué pasa? —me preguntó, confundida.

—Entra dentro, tengo que contarte —le dije, indicándole con la mano que pasara a la habitación. Yo pasé detrás de ella y cerré la puerta.

—Joder, Alba, de verdad que no voy a poder dejarte sola. Cada vez que nos separamos vienes con noticias que me dejan patidifusa —me dijo riéndose—. Sé que con Evan no has hablado, porque cuando he subido con Max y Madison en el ascensor, uno de los chicos que ha subido con nosotros nos ha dicho que se había ido con Mary para ayudarle a preparar el baile. Así que a ver qué me vas a contar… no me digas que otra vez ha pasado algo con Cameron —añadió, frunciendo el ceño al decir el último nombre.

—Me ha visto las tetas —le solté así, tal cual.

—¿Perdona? ¿Quién te ha visto las tetas? —me preguntó con los ojos abiertos como platos.

—Cameron.

Cuando dije su nombre, soltó un gritito y se tapó la boca.

—¿Pero qué me estás contando? ¿Cuándo? ¿Dónde? Y lo más importante, ¿le has sacado los ojos o tengo que hacerlo yo? Dime que me lo has dejado

para mí, por favor, que le tengo unas ganas que me voy a emplear bien a fondo.

Le conté lo que había pasado en la sauna, cómo se quedó medio lelo mirándome y la posterior erección que presentaba debajo del pantalón. Le relaté toda la conversación que habíamos tenido, a ver si ella era capaz de ayudarme a sacar algo en claro, pero cuando terminé estaba igual de confusa que yo.

—¿Qué será lo que ha hecho? Viniendo de él no nos podemos esperar nada bueno. Y todas esas cosas que dice de que nadie le conoce, que siempre pierde alguien y eso de fingir… Madre mía, Alba, yo creo que este tío está más para allá que para acá. A ver si se medica y, al venir aquí, se ha dejado las pastillas en casa o algo y le está dando un brote psicótico o algo así. Porque esto no es ni medio normal —me dijo muy alterada.

—No creo que sea para tanto —le dije partiéndome de risa por lo peliculera que era—, pero que ha liado una muy gorda, de eso estoy segura. Y me tiene superintrigada, y si yo estoy así ni me quiero imaginar cómo estás tú, que eres la reina del cotilleo.

—Mordiéndome las uñas estoy. Joder, como no nos enteremos pronto de todo lo que está pasando, mi vena cotilla me va a explotar —me dijo, haciéndome reír más fuerte.

—Anda, vamos a comer, vieja del visillo —le dije tirando de su mano para bajar al comedor.

Por el camino le conté el contenido de la nota del último sobre que había recibido y Nora estuvo de acuerdo conmigo en que el tío que escribía esas cosas tenía una labia impresionante. Ella añadió, además, que tenía que estar muy enamorado de mí para hacer una cosa así. Los dos últimos días, sobre todo en el comedor, me había fijado mucho en todos los chicos que estaban allí; no noté que ninguno me mirara de una forma especial. Pero claro, eso tampoco querría decir nada, porque si él quería pasar desapercibido hasta el final, no podía mirarme de forma descarada y delatarse. Algunos sí que me miraban con deseo, de eso sí que me había dado cuenta; incluso vi miradas de admiración y cariño, pero de ahí no pasó la cosa.

Comimos con los chicos y Max, como no iba a venir a Surrey con nosotras, nos dijo que hasta que volviéramos pasaría por las cuadras y saldría a galopar un rato.

Pasamos una tarde de lo más agradable las tres en el centro de belleza al que fuimos. Nos hicimos la manicura, la pedicura y distintos peinados. Madison optó por un semirrecogido que le quedaba espectacular y le daba un aire muy juvenil. Nora eligió un moño bajo trenzado con el que estaba guapísima y yo, por recomendación de la chica que me peinó y que me dijo que era lo que mejor le iba a la forma de mi cara, elegí un moño alto con mechones sueltos, que daba un toque elegante pero desenfadado a la vez.

Nora y yo decidimos, de camino al hotel, que nos vestiríamos juntas en mi habitación. Cuando llegamos, ella se fue a la suya a coger sus cosas y, cuando volvió, me encontró con otro sobre en la mano.

—¿Otro? Con este ya son novecientas noventa y nueve, ¿no? —me preguntó.

—Sí, esta es la penúltima —le dije con emoción, pero también con pesar, porque el final estaba cerca. Con emoción porque tenía ganas de saber quién era mi origamista, pero con pesar porque ya nunca más recibiría grullas y notas.

—Venga, ábrelo —me pidió Nora, emocionada.

Saqué la grulla, que era de color añil. En ese momento, al ver el color de esa, caí en algo en lo que no había pensado hasta ese momento: eran los colores del arcoíris.

—¿En qué piensas? —me preguntó Nora al ver que me había quedado pillada y no había abierto la nota todavía.

—Amarilla, azul, verde, morada, naranja y esta es de color añil. ¿Te dice algo eso? —le pregunté, a ver si ella llegaba a la misma conclusión que yo.

Se quedó unos segundos pensando hasta que en su boca apareció una sonrisa.

—Que solo falta una roja para tener todos los colores del arcoíris —me dijo muy contenta por haber llegado rápidamente a esa conclusión.

—Eso pienso yo. Las que tengo en casa más tres de las de aquí son todas blancas, que podrían representar el cielo, y las seis de colores que me ha entregado, más la que falta, que seguramente sea roja. Si las coloco todas en orden, formarían un arcoíris en medio del cielo. Además, las de colores son del doble de tamaño que las blancas, para que destaquen más —dije imaginándomelo en mi mente.

—Lee la nota, a ver qué te dice el señor romántico esta vez —me pidió, ansiosa.

«El color añil significa sinceridad, la que pienso tener contigo siempre desde el momento en que te revele todos mis secretos. También simboliza los sueños, en los que tú siempre has estado, tanto mientras dormía como en los que creaba en mi cabeza que algún día cumpliríamos juntos.

Esta es la última que te entrego siendo una sombra, solo falta una, que la recibirás de mi mano».

Terminé de leer y, al mirar a Nora, estaba en el mismo estado que yo: con los ojos llenos de lágrimas por la emoción contenida y el mismo brillo en la mirada, excitadas por los nervios de querer saber ya cómo terminaría todo.

Capítulo 29

Empezamos a prepararnos sin prisas, acompañadas de la música que Nora puso de una de las listas de reproducción que siempre llevaba en su móvil. Tenía una larga lista separada para cada momento necesario y ese requería marcha, así que puso canciones de rock. Primero ducha, con cuidado de no destrozar el recogido; después maquillaje, la una a la otra, y por último ropa, zapatos y complementos.

Quince minutos antes de la hora acordada bajamos al vestíbulo, donde ya había varios de nuestros compañeros esperando. Todos estaban superelegantes: la mayoría de los hombres con esmoquin o trajes hechos a medida y las mujeres con unos vestidos de fiesta a cuál más bonito.

Entre todos ellos estaba Amber, que destacaba por encima de cualquiera que se pusiera a su lado. Nadie esa noche podría hacerle sombra. El cuerpo de infarto que tenía y con el que se ganaba la vida desfilando en las mejores pasarelas del mundo era la envidia de cualquiera. El vestido que llevaba era totalmente espectacular: de color rojo brillante, con un escote en uve que le llegaba hasta debajo del pecho, la espalda completamente descubierta y, en un lateral de la falda que le llegaba hasta el suelo, tenía una abertura hasta el inicio de su muslo. Cualquier mujer a su lado esa noche se sentiría pequeñita, incluida yo.

—Chicas, ya estamos aquí —dijo Madison a nuestra espalda.

—Vaya, qué guapos estáis —les dijimos las dos a la vez cuando nos giramos para mirarlos.

—Vosotras estáis preciosas, ¿verdad, cariño? —nos dijo Madison, preguntándole a su marido su opinión.

—Sí que lo están, pero para mí tú estás y eres la más preciosa —le contestó Max con gestos exagerados, moviendo las pestañas, ganándose que su mujer le diera con el bolso que llevaba en el brazo.

—Anda, adulador. Si tú ya sabes que no me hacen falta los halagos; me tienes ganada desde que llevabas pantalones cortos y no levantabas un palmo del suelo —le dijo Madison, haciéndonos reír a todos.

Nos movimos los cuatro un poco entre la gente para charlar y saludar. Los halagos y piropos volaron en ambas direcciones por parte de todos.

Estaba charlando con una de las chicas cuando sentí un leve codazo de Nora en mi costado. Giré la vista hacia ella y, con la mirada, me indicó dónde tenía que mirar; ellos tres ya lo estaban haciendo. A la chica la llamó otro compañero y se disculpó, quedando en seguir conmigo la charla más tarde.

Una vez solos los cuatro, fue Max el primero en echar a andar hasta los sofás que estaban un poco separados. Los demás lo seguimos hasta llegar donde un Cameron medio tumbado en uno de los sofás bebía una copa de *whisky* que estaba bastante llena. Pero eso no era lo peor, sino que en la mesa había una botella que estaba por la mitad y que seguramente lo que faltaba también se lo había bebido él.

—Un poco pronto para beber, ¿no te parece? —le dijo Max con los dientes apretados por el enfado que estaba conteniendo.

—O tarde, según se mire —le contestó Cameron antes de dar otro largo sorbo a la copa y encogiéndose de hombros, como si todo le diera igual.

—Deberías dejar de beber, Cameron. ¿Qué quieres, liarla esta noche en el baile como lo hiciste en nuestra boda? —le dijo una Madison visiblemente afectada.

—Tranquilos, hoy no pienso liarla. Solo lo hago para olvidar —contestó con cierta tristeza, lo que hizo que los cuatro nos miráramos de reojo sin saber qué decir.

—Lo mismo, en vez de olvidar, lo que deberías hacer es enfrentarte a las cosas —le aconsejó Max, que parecía que al verle así su estado de enfado bajó un poco.

—Eso tengo pensado hacer cuando acabe la noche. Total, ya no tengo nada que perder. —Se bebió todo lo que le quedaba en la copa de un trago y nosotros nos miramos cada vez más preocupados.

Alargó la mano para coger la botella y volver a rellenarse la copa y no sé de dónde me salió la valentía, pero con rapidez me acerqué hasta él y se la arrebaté de un tirón.

—Suficiente —le dije en un tono más alto del que tenía pensado usar. Max, Madison y Nora me miraron asombrados, pero la cara de Cameron no tenía precio; se quedó en *shock*, mirándome como si me viera por primera vez.

—Deja de hacer el gilipollas por una vez en tu vida, levántate de ahí —le pedí, extendiendo mi mano para que me la agarrara, mientras con la otra le pasaba a Max la botella para que se la llevara fuera de su vista.

Sin dejar de mirarme, dudó unos segundos antes de decidirse a hacer lo que le había pedido. Se levantó un poco tambaleante y agarró mi mano, mirándola como si tuviera fuego y en algún momento pudiera quemarle entero.

—Cogednos sitio en el autobús, ahora os damos alcance —les pedí a los demás.

—¿Alba, qué haces? —me preguntó Max.

—Nora, explícaselo —le pedí a mi amiga, que asintió con la cabeza.

Lo que Nora les explicaría es que no soportaba a la gente que se emborrachaba para ahogar sus penas en alcohol. Cuando veía a alguien en ese estado, era superior a mis fuerzas dejarle que continuara. La razón era que los meses posteriores a la muerte de mi madre tuve que ver a mi padre en ese estado tantas veces que perdí la cuenta. Verle hundirse en ese pozo del que pensé que no saldría nunca fue una de las peores experiencias de mi vida, por el miedo que me causó pensar que le perdería a él también cuando aún no

hacía nada que mi madre se había ido. Gracias a mi tío Jorge, que le hizo abrir los ojos mostrándole el dolor que me causaba verle así, conseguimos que buscara ayuda y, con muchas sesiones de terapia y apoyo, consiguió dejar de beber. Fue una época muy dura para todos.

Tiré de la mano de Cameron, que sorprendentemente me siguió sin rechistar, y le llevé hasta un baño que había en un lateral de la recepción. Le hice pasar delante de mí y cerré la puerta de un portazo; estaba tan cabreada con él y con la situación que no medía ni lo que hacía.

—Quítate la chaqueta —le dije, agarrándola yo misma para ayudarle a quitársela; solo faltaba que con lo que tenía pensado hacer tuviera que subir a cambiarse el esmoquin y llegáramos todos tarde por su culpa.

—¿Ya quieres desnudarme? No vas un poco deprisa, Alba, ni siquiera nos hemos besado —me dijo arrastrando las palabras porque estaba bastante cargado de alcohol y ni pronunciar bien podía. Pero para decir tonterías, riéndose, para eso sí que estaba bien, y eso me encendió todavía más.

—A ver si con esto te callas de una vez y dejas de decir tantas chorradas. —Sin que se lo esperara, le cogí de la nuca y le agaché la cabeza hasta el lavabo, abrí el grifo y le metí la cabeza debajo del agua fría que salía a toda presión.

—¡Hostias, Alba! ¡Que está helada! —me dijo intentando levantarse, pero no le dejé.

—A ver si así se te enfría un poco el cerebro y dejas de comportarte como un idiota —le contesté, manteniéndole debajo del grifo un par de minutos más.

Cerré el grifo después de soltarle la nuca, escurrí de su pelo toda el agua que pude antes de coger una de las toallas que había en un mueble. Se la pasé por la cabeza y, agarrándole del brazo, le ayudé a sentarse en una silla que había a dos pasos de nosotros. Me coloqué entre sus piernas y, sin hacer mucha fuerza, empecé a secarle el pelo todo lo que pude para que no saliera de allí empapado.

Cameron no hablaba, no me miraba, ni siquiera se movía; solo soltaba suspiros de vez en cuando.

Cuando me pareció que ya tenía el pelo bastante seco, dejé la toalla a un lado. Le agarré la cara por la barbilla para que levantara la cabeza; fue en ese momento cuando nuestras miradas se encontraron y lo que vi en la suya hizo que mi corazón se saltara dos latidos, porque no era la primera vez que veía algo así. Recordaba la mirada de dolor de mi padre años atrás, la llevaba siempre grabada en mi memoria, y la de Cameron era muy parecida: llena de dolor, tristeza y pérdida.

—¿Por qué haces esto, Alba? No me merezco ni que me dirijas la palabra por cómo te traté en el pasado y tú me ayudas —me dijo muy afectado, intentando agachar la cabeza.

—No agaches la cabeza. Voy a peinarte lo mejor que pueda, pero hoy tendrás que conformarte y no llevarás gomina. Que, dicho sea de paso, no sé por qué mierda te la echas cuando estás mucho más guapo sin ella.

Las palabras salieron de mi boca sin que me diera cuenta y me arrepentí en ese mismo momento. Pensé rápido en qué decir para que quedaran en el olvido.

—No soporto ver a nadie que se mata bebiendo para olvidar, soportar o sobrellevar la vida. Estuve a punto de perder a mi padre así y no puedo resistirme a ayudar a alguien cuando lo veo tan mal —añadí mientras con mis dedos daba pasadas por su pelo para acomodar los mechones. Y no sé si era porque le peinaba yo, pero le quedaba mucho mejor que como solía ir normalmente.

—Gracias… no sé ni qué decir. Bueno, sí que lo sé, te diría tantas cosas, pero no creo que a ti te importara una mierda escucharlas —me dijo con la voz tomada por la emoción y los ojos brillantes.

—Venga, anda, levanta, que te ayudo a ponerte la chaqueta; seguramente ya nos están esperando para irnos.

—Alba, ¿puedo pedirte una última cosa? —me dijo desviando la mirada.

—Tú pide, ya veremos si te la doy —le contesté mientras le ayudaba a abotonarse la chaqueta que ya se había puesto.

—¿Puedo abrazarte? —me pidió susurrando, y joder, me dio hasta pena la manera en que me lo pidió.

No le contesté; simplemente abrí mis brazos y le rodeé la cintura, apoyando mi cabeza en su pecho. Tardó un par de segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo me envolvió con los suyos, apoyando su cabeza en mi pelo. Por increíble que parezca y siendo quien era, no me sentí mal ni tampoco sentí rechazo hacia él. Sentí algo muy raro que no quise pararme a pensar en ese momento; ya lo analizaría con tiempo y cuando tuviera la cabeza más despejada.

—Vámonos —me pidió separándose de mí antes de dejarme un suave beso en el pelo, que me dejó helada, no por el beso en sí, sino por el gesto.

Salimos a la calle y, como yo había pensado, ya estaban todos subidos en el autobús; solo faltábamos nosotros dos. Mis amigos nos habían guardado los sitios con ellos, como les pedí. Vimos que los nuestros estaban al final del autobús cuando los dos caminamos por el pasillo. Las miradas que le dedicaron a Cameron eran para grabarlas: unos con la boca abierta, otros con los ojos como platos. Oímos algún jadeo al pasar; incluso alguno se giró en su asiento para volver a mirar y cerciorarse de que lo que veían era verdad.

—¿Por qué nos miran así? —me preguntó entre dientes.

—A mí no me miran, es a ti —le contesté, aguantándome la risa.

Nos sentamos en nuestros asientos y, dos segundos después, Max y Madison, que estaban delante de nosotros, se pusieron de rodillas en su asiento para mirar a Cameron como si le estuvieran escaneando. Nora, que estaba al otro lado del pasillo, se sentó de medio lado y se inclinó hacia delante para mirarle también.

—¿Qué? —les preguntó Cameron a los tres, un poco enfadado, porque sentirse tan observado le estaba poniendo nervioso.

—Te conozco desde hace más de veinte años y es la primera vez que no llevas gomina en el pelo; pareces otro —le dijo Madison.

—Es verdad, tío. Si toda la pasta que te gastas en ese mejunje la hubieras guardado en una hucha, ahora te podrías comprar una casa —añadió Max, haciéndonos reír a todos.

—Si hasta parece menos gilipollas de lo que es —dijo Nora, haciéndonos reír más.

—Voy a parecer el mono de feria esta noche —nos dijo bufando.

—Bueno, puede hasta que te vayas acompañado a la cama; tu nuevo look ha desatado varias miradas que prometen —le dijo Max guiñándole un ojo.

—No me interesa. La que quiero que me acompañe no lo va a hacer, así que mejor me voy solo —nos contestó, y se puso a mirar por la ventanilla, dejándonos claro que no quería seguir hablando del tema.

Nosotros cuatro nos miramos y pensamos lo mismo: que en su cabeza tenía a Amber y saber que ayer había venido con su hermano le estaba jodiendo mucho. *Pues estábamos los dos apañados*, pensé.

Capítulo 30

Noté cómo el autobús empezó a aminorar la velocidad y una sensación desagradable se empezó a instalar en mi estómago. Me incliné un poco en el asiento cuando se detuvo del todo para mirar por la ventanilla en la que estaba apoyado Cameron y, cuando vi la fachada del colegio, mi respiración se empezó a acelerar y mi ritmo cardíaco aumentó considerablemente. Cerré los ojos para intentar calmarme, pero eso solo hizo que la angustia que sentía fuera en aumento. Las imágenes del pasado empezaron a llegar a mi cabeza como si de un bombardeo se tratara. Me llevé las manos a la cara y solté un sollozo.

—Alba, Alba, respira, joder. —Oí que me decía Nora muy preocupada.

—¿Qué le pasa? —preguntó Madison asustada.

—Bajad y actuad con normalidad. Nadie se ha dado cuenta todavía de cómo está y es lo mejor, o empezarán a murmurar y eso no la ayudará. Yo me encargo; cuando esté bien nos uniremos a vosotros —le dijo Cameron.

—Cameron, baja. Yo me quedo con ella, sé por qué está así y no creo que tú… —le dijo Nora, pero él no la dejó terminar la frase.

—Yo también sé por qué está así, soy el culpable de ello, así que lo sé mejor que nadie —les dijo, y vi cómo se quedaban con la boca abierta mirándole, sobre todo Nora, que no se esperaba una respuesta así por su parte, ni mucho menos que supiera que mi estado era por todo lo mal que lo pasé en el pasado, la mayoría provocado por él.

—Está bien, pero como baje peor, te saco los ojos —le dijo Nora muy seria.

—Vamos, la gente empieza a mirar hacia aquí —dijo Max tirando de la mano de su mujer—. Cameron, le diré al conductor que os deje las puertas abiertas.

—Gracias, Max. Si alguien pregunta, decidles que me está peinando. —Intentó bromear para quitar seriedad al asunto y lo consiguió, porque hasta Nora soltó una risita.

Cinco minutos después nos quedamos solos en el autobús. Le oí rebuscar en el respaldo del asiento y sacar algo. No podía mirarle porque no conseguía calmarme; sabía de sobra lo que me estaba pasando porque no era la primera vez que me ocurría: tenía un ataque de ansiedad y bastante fuerte.

—Retira las manos de la cara, Alba —me pidió Cameron.

Me agarró de las muñecas y me ayudó a quitármelas. Acercó a mi cara una bolsa de papel, que era lo que había sacado del asiento, y me la abrió poniéndomela en la boca.

—Respira adentro. Si sigues hiperventilando, te desmayarás. Necesitas recuperar el ritmo. No cierres los ojos, mírame a los míos y dime con ellos cuánto me odias por todo lo que te hice. Cuando recuperes el ritmo, quiero que lo hagas con palabras, quiero oírtelo decir, quiero que lo saques todo de dentro.

Cogí la bolsa con las manos y empecé a respirar, primero muy deprisa dentro de la bolsa, tanto que pensé que se rompería, pero poco a poco las respiraciones se hicieron más profundas. En ningún momento dejé de hacer lo que me había pedido; no aparté mi mirada de la suya. Las imágenes de aquellos años pasaban por mi cabeza unas detrás de otras y, por cada insulto, por cada desprecio o por cada humillación, mis ojos le lanzaron cuchillos y llamas que, si hubieran sido de verdad, no habría salido vivo de aquel autobús.

Poco tiempo después, mi respiración empezó a volver a la normalidad y mi corazón volvió a latir a un ritmo normal. Me quité la bolsa de la cara y cogí

una gran bocanada de aire, soltándola de golpe. En la segunda inspiración conseguí hablar.

—Te odio, te odio por todo lo que me hiciste, por todo lo que dejaste que los demás me hicieran, pero me odio más a mí misma al pensar en lo débil que fui. Debí plantarte cara desde el minuto uno, pero fui una cobarde —le dije, y sin poder aguantarme más las lágrimas empezaron a salir de mis ojos.

—No vuelvas a decir una cosa así. Nunca has sido una cobarde; el único cobarde fui yo y lo sigo siendo. Eres la persona más fuerte que he conocido. Ahora voy a limpiarte esas lágrimas para que todos vean seca la cara más bonita de todo el baile.

»Vas a entrar ahí y les vas a demostrar a todos lo fuerte que eres; vas a bailar, vas a reír y te vas a llevar muy buenos recuerdos con toda esa gente que hay ahí dentro. —Sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y, como había dicho, me secó las lágrimas con delicadeza.

Sin decir nada más ninguno de los dos, bajamos del autobús y andamos hasta la puerta del edificio. Como nos había dicho Mary el primer día, el baile tendría lugar en el gimnasio del colegio, que era una de las salas más grandes que tenía el centro. Los dos recordábamos el camino y nuestros pies nos llevaron solos, recorriendo los pasillos hasta llegar a las puertas dobles que daban paso al gimnasio. Desde fuera se oía el alboroto, las risas y una música suave.

Me paré frente a la puerta para coger aire antes de entrar con la cabeza bien alta. Cameron agarró el pomo para abrirla, pero en el último momento le paré poniendo la mía encima y le dije:

—Antes, en el baño, me has pedido un abrazo porque lo necesitabas. Creo que es justo que yo también te pida algo que necesito.

—Pídeme lo que sea, haré lo imposible por ayudarte —me dijo muy serio.

—No conlleva un gran esfuerzo por tu parte. Solo quiero que bailes conmigo la última pieza que pongan. Quiero llevarme de aquí un recuerdo bueno contigo. No borrará nada de lo que pasó ni de lo que siento y no sé por qué lo necesito, pero es algo que me piden mi corazón y mi cabeza.

—Lo haré encantado —me dijo sonriendo, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos y otra vez, como en el baño, vi ese rastro de dolor y de tristeza en su mirada que hizo que me estremeciera.

Abrió las puertas y pasamos dentro. Todos estaban a lo suyo y nadie se percató de nuestra entrada. Busqué con la mirada a mis amigos y los localicé al lado de una de las mesas hablando con Evan y con Mary.

—Ve con ellos, yo te buscaré cuando llegue el momento del baile —me dijo Cameron, señalándome con la cabeza dónde estaban mis amigos.

—Cameron, no bebas más, por favor —le rogué.

—Tranquila, no lo haré. No dejaré que hagas el ridículo bailando con un puto borracho que solo sabe ahogar sus penas en alcohol porque es un cobarde. Pásalo bien, Alba, te lo mereces más que nadie —me contestó antes de girarse para irse en dirección contraria, donde estaban algunos de sus amigos o los que supuestamente decían que lo eran, porque ninguno de ellos le había preguntado nada en ningún momento ni le había ayudado viéndole en el estado en el que estaba en el vestíbulo del hotel.

Me acerqué despacio. Por el camino solo pensé que acababa de lidiar con un hermano Turner y ahora me tocaba enfrentarme al otro, a ver qué me contaba, porque ya no sabía ni qué pensar.

—Alba, ya estás aquí. Déjame que te mire, estás preciosa, vaya vestido más bonito —me dijo Mary acercándose a mí para darme dos besos.

—Gracias, tú también estás guapísima —le contesté devolviéndole los dos besos.

—Tiene razón, estás impresionante —me dijo Evan dándome un beso en la mejilla.

¿En la mejilla? ¿En serio?, pensé. Esto era el principio del fin, así lo vi yo y todos los que estaban con nosotros allí también. Eso me dijeron sus miradas, sobre todo la de Nora, que le miró con el ceño fruncido por el gesto que acababa de tener conmigo. Se supone que habíamos empezado algo, que

llevábamos más de veinticuatro horas sin vernos ni hablar y viene el tío y me saluda con un puto beso en la mejilla.

—¿Qué quieres de beber? —me preguntó Madison, que intentó con esa pregunta romper el ambiente tenso que se había creado alrededor de todos en esos momentos.

—Un refresco está bien —le dije agradecida, y lo cogió de la mesa para dármelo mientras Max me ofrecía un canapé de los que había en la mesa, que tenían una pinta estupenda.

—Mary, está todo maravilloso. La decoración es espectacular y estos canapés, un pecado —le dije sonriendo.

—La verdad es que he tenido ayuda —dijo señalando a Evan—, pero tengo que reconocer que tienes razón: ha quedado todo precioso, la gente está encantada. Es la primera vez que hacemos esto de reunir a antiguos alumnos, pero la directiva ha quedado tan encantada que seguramente el año que viene lo hagamos otra vez.

—¿No lo habíais hecho antes? ¿Y cómo es que habéis decidido hacerlo precisamente con nosotros? —preguntó Nora extrañada. La verdad es que yo también lo estaba.

—No, las otras reuniones de antiguos alumnos se basaban en hacer una comida un día con todos los del mismo curso y ya. Esto de ser cuatro días y las actividades es nuevo. Fue propuesto por un alumno y nos pareció, en una reunión que hicimos, una buena idea que podría gustar mucho y con la que disfrutaríais recordando vuestra época estudiantil —nos explicó Mary entusiasmada.

—¿Y a quién se le ocurrió esta maravillosa idea? —preguntó Madison curiosa.

—Eso no os lo puedo decir, es secreto de sumario —le contestó Mary, riéndose—. Ahora, en serio: esa persona tenía sus motivos para proponer este plan y pidió que su identidad quedara en el anonimato. Supongo que, si salía mal, no quería que la echarais a comer a los leones.

—Todavía queda mañana. De momento no lo contemplamos, pero todo es posible, así que mejor que no se confíe, porque le podemos llevar al foso —le respondió Max, haciéndonos reír a todos.

—¿Bailamos? —me preguntó Evan ofreciéndome su mano.

—Claro —le contesté agarrándole la mano y dejándome guiar por él hasta la pista.

Empezamos a bailar en silencio, prácticamente sin mirarnos. Mientras girábamos, vi las caras de la gente que nos observaba; entre todas ellas me fijé en dos: la de Amber, que me miraba con un odio difícil de disimular, y la de Cameron, en la que seguía esa tristeza cada vez más acentuada.

—¿No piensas decir nada? —le pregunté a Evan al fin, porque tanto silencio me estaba poniendo de los nervios.

—¿Qué quieres que te diga? —me contestó, pero evitando mi mirada.

—Venga, Evan, no me tomes por tonta, te lo pido por favor. Ten por lo menos la decencia de decirme las cosas claras.

—Está bien. Cuando volvamos al hotel hablaremos. Creo que esto ha durado demasiado y se nos ha ido un poco de las manos —me contestó justo en el momento en el que la última nota de la canción sonaba.

Volvimos con los demás y nos comportamos con normalidad, si es que a eso se le podía llamar así.

Capítulo 31

La noche estuvo muy bien, todos lo pasamos genial. Bebimos, comimos, charlamos mucho y bailamos todos con todos. Después de la charla con Evan en ese primer baile que tuvimos, decidí que no me iba a amargar la noche pensando cosas que no sabría si serían ciertas o no. Así que me dediqué a disfrutar del momento y dejé los problemas, que estaba segura de que vendrían, para cuando saliéramos de allí.

La directiva del colegio y algunos profesores también se unieron a la fiesta y a todos nos alegró mucho verlos de nuevo. Compartieron anécdotas que nos hicieron reír a carcajadas. Al final del evento, Mary, como responsable del mismo, fue la elegida para decir unas palabras de agradecimiento hacia todos nosotros por nuestra asistencia, las ganas que le habíamos puesto y por los halagos recibidos. Cuando terminó de dar su discurso, nos deseó a todos la mayor de las felicidades en nuestras vidas y anunció que el siguiente baile sería el último y que, quince minutos después de acabar, el autobús estaría ya en la puerta esperándonos para regresar al hotel.

El gimnasio se llenó de silbidos, aplausos y vítores de todos los presentes, que saltábamos emocionados.

En uno de esos saltos casi me caigo al suelo si no llega a ser porque dos fuertes manos me agarraron por la cintura y me sujetaron contra su pecho.

—No te caigas ahora o si no, no podremos bailar —me dijo Cameron, que era el que me había sujetado.

—¿Te has acordado? —le pregunté asombrada, porque sinceramente no esperaba que cumpliera su palabra. Apenas le había visto hablar con nadie en toda la noche, incluso durante más de una hora ni siquiera estuvo en el gimnasio. Pensé hasta que se habría marchado.

—Por supuesto que sí —me dijo con esa sonrisa triste que se le había quedado ahí anclada y no tenía pinta de que fuera a desaparecer—. ¿Me concede este baile, señorita? —me preguntó, haciendo una reverencia que me hizo reír.

—Por supuesto, caballero —le dije, cogiendo la mano que me ofreció.

La música empezó a sonar. Era una balada lenta de esas que te hacen disfrutar del momento mientras estás en buena compañía, aunque en mi caso eso yo no lo tenía muy claro, pero como había decidido al inicio de la noche, solo me dejé llevar y no pensar en nada más.

Al principio del baile estaba algo tensa, pero fueron pasando los segundos y me fui relajando; es más, me sentí hasta bien y eso fue muy extraño. Joder, que estábamos hablando de Cameron Turner: ¿cómo era posible que estuviera a gusto entre sus brazos, cuando era el tío que más daño me había hecho en el mundo? Era una situación muy rara y las caras de todos los que estaban a nuestro alrededor me lo confirmaron. Algunos nos miraban asombrados, otros incrédulos y otros como si nos hubieran salido cuernos en la frente. Todos, en mayor o menor medida, estaban al tanto de lo que había pasado en el pasado entre nosotros, por eso no entendían que estuviéramos bailando el último baile juntos. Suspiré contra su pecho y, al notarlo, se tensó.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado, susurrando en mi oído.

—Sí, es solo que esto es un poco raro, ¿verdad? ¿Has visto cómo nos miran todos? Pensarán que estamos locos.

—Me la suda cómo nos miren. Si tú estás bien, lo demás me da igual. Y yo sí que estoy loco, pero no de la manera que piensas. Si te sientes incómoda porque te vean así conmigo, paramos ahora mismo —me dijo, aflojando el agarre de mi cintura para darme la opción de dejarle allí plantado.

—Me hiciste caer muchas veces en el pasado; hoy quiero que me mantengas en pie hasta el final. Así que no me sueltes, por favor —le pedí.

—Y me odio más de lo que lo haces tú por ello, ni te imaginas cuánto —me dijo con la voz tomada.

Volvió a apretar la mano en mi cintura para sostenerme fuerte contra él y así seguimos bailando sin decirnos nada más hasta que la canción terminó.

—Gracias —me dijo al terminar la última nota, antes de darme un beso en la frente y separarse de mí. No supe por qué motivo, pero fue incapaz de mirarme a los ojos antes de darse la vuelta y marcharse cuando vio que mis amigos se acercaban a nosotros.

—¿Qué coño ha sido eso? —me preguntó Nora, susurrando a mi lado.

—No tengo ni idea, está rarísimo. Le pasa algo muy gordo, pero no sé qué puede ser.

—¿Chicas, nos vamos? —nos preguntó Max.

—¿Dónde está Evan? —le pregunté, porque hacía bastante rato que no le veía.

—Se marchó hace un rato al hotel para llevar a Amber en su coche; al parecer a la señorita le dolía mucho la cabeza y no podía esperar hasta el final —dijo Madison en voz baja, intentando no hacerme daño. Pero el daño no venía por su parte, sino por la de él. Cada vez tenía más claro que, fuera lo que fuese lo que hubiera entre nosotros, se iba a terminar muy pronto.

—Bien, pues vámonos —dije, empezando a caminar hacia la salida.

En el autobús nos sentamos en los mismos sitios y todos fuimos comentando lo bonita que había sido la fiesta. Se oyeron varias quejas del dolor que algunas tenían en los pies por bailar tanto con los tacones, de lo buenísima que estaba toda la comida y de lo bien que lo habíamos pasado todos juntos. El único que no abrió la boca en todo el camino fue Cameron, que iba con la cabeza apoyada en la ventanilla, sin mirar a nadie. De vez en

cuando le mirábamos y nos mirábamos entre nosotros, interrogándonos con los ojos, pensando qué le pasaría.

Llegamos a la puerta del hotel y, según fueron bajando del autobús, se fueron directos a los ascensores. Se notaba el cansancio y todos querían pillar la cama.

Nosotros bajamos los últimos y cuando llegamos al vestíbulo, Madison se paró, haciéndonos parar a los demás.

—Cameron, ¿tienes la llave del salón relax? —le preguntó.

—Sí, claro. ¿Por qué? —le contestó confuso.

—Pues tira el primero por el pasillo y ábrenos, creo que todos necesitamos tomarnos una copa relajados —le pidió, levantando su mano para que empezara a andar.

—Toma si quieres la llave, no hace falta que vaya yo hasta allí para abriros —le dijo, sacando la llave magnética del pantalón.

—No te he pedido que vayas solo para que nos abras, he dicho de ir todos a tomar una copa, eso te incluye a ti —le contestó ella.

Cameron la miró extrañado porque quisiera que se uniera al matrimonio cuando apenas se trataban, pero los demás nos dimos cuenta de que era una puerta que Madison le dejaba abierta para que pudieran solucionar las cosas y volver a ser amigos.

—Tira, anda, que tú y yo tenemos una conversación pendiente y me vas a tener que aclarar muchas cosas, pero no será hoy —le dijo Max, dándole una palmada en la espalda y agarrándole con el brazo por encima del hombro para que se moviera del sitio donde se había quedado petrificado.

Caminamos los cinco por el pasillo en silencio; tampoco era plan de ponernos ahí a dar voces o a reírnos y molestar a los demás que ya se habían ido a dormir.

Llegamos a la puerta y Cameron, con la llave que llevaba todavía en la mano, abrió la puerta. Los cinco entramos rápido, pero cuando vimos lo que había dentro nos quedamos petrificados. Las personas que estaban dentro estaban tan concentradas metiéndose mano y morreándose como si les fuera la vida en ello, que no nos habían oído entrar. El portazo que dio Cameron al cerrar la puerta hizo que Evan y Amber se separasen de repente y se quedaran pálidos al vernos allí a los cinco.

—Pues parece que no le dolía mucho la cabeza después de todo, ¿no? —dijo Nora con ironía, que fue la primera en reaccionar y decir algo.

—Cariño, cuando me duela la cabeza tenemos que probar esta táctica a ver si funciona —añadió Madison, dirigiéndose a su marido, siguiendo con la ironía igual que Nora.

—¿Qué hacéis aquí? —Se atrevió a preguntar Evan por fin, mirándonos con hastío. Supuse, como los demás, que por haberle jodido el polvo, porque otra explicación a su pregunta no la podríamos encontrar.

—Pues mira, ya que estamos aquí, creo que es un buen momento para aclarar las cosas y decir toda la verdad. Porque estoy hasta los cojones de todo esto y os juro que no puedo más —dijo Cameron, dejándonos a todos callados de repente.

—Pues empieza a hablar a ver si de una puta vez nos enteramos de lo que pasa, porque me está entrando una mala hostia que no os lo podéis ni imaginar —le respondió Nora, que estaba que echaba fuego por los ojos.

Inexplicablemente, yo no estaba enfadada. Que me había jodido verlos besarse, pues sí, pero no de la manera que debería. Eso me dejó claras muchas cosas, como que no estaba enamorada de Evan, por ejemplo.

—Nunca me he acostado con ella —dijo Cameron, señalando a Amber, dejándonos a todos pasmados.

—No me jodas, Cameron, que os pillé en mi casa y estabais los dos en la cama sin ropa, dormidos —le dijo Evan enfadado.

—Tú lo has dicho: dormidos, pero no pasó nada. Simplemente Amber se emborrachó tanto ese día que la llevé a casa. Tú tuviste que venir al hotel a solucionar algo y sabía que no volverías hasta por la mañana. Fue mi oportunidad para que cuando volvieras, nos pillaras en la cama y pensaras lo que pensaste.

—Te lo dije mil veces, que no me acordaba de nada, pero que estaba segura de que no me había acostado con él —le dijo Amber a Evan muy afectada al saber la verdad.

—¿Por qué hiciste algo así? —le preguntó un Evan muy enfadado.

—Porque ya no podía más, porque soy un hijo de puta que por una vez quería que supieras lo que era no conseguir algo de lo que quieres, como llevo haciendo yo toda la vida, y porque estaba ciego de envidia.

—¿Envidia de quién, de mí? No me hagas reír, Cameron, siempre has sido el favorito de papá —le dijo Evan, apretando los puños.

La risa que soltó Cameron nos puso a todos los pelos de punta. Nos miramos los unos a los otros sin saber qué podía hacerle tanta gracia.

—Tú pudiste estudiar lo que quisiste. ¿Sabes qué? Si no hubieras querido hacer Arquitectura, podrías haber hecho otra cosa. Yo nunca tuve opción: ese camino se eligió para mí por nacer diez minutos antes que tú. En la ciudad vives donde quieres; yo he tenido que tragar con el lugar y la casa que me ha impuesto.

»Conseguiste tu sueño, que es montar este hotel y desvincularte de la empresa. Y, además, te ibas a casar con la mujer de la que llevas enamorado desde que erais unos niños, igual que ella de ti, y con la que ibas a tener una vida y una familia muy feliz. ¿Quieres saber lo que voy a tener que vivir yo por ser el favorito de papá, como tú dices? —le preguntó a su hermano, con evidente cansancio en la voz.

—¿El qué? —le preguntó Evan a media voz.

—Una vida de mierda es lo que voy a tener, la misma que tengo desde que tengo uso de razón, porque dentro de dos meses me tengo que casar con una mujer que me repugna, por cierto, con la que papá me ha comprometido para

salvar el puto negocio y que no se vayan todos los empleados a la puta calle, porque se ha gastado todo el dinero en putas y juego.

»Eso sin contar que el día que me vio cómo miraba de una manera especial a la mujer de la que llevo media vida enamorado, me obligó a apartarla de mi lado porque no era la mujer que él quería para mí, prometiéndome que, si no lo hacía, la hundiría a ella y a su familia. Así que tuve que hacerlo para protegerla. La perdí incluso antes de intentar que fuera mía.

Su confesión nos puso a todos los pelos de punta. ¿Cómo podía un padre manipular así tanto a un hijo? Que lo que le había hecho a su hermano no tenía justificación, en eso estábamos todos de acuerdo, pero, joder, al mirarnos todos y ver el dolor que llevaba dentro, pudimos empatizar un poco con él.

—Lo siento muchísimo, Evan, de verdad. Espero que algún día podáis perdonarme los dos —les dijo a Evan y a Amber antes de sentarse en una silla derrotado.

Durante unos segundos nadie dijo nada. Todos estuvimos procesando en nuestras cabezas toda la información que acababa de soltar por la boca y que cayó en el salón como una bomba.

—Tú, si estás tan enamorado de Amber, ¿por qué has enredado de esa manera a Alba? Porque tu hermano será un cabrón, pero tú no te quedas atrás —le dijo Nora a Evan muy enfadada, y yo no lo estaba menos porque en mi cabeza ya me estaba imaginando por qué me había dicho tantas mentiras.

Cuando le vi que iba a abrir la boca, me adelanté y la que contestó a mi amiga fui yo.

—Todo ha sido una farsa, no siente ni ha sentido nunca nada por mí. Solo me ha utilizado para darle celos a Amber y que se sintiera igual de mal de lo que se sentía él, pensando que le había engañado con su propio hermano.

»De su boca hacia mí no han salido más que mentiras: el nombre del hotel por mí, que me gustan los amaneceres, conocer tantas cosas mías que se las ha podido contar cualquiera… Todo le ha ayudado a hacerlo más creíble y a que yo cayera como una tonta, ¿verdad, Evan? —le dije mirándole con asco.

No pudo ni rebatir ni decir nada porque yo acerté de pleno; solo agachó la cabeza, avergonzado.

—Quien calla otorga —sentenció Madison, que se veía también muy enfadada con Evan por lo que me había hecho.

—No solo fue por eso, hay otro motivo… —Empezó a hablar seguramente para intentar justificarse, pero Cameron le cortó.

—Creo que ya hemos tenido suficientes confesiones por una sola noche, deberíamos irnos a la cama —dijo Cameron, cambiando la apatía por el enfado en su voz.

Fuera lo que fuese lo que su hermano iba a decir, él se encargó de cortarlo, cosa que, a esas alturas de la película, me daba exactamente igual. En esos momentos solo tenía ganas de una cosa, una que le propondría a Nora en cuanto subiéramos a la habitación.

—Sí, hemos tenido más que de sobra. Yo me voy a la cama —le dije a todos, dándome la vuelta para marcharme.

Oí pasos detrás de mí y, cuando giré la cabeza, Nora, Max, Madison y Cameron me seguían camino de los ascensores. Ninguno dijo absolutamente nada, solo un «buenas noches» cuando la pareja se bajó en su planta y otra despedida igual por parte de Cameron cuando entró en su habitación.

Nora y yo entramos en la mía y, nada más cerrar la puerta, las dos nos miramos a los ojos y, sin decir nada, nos entendimos como hacíamos siempre. Sabía de sobra lo que necesitaba para no derrumbarme por lo mal que me sentía por cómo me había utilizado Evan para sus fines. No tenía bastante con llevarme malos recuerdos de un hermano de hace años, que ahora me los llevaba del otro. Necesitaba bien lejos de mí a los hermanos Turner y Nora me iba a ayudar a conseguirlo.

—Tú ve haciendo las maletas, yo voy mirando los vuelos. Cogeré el primero que haya disponible a España, aunque no sea a Mallorca.

Tuvimos suerte y cuatro horas después salía uno con destino a Ibiza. Desde allí cogeríamos un ferry hasta casa y, con suerte, al día siguiente comeríamos

con mi padre y Jorge, a los que decidimos avisar de nuestros planes cuando aterrizáramos en Ibiza; no quisimos asustarles a esas horas de la noche.

Cuarenta minutos después, las dos salimos por la puerta del hotel y, montadas en un taxi, dijimos adiós al Sunrise para siempre.

Capítulo 32



Nos bajamos del ferry cargadas con las maletas y un montón de cosas que contarles a mi padre y a mi tío, que estaban a tan solo unos pasos de nosotras, esperándonos con los brazos abiertos.

Nora dejó las maletas tiradas en el suelo y corrió a los brazos de mi tío, que la cogió al vuelo cuando saltó encima de él. Mi padre y yo nos echamos a reír al verlos besarse y reír al mismo tiempo.

Mi padre se acercó a mí y, cuando abrió los brazos para que me refugiara en ellos, solté las maletas, como había hecho Nora, y me lancé a él como si necesitara uno de sus abrazos como el aire para respirar. En el momento en que nuestros cuerpos entraron en contacto, todo lo que llevaba dentro quiso salir de mí con fuerza y, sin poder contenerme, me derrumbé echándome a llorar sin control.

—¿A quién tengo que matar? —preguntó mi tío a Nora al verme en ese estado.

—Ponte a la cola, que, si no lo he hecho yo, es porque antes de que me detengan quería venir a verte —le contestó ella.

—Matar a nadie no, pero a mí un par de hostias por tonta sí que me podéis dar, a ver si espabilo —les dije separándome.

—Venga, vámonos a casa, te das una ducha y nos contáis todo —me pidió mi padre, al que se le notaba bastante preocupado.

—Vamos todos a tu casa, yo puedo ducharme allí y así hablamos todos juntos —añadió Nora, mirando a mi tío para ver si le parecía bien, y él asintió.

Nos montamos en el coche de mi tío después de cargar las maletas y puso rumbo a mi casa. Por el camino aproveché para llamar a la empresa donde había alquilado la moto en Surrey para decirles que me había tenido que marchar del país por un asunto familiar. Les dije que la moto la entregaría otra persona a la que yo había autorizado para que se la llevara.

El siguiente paso fue decirles a Max y Madison que nos habíamos ido. Seguramente no les sentaría muy bien, pero en el fondo supe que lo comprenderían. Abrí el chat que teníamos con ellos Nora y yo para mandarles un mensaje.

Alba: *Hola, chicos. Si estáis esperándonos para desayunar, podéis empezar sin nosotras. Lo siento muchísimo por no despedirnos, pero no podía quedarme allí más tiempo.*

»Sé que después de todo lo que pasó anoche lo entenderéis y espero que no estéis enfadados mucho tiempo, porque ya tengo reservada para vosotros y el bebé la mejor habitación en el hotel de mi padre para dentro de un mes, como acordamos. Ya os echo de menos y tengo muchas ganas de volver a veros.

Nora: *Me uno a las disculpas por no despedirnos y también a las ganas de volver a veros. Pero una escudera no puede dejar sola a la guerrera y por eso me he venido con ella.*

Madison: *Claro que no estamos enfadados. Bueno, un poco sí; me hubiera gustado daros un abrazo, pero en un mes os daré ese y muchos más.*

Max: *Como dice Nora, yo me uno a lo que dice mi mujer porque pienso lo mismo. Comprendemos que os hayáis marchado; es más, yo lo esperaba. Lo que ha pasado ha sido una charada de principio a fin. Los hermanos me van a oír y se van a llevar alguna hostia de paso.*

Alba: *Max, tengo que pedirte un favor, aunque conociéndote, no sé si el favor te lo hago yo a ti, ja, ja, ja.*

Max: *Pide lo que quieras, bueno, dentro de unos límites, claro, que quiero volver a ser padre pronto y necesito mis joyas en perfecto estado.*

Alba: *¿Puedes llevar la moto a Surrey? En la empresa les he dicho que alguien a quien he autorizado la entregaría.*

Madison: *Te contesto yo porque mi maridito no puede; está haciendo el baile de la victoria en el comedor mientras los demás le miran como si hubiera perdido un tornillo.*

Nora: *Ja, ja, ja. Madison, eso lo tenías que haber grabado, hubiera pagado por verlo.*

Alba: *Entonces la respuesta es sí, supongo.*

Max: *Es un SÍ como una catedral de grande. Tú de estos favores me puedes pedir todos los que quieras.*

Alba: *Entonces pasa por la recepción, he dejado un sobre con tu nombre, dentro están las llaves de la moto.*

Max: *Perfecto, no te preocupes, yo me encargo.*

Nora: *Chicos, vamos hablando, ya estamos en casa de Alba y necesito una ducha. Cuidaos y un besazo para los dos y uno más grande para el bebé.*

Alba: *Yo también necesito una ducha. Más tarde os llamo. Os queremos, cuidaos.*

Max: *Mira, paso del desayuno, me voy a por la moto. Un abrazo, chicas.*

Madison: *Nosotros también os queremos. Un beso muy fuerte para las dos.*

Mientras nos duchábamos, mi padre y Jorge prepararon café en la cocina de mi casa. Cuando las dos bajamos, ya lo tenían todo puesto en la mesa del jardín, donde nos sentamos a tomarlo mientras Nora y yo les contábamos todo lo que habíamos vivido en el viaje. Solo habían pasado tres días desde que

nos habíamos ido, pero parecía que hubiéramos estado allí un mes por la cantidad de cosas que vivimos, sobre todo yo, en tan poco tiempo.

El enfado de los dos fue en aumento a medida que avanzábamos con nuestro relato. Pusieron a los hermanos Turner de vuelta y media; los insultos y las maldiciones volaron por mi jardín como si de balas se tratara, y en ese momento, de haberlos tenido delante, no sé si no hubieran acabado los dos en comisaría, porque se habrían despachado bien a gusto.

Aunque sí que era verdad que, por algunos comentarios, quedó claro que ni mi padre ni Jorge lo defendían —sus actos hacia mí en el pasado no se los perdonaban—, también fue evidente que lograron empatizar, al menos en parte, con Cameron. Comprendían que su manera de actuar estaba marcada por todo lo que su padre había hecho con él, moldeando su vida desde el mismo momento en que nació y continuando ese control férreo hasta el presente.

También coincidieron en que era una auténtica pena que se viera obligado a aceptar un matrimonio sin amor para salvar a los empleados y evitar que tantas familias se quedaran sin sustento. Aquello no lo convertía en una buena persona a sus ojos, pero sí hizo que ganara unos cuantos puntos. Evan, en cambio, no ganó ni uno solo. Haberme utilizado como pieza en su venganza personal les pareció, igual que a mí, algo poco menos que horrible.

Cuando terminamos de contarlo todo, mi padre dijo algo que nos sorprendió.

—Esto no ha terminado.

Los tres le miramos con las cejas alzadas.

—¿Cómo que no ha terminado? —le pregunté intrigada.

—Soy el de más rango de edad en esta mesa y la experiencia de la vida así me lo dice. Esto no ha terminado y el tiempo me dará la razón —nos dijo muy convencido.

—No te entiendo, papá —le dije, y Nora se unió a mi confusión asintiendo.

—Ya lo entenderás. Aún falta algo por venir y creo que, cuando llegue, te vas a sorprender mucho.

Con esas palabras dio por zanjada la conversación, dejándome con la intriga de qué era lo que pensaba que estaba por venir.

Saqué las cosas de la maleta y, cuando me topé con el taco de sobres de las grullas, el mundo se me vino encima. Hasta ese momento no me di cuenta de cuánto me afectaba haberme quedado sin saber quién me las mandaba y no haber podido recibir la última.

Me habría encantado tener la grulla número mil entre mis manos, esa que estaba segura de que sería roja, y poder leer la nota que la acompañara… o no. Porque, por lo que siempre había insinuado, la última me la entregaría en persona. Sin embargo, ya no valía la pena seguir pensando en ello: el resultado sería el mismo que años atrás, quedarme sin saber quién era aquel hombre que, al parecer, me quería tanto. Igual que yo a él, porque ya le quería, aunque fuera a través de sus grullas y de esas notas que habían sabido llegarme tan hondo.

Capítulo 33



Había pasado un mes desde que Nora y yo volvimos de Surrey; la vida seguía en Mallorca igual que antes de que nos fuéramos. Todos seguían con sus vidas adelante, avanzando, viviendo, disfrutando. Nora y mi tío tardaron exactamente una semana en irse a vivir juntos y estaban más felices que nunca; el amor que se tenían por fin salió a la luz, desprendiendo una energía a su alrededor que contagiaba a todos los que les rodeábamos, haciéndonos partícipes con ellos de su mejor momento.

Mi padre, desde que volví, estaba muy raro. En principio pensé que podía ser por lo que me había pasado, pero nada más lejos de la realidad. Días más tarde y después de mucho insistir, me acabó confesando que había conocido a alguien y que, aunque no sabía qué acabaría pasando, quería darse una oportunidad y dejar de pasar los días y las largas noches en soledad. Lloré de alegría entre sus brazos porque, aunque sabía que jamás olvidaría a mi madre, ya era hora de que le diera una oportunidad a otra mujer de ver lo maravilloso que era.

Yo era la única que parecía que seguía estancada en el mismo sitio; los días eran rutina, las noches cada vez se hacían más largas en la soledad de mi casa, con la única compañía de Gizmo. Cada amanecer recordaba las palabras de mi madre cuando los comparaba con una partida de ajedrez, porque los dos empezaban igual, pero nunca se sabía cómo iban a acabar.

Día tras día, mientras me tomaba mi taza de café en el porche viendo cómo el primer rayo asomaba tímido, le decía a mi madre en silencio que, en mi caso, esa teoría estaba equivocada, porque todos los días empezaban y

acababan igual para mí, rodeada de soledad, no solo la sentía a mi alrededor, sino también en mi interior. Algo había cambiado dentro de mí desde que viajé a Surrey; era como si una parte de mí se hubiera quedado allí, con alguien, concretamente con mi origamista. Cada día sacaba las grullas y las ponía colocadas en el suelo de mi habitación, todas las blancas alrededor de las seis de color que tenía, pero había un hueco vacío, el mismo que yo sentía en mi corazón: la de color rojo, esa era la que me faltaba para poder seguir adelante.

Terminé mi café, acompañada de Gizmo en el porche, justo cuando el sol asomó anunciando un nuevo día; al menos ese sería distinto. En apenas dos horas, Max, Madison y su bebé llegarían a Mallorca para quedarse de vacaciones durante una semana completa. Pensé en todo el tiempo que tendría para disfrutar de ellos, en cada momento compartido, y en lo mucho que deseaba enseñarles todo lo bonito que guardaba mi isla. Desde que empecé a trabajar, el mes de agosto siempre me lo cogía entero de vacaciones, aunque solía pasar por el hotel casi a diario si no me había marchado fuera, por si se me necesitaba para algo. Por eso sabía que podría dedicarles tiempo sin prisas y disfrutar con ellos todo lo que quisiera.

Iría con mi moto hasta el aeropuerto para recibirles. Para ellos, desde el hotel, mi padre ya había dejado todo preparado: un coche grande estaría allí a la hora de su llegada para llevarlos directamente al hotel, donde podrían instalarse en la habitación que habíamos preparado con todo detalle, llena de cosas pensadas para la comodidad de su bebé, y de las que estábamos seguras de que les iban a encantar.

Con el casco en la mano, esperaba en la zona de llegadas llena de ilusión por volver a ver a mis amigos. Nora no había podido venir conmigo porque, inexplicablemente, aun estando en pleno verano, llevaba tres días en la cama con gripe. Estaba rezando a todos los santos para ponerse bien cuanto antes y poder verlos; no quería ni acercarse al bebé sin estar completamente recuperada.

Al primero que vi fue a Max, que avanzaba delante de todos con el bebé en brazos. El pequeño miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos, fascinado por todo, como si el mundo entero fuera nuevo para él. Creo que no lo he

mencionado, pero se llamaba Maxi, y era, sin ninguna duda, el bebé más adorable y bonito que había visto en mi vida.

Me acerqué a ellos casi corriendo y dejé el casco en el suelo para quitarle el bebé a Max de los brazos sin pensarlo dos veces.

—Pero qué bonito eres —le dije, comiéndomelo a besos, haciéndole reír.

—Se parece al padre que esperabas —me dijo Max con chulería, lo que provocó que Madison pusiera los ojos en blanco, aunque no pudo evitar sonreír.

Nos abrazamos los tres con fuerza; incluso Madison y yo nos emocionamos. Habíamos hablado muchísimo durante ese mes, a base de mensajes y videollamadas, pero nada se comparaba con tenernos por fin delante después de tanto tiempo separados.

—¿Has traído la moto? —me preguntó Max, emocionado, señalando el casco con una sonrisa que ya anticipaba lo que estaba por venir.

—Sí —le contesté riéndome, mientras Madison se reía conmigo. Habíamos hablado entre las dos que ella y el niño irían en el coche y yo llevaría a Max desde el aeropuerto en mi moto, pero él no lo sabía; era una sorpresa.

—Vamos, que quiero verla —dijo tirando de la mano de Madison hacia la salida a toda prisa, haciéndonos reír.

Llegamos al aparcamiento donde la tenía aparcada y donde también estaba el coche esperándoles; las risas que nos pasamos Madison y yo viéndole no tuvieron precio, solo le faltó besarla; eso sí, la acarició todo lo que pudo.

Saqué de la maleta que tenía un casco para él y, cuando lo vio, nos miró a las dos, alucinado, preguntándonos si era de verdad que nada más bajar del avión ya se iba a poder montar.

—¿De verdad? —le dijo a Madison.

Ella asintió y le plantó un besazo de película.

—¿Estaréis bien? —le preguntó por dejarlas solas en el coche de camino al hotel.

—Sí, vete tranquilo, en el hotel nos vemos —le dijo, montando a Maxi en la silla que mi padre había mandado llevar al conductor.

Madison y el niño se marcharon en el coche y Max y yo nos quedamos solos. Nos pusimos los cascos y me monté la primera, arranqué y le hice un gesto con la mano para que se subiera.

—¿Listo? —le pregunté sonriendo.

—Para esta preciosidad nací listo —me contestó, bajándose la visera del casco.

Salimos despacio del aeropuerto hasta que nos incorporamos al tráfico; tenía pensado salirme de las carreteras principales y tomar algunas secundarias donde apenas circulaban coches. Allí podría acelerar un poco más para que Max disfrutara del paseo y del paisaje.

Cuarenta minutos después llegamos al hotel y, en la puerta, nos estaban esperando Madison, el niño y mi padre, que ya se había presentado tanto a ella como al pequeño. Le presenté a Max y los cinco subimos hasta la *suite* que les habíamos preparado. Los dos se emocionaron mucho al ver que habíamos pensado en colocar muchas de las cosas que necesitaría el niño durante esos días, como una bañera, una trona, una cuna enorme y un parque lleno de juguetes.

Comimos todos juntos y por la tarde les invité a venir a mi casa para que conocieran mi rinconcito de paz. Mi padre le dio a Max las llaves del coche que les había ido a recoger al aeropuerto para que se movieran por la isla esos días tanto como quisieran; se lo agradecieron mucho, igual que todo lo demás.

Me siguieron en el coche hasta mi casa; cuando la vieron en un sitio tan apartado y tranquilo, quedaron encantados, y sobre todo con el jardín, donde Maxi disfrutó muchísimo correteando por allí sin ningún peligro. Les propuse que, si querían, al día siguiente, después de visitar algo de la isla por la mañana, podíamos venir a comer a mi casa y pasar la tarde en la playa; aceptaron encantados. A las ocho de la noche, después de que cenáramos algo

ligero, ellos se prepararon para irse al hotel; el niño no estaba acostumbrado a tanto trote y estaba que se caía de sueño.

Salí con ellos hasta el coche para despedirles; Max montó a Maxi en la sillita mientras Madison guardaba las cosas en el maletero.

—Mañana por la mañana tendrás una sorpresa, espero que te guste —me dijo Madison, misteriosa.

—¿Una sorpresa? —le pregunté, curiosa.

—Sí, solo te pido que abras tu corazón —me pidió Max, dejándome más intrigada todavía.

—Lo haré —le prometí, y los dos sonrieron complacidos.

Los tres se marcharon y yo me quedé pensativa. ¿Qué sería la sorpresa a la que se referían? ¿Y quién o cómo me la iba a dar? Esas y varias preguntas más me hice durante el rato que estuve bajo el chorro de agua en la ducha.

Como todavía era pronto para irme a la cama, hice lo que llevaba haciendo muchas noches desde que volví de Surrey: saqué la caja de las grullas y las fui colocando en el suelo con el máximo cuidado. Leí varias veces las notas y volví a llorar con cada una de ellas.

Otro amanecer más, otra taza de café en el mismo sitio, yo y mi soledad. Pero esa mañana fue muy distinta a cualquier otra desde que me había mudado allí. Justo en el momento en que el sol empezó a salir, dando paso a un poco de claridad, un coche se acercó por el camino. Lo miré extrañada, porque no lo reconocí. Se detuvo a unos metros de mi puerta, pero no pude ver quién conducía, ya que aún no había luz suficiente.

Mi corazón se aceleró al mismo ritmo que mi respiración. La mano en la que sostenía la taza de café empezó a temblarme tanto que tuve que dejarla en el suelo. Mis ojos se abrieron como platos cuando reconocí al hombre que se bajó del coche. Tenía delante de mí, ni más ni menos, que al mismísimo Cameron Turner.

Capítulo 34

—Hola —me dijo un Cameron sonriente, pero el nerviosismo era tan evidente en él que el saludo le salió casi en un susurro.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, poniéndome de pie, no en tono de reproche, sino con una incredulidad que, mientras lo hacía, me obligó a pellizcarme el brazo para comprobar que no estaba soñando.

—Cumplir una promesa —me contestó mientras se echaba la mano a la cabeza y se la pasaba por el pelo varias veces, volviendo a demostrar su nerviosismo.

—¿Qué promesa? —le interrogué.

—Entregarte la última grulla en mano; dentro del sobre también hay una nota y una carta para ti —me dijo, acercándose un poco para ofrecerme el sobre. Lo cogí como si fuera una bomba a punto de estallar.

—¿Tú eres mi origamista? —le dije, sentándome otra vez en la silla porque empezaron a temblarme tanto las piernas que pensé que me caería.

—Lo soy —dijo con tono triste—. Supongo que no estarás muy contenta al descubrir que he sido yo quien te ha mandado todas las grullas, pero prometí darte la última en persona y que supieras quién ha estado detrás de todo esto durante tantos años, y no he querido faltar a mi palabra.

—No sé ni qué decir —le dije, y era verdad, estaba en *shock*.

—No hace falta que digas nada, lo que pensabas de mí ya me lo dijiste en Surrey. Esto de hoy solo puede hacer que la opinión que tienes sobre mí sea todavía peor, y por eso me gustaría pedirte perdón. —Cogió aire antes de continuar.

»Lo siento muchísimo si esperabas que detrás de algo tan mágico hubiera otra persona. Sé que te has llevado una gran decepción, pero no podía dejarte con la incertidumbre para siempre.

Sin decir nada más se dio la vuelta y caminó con pasos lentos y arrastrando los pies hasta el coche; su gesto era de derrota total, como si acabara de librar la última batalla y hubiera perdido.

—¡Cameron! ¿Cuál era tu deseo? —le pregunté antes de que cerrara la puerta del coche.

—En la carta y la nota lo dice, pero se quedará en eso, en un deseo. Porque sé que nunca lo conseguiré —me contestó antes de cerrar la puerta y marcharse de mi casa, dejando tras de él una nube de polvo.

Tardé varios minutos en poder levantarme de la silla. Con las piernas todavía temblorosas conseguí llegar hasta mi habitación y me subí a la cama. Con los nervios de punta conseguí, muy despacio, abrir el sobre. Dentro, como me había dicho, había una grulla de color rojo brillante. Nada más verla, las primeras lágrimas cayeron lentamente de mis ojos. Lo siguiente que saqué fue la nota; inspiré profundamente antes de desdoblarla para leerla.

«El color rojo significa calor y pasión, eso es lo que me hubiera gustado tener entre tus brazos. También simboliza el amor, el mismo que yo siento por ti desde el día que te conocí. Y, por último, este color también se asocia a la fuerza, esa que sacaba para seguir viviendo solo con pensar en ti.

Esta es la última de las mil que he hecho para ti, y aunque sé que no conseguiré mi deseo, quiero que sepas cuál es.

"Tú". Ese siempre fue, es y será mi deseo.»

No pude contener que las lágrimas siguieran saliendo de mis ojos como dos cascadas, ni tampoco los hipidos que las acompañaban. ¿Quién hubiera podido con semejante declaración de amor? El hombre al que llevaba media vida odiando, me decía que él llevaba el mismo tiempo amándome en

silencio. Jamás hubiera imaginado que fuera Cameron quien estaba detrás de todo esto. Pero al quedarme pensando en ello, no me decepcionó, como él me había dicho minutos antes, sino todo lo contrario: me gustó mucho, quizá demasiado, que fuera él.

El Cameron que había visto en el hotel no tenía nada que ver con el de hacía una década. Esa era otra de las cosas que me reconcomían por dentro en esos momentos. Si decía amarme desde el primer momento, ¿por qué se comportó así conmigo? Y entonces el recuerdo de una frase de la noche en la que estábamos todos en el salón relax vino como una flecha a mi cabeza:

«Eso sin contar que el día que me vio cómo miraba de una manera especial a la mujer de la que llevo media vida enamorado, me obligó a apartarla de mi lado porque no era la mujer que él quería para mí. Prometiéndome que si no lo hacía, la hundiría a ella y a su familia. Así que tuve que hacerlo para protegerla, la perdí incluso antes de intentar que fuera mía».

Eso fue lo que le dijo a Evan cuando le explicó lo que había hecho. Y ahí llegó mi respuesta a su comportamiento: había hecho que le odiara para protegerme, renunciando a mí, a un nosotros. Si eso no es amor, que baje Dios y lo vea, me dijo una voz en mi cabeza.

Saqué del sobre lo último que me quedaba, la carta. Era larga, de un folio en total, escrita con la misma letra elegante y fina que tenían las notas.

«Alba, no sé ni por dónde empezar. Supongo que por el principio, como empiezan todas las historias, aunque esta no tenga el final que yo quisiera. Es la mía y la tuya también, la nuestra, aunque nunca ha habido ni habrá un nosotros. El día que te conocí en aquel comedor fue como si un rayo me atravesara de la cabeza a los pies. Aún recuerdo la mirada que me dedicaste, como si yo fuera único en el mundo. Lo que tú no te diste cuenta es que yo te miré igual, esa vez y muchas más. Una semana después de ese día ya te habías metido tan dentro de mi corazón que nunca he podido, ni he querido tampoco, sacarte.

Uno de esos días mi padre vino a visitarnos y me vio mirándote. Ese día fue mi sentencia, como me oíste decírselo a Evan. Me obligó a alejarme de ti, pero tú seguías mirándome igual, así que la única manera que encontré de

alejarte de mí, para protegerte, fue hacer que me odiaras. Créeme que todas las cosas que hice y que tuve que decirte me mataban por dentro cada día un poco más, pero mientras tú estuvieras segura, como yo estuviera, daba igual.

Ojalá hubiera encontrado otra manera, pero supongo que mi juventud jugó en nuestra contra y, por desgracia, no se puede volver al pasado para arreglar las cosas.

Te habrás vuelto a España con muchas dudas de lo que has vivido en el hotel; intentaré aclararte algunas. Que mi hermano te eligiera para dar celos a Amber no fue al azar, porque con ello mataba dos pájaros de un tiro. Es la única persona que ha sabido siempre a quién amaba; aunque yo no se lo dijera abiertamente, siempre lo supo. Estando contigo me hacía más daño a mí que a Amber, que era lo que él quería.

El nombre del hotel lo elegí yo. Un día hicimos una apuesta y me dejó elegir el premio cuando la gané. Cuando vi el primer amanecer en las viñas, supe que ese sitio tenía que llevar tu nombre, porque te imaginaba allí viéndolo a mi lado y no me pude resistir.

Todas las cosas que te dijo, las cuales me ha contado, no las sabía por él mismo, sino por mí. Te preguntarás cómo sabía que conducías una moto. Eso es fácil: durante años he viajado a Mallorca para verte, aunque fuera en la distancia. Pensarás al leer esto que soy un acosador; no, simplemente un hombre enamorado que necesitaba oír de vez en cuando tu risa para poder seguir viviendo.

La culpa de que el evento se haya llevado a cabo es mía. Yo lo propuse y, por una vez, la suerte estuvo de mi lado y conseguí que vinieras. Antes de que mi vida se vaya a la mierda del todo, cuando me case dentro de un mes, quería darte las grullas que faltaban y que supieras que mi deseo eras tú.

Quería pedirte perdón por todo, pero sobre todo quería decirte que te amo con toda mi alma, que siempre serás tú, que nunca habrá otra mujer para mí y que te deseo toda la felicidad del mundo, mi amor.»

Capítulo 35

Una hora estuve llorando en la cama, acurrucada contra la almohada, sin soltar la carta de la mano. Maldije al padre de Cameron mil veces en mi cabeza por lo que le obligó a hacer con sus amenazas. Él era el único culpable de que yo hubiera odiado a su hijo durante tantos años, cuando, si no le hubiera obligado a alejarme, quizás podríamos haber tenido una historia diferente. Una bonita historia de amor.

Mi desconsuelo y mi tristeza, poco a poco, mientras las lágrimas dejaban de salir de mis ojos, dieron paso al enfado y la rabia. Ese hombre nos había robado un pasado, pero no estaba dispuesta a que nos robara también ni el presente ni el futuro que podríamos tener juntos.

Me levanté de un salto de la cama, dispuesta a luchar por los dos, a luchar contra su padre o contra quien hiciera falta para que tuviéramos un futuro maravilloso juntos.

Me vestí con lo primero que saqué del armario, me hice una coleta a toda prisa y, cogiendo el casco, la carta y mi bolso, salí de casa a toda prisa. Me monté en la moto y pegué un acelerón, saliendo de allí con rapidez. Tenía mucho que hacer y poco tiempo. Mi primera parada sería en casa de Nora; cuando se enterara de todo sería la primera que se ofrecería a ayudarme con lo que tenía en mente.

—Alba, ¿qué ocurre? —me preguntó preocupada y con cara de sueño al abrirme la puerta. Estaba segura de que la había levantado de la cama, pero la ocasión bien lo merecía y no me sentí culpable por ello.

—Ya sé quién es mi origamista, al amanecer ha venido a mi casa a entregarme la última grulla —le contesté, sonriendo desde el umbral de la puerta.

Sus ojos se abrieron como platos y su boca formó una «o» tan redonda que tuve que aguantarme la carcajada que se formó en mi garganta.

—No me jodas, ¿en serio? ¿Quién es? Vamos, habla, dilo ya, que me va a dar un puto infarto. Pasa y cuéntamelo todo —me dijo, tirando de mi mano y echando a correr hasta su salón.

—Es Cameron —le solté en medio del pasillo.

Ella se paró en seco, haciendo que me chocara con su espalda. Se giró tan deprisa para mirarme que pensé que se caería contra la pared.

—¿Cameron Turner? —me preguntó llevándose las manos al pecho—. Estoy alucinando, el puto Cameron Turner es tu origamista. Esto sí que no me lo esperaba. Mi parte cotilla está como un caldero de lava, salpicando llamas por la emoción que tengo por saberlo todo.

—Me ha dado la última grulla, roja como supusimos. En la nota que traía ponía que lleva amándome toda la vida y que su deseo soy yo. Además, venía en el sobre una carta explicándome todo. Me ha dado el sobre, me ha pedido perdón por todo y se ha marchado cinco minutos después de llegar.

—Espera, necesito sentarme, esto es mucho que procesar y así, de golpe, tanta información me está superando. —Ahí salió su vena dramática; sí, mi amiga tenía esa también, además de la cotilla.

—Toma, lee y dime qué opinas —le dije, entregándole el sobre.

Sacó la carta del sobre y puso una cara de concentración para no perderse ni un detalle, que me hizo reír por dentro. Cuando terminó, vi cómo volvía al principio para releerla. No supe si porque quería estar segura de no haberse saltado nada o porque estaba tan impactada que necesitaba hacerlo de nuevo para cerciorarse de que lo que había leído la primera vez era cierto.

—¿Vas a dejar escapar a este hombre que te ama como ninguno más lo hará nunca? —Su pregunta no me sorprendió; sabía que cuando leyera la carta estaría de acuerdo conmigo en que tenía que luchar por él.

—Claro que no, pienso luchar por un nosotros —le contesté muy segura.

—Alba, volviste de Surrey enamorada otra vez de Cameron, como te pasó cuando le conociste. O quizás siempre lo has estado, pero lo que te hizo te obligó a ocultar esos sentimientos para paliar el dolor. —Su reflexión me sorprendió porque era precisamente lo mismo que yo llevaba pensando desde que volvimos del viaje.

—¿De verdad lo crees? Porque yo llevo dando vueltas a lo mismo desde que volvimos.

—Vi cómo le mirabas, cómo le cuidaste el día que bebió. Vuestro baile fue mágico, parecía que en aquella pista solo estuvierais vosotros, como si nadie alrededor importara. Además, lo que te hizo Evan te importó una mierda, ni te inmutaste al perderle, porque tu corazón no era suyo. Ese ya tiene dueño desde hace catorce años y nunca será de nadie más.

—Le amo. —Esas dos palabras, susurradas para mí pero que Nora oyó, se escaparon con una facilidad de mi boca que hasta yo misma me sorprendí.

—¿Cuál es el siguiente paso? ¿Qué tienes pensado hacer? —me preguntó apretando mi mano.

—Me voy al hotel, tengo que ir a hablar con Max y Madison, también con mi padre y Jorge. Necesito toda la ayuda posible, tengo que impedir la boda del hombre de mi vida —le dije sonriendo.

—Espérate, que me visto, me voy contigo. No me puedo perder nada del plan desde el principio. Ni aunque me volviera a subir la fiebre a cuarenta me quedaba aquí sin saber qué pasa —me dijo antes de salir corriendo a la habitación para vestirse, mientras yo me quedaba riéndome a carcajadas en el sofá.

Una hora después estábamos todos en la *suite* del matrimonio, intentando encontrar la mejor manera para que Cameron y yo al final pudiéramos estar

juntos. Quería sorprenderlo de alguna manera especial, como él había hecho conmigo.

A mi padre y a Jorge les puse al tanto de todo un rato antes, en el despacho. El enfado por parte de los dos, al saber todo lo que había hecho el padre de Cameron y lo mucho que habíamos sufrido los dos por su culpa, aumentó a nivel dios. Mi padre, al acabar de contarle todo, me dijo:

—Ese cabrón es mío, déjalo todo en mis manos, yo me encargo. El día que tus amigos vuelen a Londres, iremos todos. Id preparando las maletas, que tenemos una partida que ganar. Tengo que mirar a ese desgraciado a los ojos y decirle *jaque mate*.

Que mi padre estuviera dispuesto a ayudarme para que Cameron y yo estuviéramos juntos fue un completo alivio para mí. Como padre sabía que le dolió mucho saber cómo me había tratado Cameron, pero al conocer sus motivos, hasta le halagó varias veces por haber intentado protegerme, aunque la manera no fuera la mejor. Estando de acuerdo con Cameron en lo que me dijo, le dio la razón en que no era nada más que un crío que nunca debió verse en una situación semejante.

Las ideas en la *suite* iban y venían, algunas muy buenas, otras tan locas que nos hicieron reír a carcajadas. Los más encantados de que le diera una oportunidad a Cameron eran Max y Madison; ellos habían vivido con Nora y conmigo todo desde el principio y querían ver nuestro final feliz.

Capítulo 36

Los nervios me recorrían el interior del cuerpo como culebrillas eléctricas; hacía dos días que habíamos llegado al hotel de Evan. Allí sería donde llevaría a cabo mi plan para decirle a Cameron que le amaba con todo mi corazón y que su deseo se iba a cumplir, porque sí que sería suya.

Todos habían colaborado para ayudarme, pero el que más lo había hecho sin duda era mi padre. No quiso decirme qué fue lo que él y mi tío hablaron con el padre de Cameron, pero de aquella reunión salieron con una carpeta bajo el brazo en la que el estudio de arquitectura estaba solo a nombre de Cameron, siendo mi padre el socio capitalista que había pagado todas las deudas pendientes. Me aseguró que no volvería a molestarnos y que, por supuesto, la boda con aquella mujer, que era la que iba a poner el dinero comprando a mi chico, quedaba anulada. Cosa que Cameron aún no sabía porque lo habíamos llevado todo en el más estricto secreto.

Madison, Nora y Amber (con la que tuve una conversación muy larga el día anterior y, después de aclarar las cosas, decidimos enterrar el hacha de guerra) me ayudaron a preparar el salón relax. Me había traído desde España la caja con las grullas. Las colgamos todas en el techo con hilos, dejando las siete de color más grandes en el centro. Había quedado precioso; estaba segura de que se quedaría alucinado, porque él no sabía que yo había guardado todas las grullas durante tantos años.

Estaba sentada en el sofá esperando a que llegara. Sabía por Evan que hacía media hora que había llegado al hotel y él mismo se encargaría de

traerlo hasta mí con cualquier excusa. Cuando Cameron entrara, no me vería porque el respaldo del sofá me ocultaba.

Oí voces fuera y mi corazón empezó a latir a toda velocidad. Cuando la puerta se abrió, se podían escuchar las voces de Cameron y Evan perfectamente.

—Pasa —le dijo Evan y, como habíamos acordado, le hizo entrar de espaldas.

—Evan, ¿por qué venimos aquí a hablar? Me lo podías decir en la habitación —le contestó.

—Porque no soy yo quien quiere hablar contigo y además tienes que ver algo.

Me levanté del sofá porque Cameron estaba de espaldas y no podía verme. Me acerqué sigilosamente hasta ponerme a su espalda y le hice un gesto a Evan dándole las gracias.

—No te entiendo —le dijo Cameron confundido.

—Cuando salga, date la vuelta —le dijo mientras salía y cerraba la puerta.

Cameron se quedó mirando la puerta, confundido por la actitud de su hermano, pero unos segundos después se giró. Cuando me vio allí se quedó pasmado; era incapaz de moverse, hablar o pestañear. Yo le sonreí antes de ser la primera en hablar.

—Hola, Cam —le dije, pero él seguía mirándome como si fuera una aparición.

—¿Qué… qué haces aquí? —consiguió decir por fin.

—Cumplir tu deseo —le contesté señalando el techo para que viera todas las grullas, en las que no se había fijado porque era incapaz de mirar nada más que no fuera yo.

—Las tienes todas —dijo emocionado.

—Sí, las he guardado todos estos años. Tenía la esperanza de que algún día me dieras las que me faltaban.

—¿Has dicho que has venido a cumplir mi deseo? —me preguntó entre incrédulo y emocionado.

En ocasiones los gestos dicen más que mil palabras, así que sin pensármelo más me acerqué a él los dos pasos que nos separaban y, agarrándole de la nuca sin que se lo esperara, me lancé a sus labios. Solo tardó dos segundos en reaccionar. Me agarró por la cintura, pegándome más a su cuerpo, y profundizó el beso. El principio fue lento, como si nuestras bocas necesitaran decirse despacio que por fin se habían encontrado y que querían disfrutar de ese momento único. Poco a poco la intensidad subió; tantos años de contención, de espera y de ocultar lo que sentíamos nos estaba arrastrando a un punto de no retorno. Nos separamos cuando necesitamos coger aire, apoyamos la frente uno contra otro y Cameron me susurró en los labios:

—¿Esto es real? Dime que lo es, por favor.

—Lo es, te amo tanto como tú a mí —le dije separándome para que viera la verdad en mis ojos mientras le acariciaba la mejilla. Al oírme decirle esas palabras, sus ojos se cuajaron de lágrimas.

—Dios mío, Alba, te amo tanto. —Sus palabras hicieron que mis ojos se llenaran de lágrimas igual que los suyos.

Después de sus palabras fue él el que volvió a besarme. Las primeras caricias entre nosotros acompañaron al beso. Bajó una mano por mi espalda y empezó a pasarla por mi trasero; con la otra mano acarició mi pecho por encima de la ropa. Mis manos acariciaron su nuca, sus brazos y su torso, pero llegó un momento en que no fue suficiente para ninguno de los dos; necesitábamos que nuestros cuerpos entraran en contacto sin ninguna barrera.

—Si no paramos ahora, no sé si seré capaz de dejarte salir de aquí sin hacerte mía —me dijo separándose de mi boca y dejando de tocarme.

—No quiero que pares —le dije mientras me quitaba por la cabeza el vestido que llevaba, quedándome en ropa interior.

Sus pupilas se dilataron y sus preciosos ojos azules se volvieron pura tormenta. Se arrancó la camisa de un tirón y me pegó a él para besarme con tanta pasión que pensé que me derretiría en sus brazos. Bajó sus manos a mi trasero y me impulsó para que, al cogerme, le rodeara con mis piernas. Sin dejar de besarme, me llevó hasta el sofá más grande que había. Apoyó una rodilla para inclinarse y tumbarme. Se separó un poco para recrearse mirándome bien. Pasó su mano desde mi garganta, bajando poco a poco, pasando por en medio de mis pechos hasta llegar a mi centro, que acarició por encima de mis braguitas.

—Eres hermosa, siempre lo has sido. Y eres toda mía, como yo siempre he sido tuyo —susurró, dejándome claro que cuando mi cuerpo era de otra manera, también le gustaba.

—Tu reina y tú mi rey.

Los dos nos miramos sonriendo con mucho amor, pero también con complicidad, pasión y cariño, y lo más importante que dijeron nuestros ojos fueron las promesas que no necesitan palabras.

Ya no hubo más conversación; en esos momentos los dos necesitábamos otro tipo de comunicación. Cameron empezó a besar mi cuello, bajando por él hasta llegar a mis pechos. Con una habilidad pasmosa se deshizo de mi sujetador para lanzarse a lamer mis pezones casi con devoción. Una de sus manos acarició mi cadera, mi muslo y llegó hasta mi centro. Apartó mi braguita a un lado y con sus dedos empezó a acariciar mi clítoris en círculos; cuando mis jadeos aumentaron, introdujo un dedo dentro de mí y empezó a moverlo a intervalos lentos y rápidos, dándome tal placer que apenas dos minutos después consiguió que me corriera en su mano por primera vez.

Abandonó mis pechos y bajó besando mi cuerpo hasta llegar a mi monte de Venus. Con sus dientes me bajó las bragas hasta los muslos para después arrancármelas de un solo tirón. Separó mis piernas con sus manos para hundir su cabeza entre ellas. El baile con la lengua que me hizo dentro y fuera de mi vagina me arrancó tantos jadeos que era imposible que no me oyeran en todo el hotel. No paró, no me dio descanso ni tregua hasta que consiguió que me corriera por segunda vez, en su boca esta vez. Se levantó sonriendo y se quitó la ropa que le quedaba. En el *spa* ya le di un buen repaso el día que

coincidimos y en la sauna ya pude intuir que pequeño no era, pero cuando le vi en todo su esplendor, mis ojos se abrieron como platos.

—Tranquila, iré despacio; además estás más que lista y mojada para recibirme —me dijo tumbándose encima de mí—. Mírame, Alba, quiero que me mires a los ojos mientras nos unimos por primera vez y para siempre —añadió con voz ronca.

Lentamente introdujo su miembro dentro de mí sin que ninguno de los dos apartáramos la mirada el uno del otro. El jadeo que soltamos los dos a la vez cuando llegó hasta el fondo de mi ser fue totalmente sincronizado. A partir de ahí, todo lo demás fueron besos, caricias y un baile de dos cuerpos acompasados que no pararon de amarse hasta que juntos llegaron al más mágico y delicioso de los clímax.

Al terminar, nos quedamos abrazados, desnudos, dedicándonos caricias lentas que eran como decirnos «te quiero» sin palabras. Allí mismo le conté a Cameron todo lo que había hecho mi padre para que no tuviera que casarse ni volver a preocuparse por su padre o por el estudio de arquitectura, porque era suyo completamente. Se emocionó mucho al saber lo que todos nos habían ayudado para que al fin hubiera conseguido su deseo.

Salimos dos horas después del salón, después de habernos amado dos veces más y hablar mucho. En el vestíbulo del hotel nos estaban esperando todos y cuando nos vieron llegar abrazados por la cintura, todo fueron aplausos, vítores y felicitaciones, y por nuestra parte las más bonitas de las sonrisas.

Epílogo



Cinco años después…

Cameron

Sentado en el porche de nuestra casa de Mallorca, acompañado por los últimos restos de oscuridad antes de que el amanecer se hiciera presente, pensaba en ese nuevo día que estaba a punto de nacer, lleno —como solía decirle mi suegra a Alba cuando era niña— de posibilidades nuevas, emocionantes y aún desconocidas. El aire era quieto y suave, cargado de promesas. Entonces oí cómo unos pasitos pequeños y torpes, ralentizados por el sueño que aún pesaba sobre sus cuerpos, se acercaban a mi espalda. Sonreí sin necesidad de girarme, sabiendo que eran dos de los tres grandes amores de mi vida.

—Papá, ¿ya ha empezado? —me preguntó Sahar, una de mis hijas gemelas, mientras alzaba sus manos hacia mí para que la cogiera y la sentara en mi regazo.

—No ves que todavía está oscuro, el sol no sale hasta que venga mamá —le contestó Oriana subiéndose encima de mí, igual que había hecho su hermana.

—¿Ya estáis aquí? —preguntó Alba saliendo por la puerta con una bandeja que puso en la mesa, con dos tazas de café humeante para nosotros y dos de cacao calentito para las niñas.

Se acercó hasta mí y me dejó un suave beso en los labios, acompañado de una caricia en mi mejilla, y me dijo bajito al oído antes de sentarse a mi lado:

—Te amo, mi origamista.

—Te amo, mi reina —le contesté sonriendo. Alargué mi mano para tomar la suya y ella apoyó su cabeza en mi hombro.

Los cuatro, en silencio, esperamos a que el primer rayo de sol asomara para entonces coger nuestras tazas y compartir aquel instante juntos, un momento que, con el paso del tiempo, se había convertido en algo muy nuestro, en un símbolo único e irremplazable de nuestra pequeña pero profundamente feliz familia.

Mientras esperamos a que el sol aparezca, os contaré todo lo que ha pasado en estos últimos cinco años, que sin duda han sido los más felices de mi vida. Todo comenzó el día en que Alba me declaró su amor bajo un cielo de grullas improvisado en el salón del hotel de mi hermano. Aquel instante nos unió para siempre, no solo amándonos sin reservas, sino también creando dos nuevas vidas.

Sí, de aquel encuentro, nueve meses después, nacieron nuestras princesas Oriana y Sahar —nombres que elegimos porque en latín y en árabe significan amanecer, respectivamente—. Ya tenían cuatro años y eran, junto a su madre, mis personas vitamina: las que hacen que cada día me levante de la cama con la sonrisa más grande y sincera que soy capaz de regalarle a la vida.

El día que nuestras hijas nacieron no pude resistirme más y, en el momento en que Alba y yo llorábamos viéndolas a las dos sobre su pecho, le pedí que se casara conmigo. Como era de esperar, me dijo que sí, y tres meses después nos casamos en el hotel de Evan. Fue una ceremonia íntima y muy especial, rodeados de todos nuestros amigos y familiares, con una única ausencia: la de mi padre, a quien no invitamos por razones más que evidentes.

Mi mujer siempre ha sido preciosa, por dentro y por fuera, a mis ojos, pero el día de nuestra boda lo fue de una manera que jamás olvidaré. Cuando la vi aparecer por el pasillo, avanzando hacia el altar, lloré como nunca antes lo había hecho. Estaba envuelta en un vestido que una amiga de Amber había creado especialmente para ella, pensado hasta el último detalle. Era de color

gris perla y llevaba bordadas exactamente mil grullas: siete de los colores del arcoíris descendían desde el pecho hasta la cintura, y las novecientas noventa y tres restantes, en blanco, se repartían por el resto del vestido.

Era una auténtica maravilla, y Alba quiso que, con ese pequeño pero inmenso detalle, una parte de nuestra historia estuviera presente con nosotros en aquel día tan especial, acompañándonos mientras dábamos el paso más importante de nuestras vidas.

Los primeros dos meses de nuestra relación estuvimos yendo y viniendo entre Londres y Mallorca, viviendo con una maleta siempre medio hecha y el corazón dividido entre dos lugares. Pero muy pronto supe que eso no era lo que quería para nuestra familia. Yo no quería un amor a medias ni una vida partida en dos, así que cuando surgió la oportunidad de vender el estudio de arquitectura —ese que nunca sentí como mío—, no me lo pensé ni un minuto.

Conseguí un precio muy bueno por él y, aunque a regañadientes, le devolví a mi suegro todo lo que había invertido. Con el resto del dinero, y sumando también lo que obtuve al vender mi casa de Londres, invertí en un pequeño estudio en Mallorca. Allí empecé de verdad, y me fue realmente bien. Mi profesión siempre me había gustado, pero no el lugar ni las circunstancias que me habían impuesto para ejercerla. Tener por fin mi trabajo donde yo había elegido me hizo sentir pleno también en ese aspecto de mi vida.

Me mudé definitivamente a la casa de Alba y juntos hicimos una ampliación diseñada por mí, una que convirtió la casa en un espacio el doble de grande y aún más bonita de lo que ya era. La adaptamos a nosotros, a nuestra forma de vivir y de amar. Incluso creamos una sala de relax que se convirtió en uno de nuestros rincones favoritos. Allí, Alba y yo pasábamos muchas tardes jugando al ajedrez; al principio no consiguió ganarme ni una sola partida, pero con el paso del tiempo se volvió tan buena —o incluso mejor que yo— que nuestras partidas acababan siempre siendo intensas, largas y muy reñidas, como casi todo lo que compartíamos.

Mi hermano Evan y Amber se casaron solo tres meses después que nosotros, también en el hotel. Hasta ese momento no habían tenido hijos, pero apenas dos meses después nos darían una noticia que nos llenó de alegría: íbamos a convertirnos en tíos de un pequeño al que llamarían Cameron, como

yo. Ese gesto, ese nombre compartido, me hizo una ilusión enorme y me emocionó más de lo que jamás habría imaginado.

Jorge, el tío de Alba, y Nora, la hermana de corazón de mi mujer —esa que nunca le soltó la mano y que siempre estuvo a su lado en cada momento en el que la necesitó, igual que Alba lo estuvo para ella—, se casaron hacía ya dos años. Para entonces ya eran padres de una niña a la que llamaron Alba, como mi mujer, y que era apenas unos meses mayor que nuestras gemelas. Ninguno de nosotros sabía que cuando todos viajaron para que Alba y yo nos uniéramos aquel día en el hotel, Nora ya estaba embarazada de tres meses. La llantina que cogió Jorge el día que se enteró todavía hoy es motivo de burlas cariñosas por parte de su mujer, a la que le encanta pincharle por cualquier cosa y a la que él siempre le sigue el juego. Es su manera particular de decirse que se quieren… o al menos eso opina mi mujer.

Mi suegro Manuel empezó una relación con una mujer llamada Gloria muy poquito antes que nosotros y ahí seguían, muy felices. Se les veía cómplices, tranquilos, disfrutando de una etapa serena de sus vidas. Ella, que no tenía familia porque era huérfana desde muy joven, estaba encantada de formar parte de la nuestra. Trataba a nuestras hijas y a la de Nora como si fueran sus propias nietas; vamos, que si lo hubieran sido de verdad, no habría podido quererlas más.

Con mi mujer tenía una relación muy especial. Gloria le daba todo el cariño de madre que Alba había echado tanto en falta durante años, pero lo hacía con un respeto absoluto, sin imponer ni intentar sustituir a la suya propia. Y Alba, por su parte, la quería con una ternura sincera, como si se tratara de una madre elegida, de esas que llegan a tu vida para quedarse.

Por último, y no por ello menos importantes en nuestra vida, seguían estando nuestros amigos Max y Madison. Con ellos manteníamos una relación maravillosa, de esas que no se desgastan con el tiempo ni con la distancia. Yo, después de aquella charla que mi amigo me dijo que teníamos pendiente, recuperé por completo al que, desde que tenía uso de razón, había sido mi mejor amigo, y aquello fue un regalo que la vida me devolvió cuando menos lo esperaba.

Ellos seguían viviendo en Londres, pero cada poco tiempo viajaban a Mallorca o éramos nosotros quienes íbamos allí para pasar unos días juntos. Eso sin contar las vacaciones y los puentes, en los que todos, sin excepción, los pasábamos juntos en el hotel de mi hermano, convirtiéndolos en recuerdos compartidos que ya formaban parte de nuestra historia.

Además del pequeño Maxi, que ya tenía casi ocho años, tenían dos hijos más: Leo, de cinco, y Jake, de tres. Max bromeaba a menudo diciendo que solo sabía hacer niños, pero que todo respondía a un plan muy claro: si nosotros teníamos dos niñas y Nora otra, él se había encargado de traer chicos al mundo para que todas tuvieran pareja dentro de nuestro círculo y no tuvieran que buscar fuera. Los demás nos reíamos de sus ocurrencias, porque siempre había sido así, exagerado y divertido, pero en el fondo no podíamos evitar pensar que ojalá el tiempo y el amor le dieran la razón.

—¡Ya sale, ya sale! —dijeron mis niñas contentas al ver el primer rayo de sol.

Alba cogió las tazas de la bandeja y las repartió para que cada uno tuviéramos la nuestra y disfrutáramos del momento, mientras el café y el cacao calientes nos acompañaban en ese instante especial.

—Otro amanecer más juntos —me dijo Alba chocando su taza con la mía y mirándome con tanto amor que me hizo estremecer de emoción.

—Tú eres mi amanecer, el que da luz a mi vida y a mi corazón —le dije abrazándola.

Y así, con las tres mujeres de mi vida rodeándome, pensé que no podía pedirle nada más a la vida, porque en ellas tenía todo lo que necesitaba y todo lo que deseaba para ser verdaderamente feliz.